

REYNALDO SIETECASE

UN CRIMEN
aRGENTINO



Lectulandia

¿Se puede disolver un cuerpo? ¿Es posible reducir un ser humano a la nada? Utilizado en cantidades adecuadas, el ácido sulfúrico logra ese efecto. Cuando el proceso llega a su fin, sólo queda un líquido negruzco, turbio, con una capa superficial que tiene aspecto de costra de carbón.

Una sociedad también se define a sí misma por sus crímenes, por sus formas de matar. Esta es la historia de uno de los homicidios más brutales cometidos en la Argentina.

En diciembre de 1980, con la dictadura aún en su apogeo, el abogado Mariano Márquez decide ejecutar su versión del crimen perfecto. Organiza el secuestro extorsivo de un importante empresario y, para alcanzar la impunidad, imita el terror impuesto por el régimen militar: sin cuerpo no hay delito.

Con un estilo implacable, por momentos irónico y siempre efectivo, Reynaldo Sietecase moldea la realidad para construir una historia perturbadora de final imprevisible, cuya trama seduce desde la primera línea y, como una tela de araña, nos atrapa sutil pero definitivamente.

Lectulandia

Reynaldo Sietecase

Un crimen argentino

ePub r1.0
lenny 16.10.2018

Título original: *Un crimen argentino*
Reynaldo Sietecase, 2002
Diseño de cubierta: Claudio A. Carrizo

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Cada uno de nosotros trae consigo un crimen perfecto o el crimen que su alma le permite cometer.

BERNARDO SOARES (FERNANDO PESSOA)

Libro del desasosiego

No matarás.

QUINTO MANDAMIENTO

Un asesinato es mejor o peor que otro, en punto a buen gusto. Los asesinatos tienen sus pequeñas diferencias y matices de valor, lo mismo que las estatuas, los cuadros, los oratorios, los camafeos o cualquier otra cosa.

THOMAS DE QUINCEY

El asesinato, considerado como una de las Bellas Artes

No todo se transforma. Hay cosas que desaparecen sin dejar rastros. Cuerpos que se borran para siempre.

El ácido sulfúrico utilizado en cantidades adecuadas logra ese efecto. En pocas horas la piel toma la consistencia de un pergamino. En cuatro días todos los tejidos y músculos quedan destruidos. Parecen tiritas, flecos de barrilete.

En una semana, los huesos se convierten en cristales. El proceso no se detiene hasta que sólo queda un líquido negruzco, turbio, con una capa superficial que tiene aspecto de costra de carbón.

En eso se convirtió el empresario Gabriel Samid: una masa de líquido viscoso alojada en el fondo de un tanque de fibrocemento.

Era medianoche, el único momento del día que puede describirse como un lugar. Esas horas del 16 de diciembre de 1980 vuelven a pasar por la mente de Mariano Márquez con contornos definidos. Cruzan el reverso de sus ojos, apenas entornados, como las personas desconocidas que pasan caminando detrás de la ventana del bar que eligió para beber en esta tarde de fin de año.

Su propia imagen le arrebató la calma aunque no sienta culpa ni abrigue rencor contra nadie.

Mariano Márquez mató por dinero. Se podría decir que lo hizo por necesidad aunque no faltará quien rechace este argumento. Fue también una causa privada. Un asunto personal.

Hay decisiones que llevan mucho tiempo, que requieren de maduración como los vinos. Después sólo hay que reconocer el momento exacto para que el vino no envejezca. Igual con el odio. Lo demás es azar. Destino y azar.

Luego de vaciar la primera damajuana, el ácido comenzó su tarea por la parte del cuerpo que había quedado sumergida. La ropa no fue impedimento para la acción del líquido, que no hizo diferencias entre la tela y la piel.

Samid estaba acurrucado dentro del tanque, con medio cuerpo pegado al fondo. Le recordaba a esos indios que descansan su eternidad en las ánforas de barro que abundan en los museos de la Quebrada de Humahuaca.

Márquez, el doctor Márquez, gracias al título obtenido con buenas notas en la Facultad Católica de Derecho de Rosario, fue en busca del otro bidón para terminar de cubrirlo.

Minutos antes le había servido a su amigo una mezcla de narcóticos y *whisky* que le provocó un coma irreversible.

Secuestro extorsivo con desaparición del secuestrado: ejecutaba una lección que había aprendido en la cárcel, cuando estuvo detenido por estafas reiteradas. Sin cuerpo no hay crimen, se decía en el penal, como si se tratara del guión de una película de cine negro. El chapuzón encajaba en su hipótesis de crimen perfecto.

Se sorprendió: estaba tranquilo. Cuando volvió de la cocina, el ácido ya había liberado sus demonios sobre el desvalido territorio del cuerpo. El proceso era indetenible. Víctima y victimario emprendían un viaje a un sitio al que nadie podría acceder. Le gustó la idea y pensó en escribirla en su libreta, pero la prudencia lo contuvo.

Guardó en el placard el impermeable que había utilizado para no salpicarse la ropa con el ácido. Tapó el tanque y se fue a dormir.

Tras las persianas del departamento crecía la luz de la mañana.

Tres meses antes de ese día, que ahora recuerda con nitidez, el abogado Mariano Márquez abandonaba la Unidad de Detención N.º 3. Había pasado cinco años y seis meses encerrado en el viejo edificio carcelario de Ricchieri y Zeballos.

No había imaginado un final como ése para sus operaciones inmobiliarias pero, como decía su madre, al mejor cazador se le escapa la liebre. Vendió varias veces y a distintas personas un mismo terreno. No pagó una indemnización. Engañó a varios clientes. Lo que en principio se presentó como una sucesión de operaciones destinadas a obtener dinero fácil terminó por llevarlo al otro lado del mostrador en los Tribunales.

En una carta se lo explicó a sus padres:

«Estoy tan desconcertado como ustedes. Soy víctima de un sistema judicial perverso. Qué abogado no hubiera actuado como yo lo hice. Me limité a defender los intereses de mis clientes y los míos, de eso vivo. Con la venta de terrenos hubo una que otra irregularidad, pero ningún delito».

Sus operaciones eran negocios como los que hacían sus colegas, aunque un poco menos claros. Conseguía un campo, lo compraba barato y lo vendía caro. Algunos terrenos aparecieron a nombre de su padre, quien, cuando el fraude tomó estado público, intentó devolverlos, pero ya era demasiado tarde.

También fue acusado por estafa en un caso de indemnización: por la muerte de un obrero en un accidente laboral. Márquez representaba a una empresa maderera, y el dueño le entregó la plata del resarcimiento que ordenaba la ley para que le pagara a la viuda. Meses después la mujer declaró que nunca había recibido el dinero.

Con cada delito que le imputaban, el procedimiento era el mismo: lo detenían y luego lo excarcelaban. Hasta que se abrió un expediente con la denuncia de un cliente de su estudio que alegaba cobro abusivo de honorarios y Márquez, finalmente, quedó preso.

En privado, acusaba a su concuñado y a su ex esposa de organizar una persecución judicial.

La causa se tramitó en el Juzgado de Instrucción de la 5^{ta} nominación, a cargo del doctor José María Píccoli. El secretario del juez era Nelson Vázquez, el concuñado con quien Márquez mantenía una antigua rivalidad.

Su pariente político se tuvo que excusar de la causa pero, según se lamentaba Márquez en el penal, manejó el proceso a través de sus amigos para terminar de perjudicarlo: «Estaba condenado antes de empezar», repetía.

La pena de ocho años que le aplicaron era excesiva en relación con las que se imponían por entonces a los reos sin antecedentes. Pero ésta era una irregularidad entre tantas otras dentro del sistema judicial argentino, que ya navegaba entre la corrupción y el autoritarismo.

Cumplió los dos tercios de la condena sin sentencia firme. Desde marzo de 1975 hasta setiembre de 1980.

—¿Por qué estás en la cárcel?

Presos y guardias le hacían la misma pregunta, y Márquez no tenía una buena respuesta. Era joven y, hasta el día de su detención, sus colegas lo consideraban un abogado talentoso y con un gran futuro. Hijo de un militar retirado, se casó con una abogada, Ester Swar, que había sido su compañera de estudio en la Facultad Católica.

Ester era delgada y distinguida. Provenía de una familia de clase acomodada, cuya cabeza era un prestigioso médico neurólogo. Se reconocía romántica y obstinada. Había heredado el carácter de su madre, una piamontesa que llegó a la pampa húmeda cuando todavía el país se anunciaba en Europa como el paraíso en la tierra. Como ella, tenía la nariz levemente respingada sobre la boca pequeña. Usaba el cabello castaño a la altura de los hombros y jamás se pintaba los ojos ni los labios. Mariano adoraba esa costumbre: «parecés una nena», le decía cuando eran novios y la pasaba a buscar por la casa paterna para salir a caminar.

Cuando se graduaron, los dos encontraron trabajo enseguida. Mariano en un estudio jurídico y Ester como ayudante de cátedra en la Facultad. Ganaban lo suficiente para pagar el alquiler de un departamento y hasta les quedaba dinero para darse algunos gustos. No se quejaban. Mariano estaba seguro de que pronto iban a progresar.

Aprovechaban las funciones con entradas rebajadas para ir al cine. Ester casi siempre usaba faldas o vestidos de algodón para esas salidas. Disfrutaba cuando Mariano le acariciaba los muslos en la oscuridad de la sala. Tenía piernas flacas que le gustaba lucir y un culo redondo y firme al que consideraba su mejor atributo físico. Aunque Mariano le decía que eran perfectas, no estaba contenta con sus tetas: «son chiquitas», se quejaba.

Los domingos por la noche se acercaban al Paraná para caminar un rato y conversar. El río que rodea a Rosario por el Este les ofrecía el rumor del agua turbia en su descenso inevitable hacia el delta.

A Ester y Mariano les gustaba recordar que junto a uno de los paredones de la Estación Fluvial habían hecho el amor por primera vez. Ella nunca decía «coger», decía «hacer el amor». Aquella noche memorable le había dicho que estaba cansada y se colgó de su cuello. Luego lo besó tan profundamente que Mariano se excitó de inmediato. Terminaron rodando por el pasto, sucios y satisfechos.

Esa manera de empezar fue un anuncio: para Mariano no había que desobedecer a la pasión. Por su formación familiar, Ester era más recatada y rechazaba los impulsos de su marido, quien sostenía una campaña permanente contra sus prejuicios. Una vez trató de convencerla de que lo hicieran en el tren en el que viajaban a Buenos Aires. Era de madrugada y el vagón estaba desierto. Comenzó a besarla y hasta logró abrirla la blusa. Ella no llevaba corpiño y eso le permitió llegar fácilmente a los pezones. Cuando Mariano intentó bajarle el cierre del pantalón, Ester se negó a seguir con las caricias. Se abotonó con rapidez la camisa y se levantó del asiento. La insistencia de

Mariano casi termina en una pelea. El resto del viaje permanecieron en silencio. Por la ventanilla apenas se divisaba la línea que separa el campo del cielo.

Con el tiempo la resistencia de Ester fue menguando y hasta se animaba a provocarlo con algunas osadías. En los recreos de la Facultad, cuando se quedaba sola en la sala de profesores, lo llamaba a la oficina y le rogaba: «vení a hacerme el amor, vení ahora». Los dos sabían que era un pedido imposible pero, aun con esa certeza, Mariano quedaba alterado toda la mañana.

—Me gusta que llames pero a veces me parece que te burlás de mí —le recriminaba.

—No es así, en todo caso serías el burlador burlado. Seguro que cuando te llamo le estás mintiendo a alguien. Como vos decís, «está en la naturaleza de la profesión».

Márquez no aceptaba que su mujer lo llamara mentiroso, ni siquiera en broma. «A lo sumo, soy un fingidor —argumentaba—, alguien que inventa historias para evitar males mayores.»

Ester nunca terminaba de sorprenderse con Mariano. Cuando peor estaban, él encontraba una broma que la rescataba del mal humor o hacía algún disparate que le devolvía la alegría. Una vez, después de una pelea, interrumpió una de sus clases en la Facultad vestido de enfermero sólo para verla. Les tomó la presión a seis alumnos antes de retirarse del colegio.

Lo que más le gustaba a Ester eran sus regalos de cumpleaños. Como no podía competir con los presentes de papá Swar, Mariano inventó dos categorías: los regalos convencionales y los inventados. Los primeros estaban a la medida de su flaco bolsillo: una lapicera, un libro o una cartera. Los otros, los que deslumbraban a Ester, implicaban un enorme despliegue de imaginación.

Durante los días previos al festejo, ella iba descubriendo mensajes y claves en distintos lugares de la casa: un papel dentro del tarro de las galletitas, un mensaje en el horno, un cartel en el cajón de la ropa interior. Si lograba develar todas las pistas —siempre lo hacía— obtenía las coordenadas de un lugar de la ciudad al que tenía que concurrir el día de su cumpleaños, a una hora determinada. Allí todo podía pasar: un grupo de músicos le dedicaba una serenata, su actor favorito le entregaba un ramo de rosas o el propio Mariano, disfrazado de payaso, le dedicaba un poema.

Eran felices. Pero lo olvidaron pronto.

El idilio comenzó a resquebrajarse cuando ella le anunció que estaba embarazada.

La gestación de Tadeo no fue fácil. Ester tuvo pérdidas reiteradas y volvió a la casa paterna para guardar reposo. Mariano estaba aterrorizado con la idea del nacimiento del bebé y casi no visitaba la casa de su suegro. La sensación era contradictoria. La extrañaba y quería a ese niño que se anunciaba con prepotencia en el cuerpo de Ester, pero estaba abrumado. Ni siquiera habían hablado sobre la posibilidad de tener un hijo y se sentía traicionado por su mujer.

Después de la separación, Mariano se lamentaba amargamente: «No tenía que haberla dejado ir con sus padres. Ahí comencé a perderla». Aunque siempre lo había

tratado con respeto, estaba seguro de que el padre de Ester lo despreciaba.

Cuando el niño nació volvieron a vivir juntos y se mudaron a una casa más grande. Apenas convivieron dos años más. Mientras Tadeo crecía, ellos se iban alejando.

Comenzaron las peleas y los reproches. Se terminaron las salidas al cine y los regalos. Hubo noches en las que Mariano no volvía a dormir, y días en los que Ester, sin aviso, se quedaba en la casa de sus padres.

Algo se había roto y ninguno de los dos estaba dispuesto a repararlo. Esta vez ni siquiera había interés en averiguar los motivos que habían precipitado el alejamiento. Los dos se refugiaron de sus frustraciones en el trabajo. Mariano cada vez tenía más clientes y Ester comenzaba a ser reconocida por sus trabajos académicos.

Cuando Tadeo no había cumplido los tres años, Ester presentó una demanda de divorcio. En un escrito de una carilla acusaba a su marido, entre otras cosas, de mujeriego.

Mariano se enfureció y contraatacó con una carta dirigida al juez:

«Si mi mujer quiere ser cornuda quién soy yo para impedirselo...», comenzaba.

La esquila, en pocas horas, era el comentario de todo el Foro. El doctor Swar jamás le perdonaría ese bochorno. Al poco tiempo Mariano fue detenido por estafas.

Ester decidió irse a vivir a otra provincia y Mariano nunca más volvió a ver a su esposa y a su hijo. Cuando salió de prisión, seis años más tarde, averiguó dónde estaban sólo para demostrar que era él quien había decidido no buscarlos. Se lo hizo saber con un llamado telefónico. En los cinco minutos que duró la conversación, Mariano dijo dos veces «mi amor». Su ex mujer describió la charla como una amenaza.

Las primeras semanas en la cárcel fueron duras. De a poco, Mariano logró ganarse la confianza de presos y guardias. Lo ayudaban sus conocimientos del Derecho, su inteligencia y las relaciones de su padre.

Juan José Márquez era teniente del Ejército y nunca dejó de visitar a su hijo mientras estuvo en prisión. Al igual que Mariano, era bajo y delgado. Un bigote entrecano le cruzaba la cara y acentuaba su aire marcial. Hablaba sin adjetivos y con frases cortas; se notaba que estaba acostumbrado a dar órdenes. Vivía muy cerca del penal y todos los domingos le llevaba las pastas que amasaba su esposa el día anterior, regadas con abundante salsa, y dos o tres rodajas de *peccetto*. El plato preferido de Mariano eran los canelones de verdura que hacía su madre.

En plena dictadura, el militar imponía respeto. Llegaba a la cárcel vestido con el traje de gala y su sola presencia lograba flexibilizar las condiciones de detención de su único hijo. Aunque se alegraba de verlo, Mariano trataba con frialdad a su padre. A quien esperaba con indisimulable ansiedad era a su madre. Ella nunca fue a visitarlo, decía que no toleraba la idea de verlo encerrado y que de esa forma se ahorra la vergüenza de entrar en la prisión. Pero Mariano sabía que no le perdonaba las humillaciones que le había provocado. ¿Era sólo eso? Ni siquiera recordaba la última vez que ella lo había abrazado.

Más allá de las visitas del teniente, fueron sus propias cualidades las que le permitieron un mejor pasar. Al poco tiempo de ingresar, manejaba prácticamente toda la prisión. Nada de lo que ocurría en el viejo edificio carcelario se le escapaba. Llegó, incluso, a redactar los discursos del director para las fechas patrias y los informes legales que les exigía la justicia a los médicos que trabajaban asistiendo a los presos.

Mariano escribía muy bien y sus conocimientos de Derecho lo hacían un auxiliar excepcional para las autoridades. Casi todo lo que se redactaba en la cárcel llevaba su sello invisible.

Al frente de la Unidad N.º 3 estaba Alberto Banegas, un tipo duro, odiado por los presos, al que llamaban «el hombre de la goma», porque no dudaba en utilizar el bastón reglamentario de los policías de calle para aporrear a los detenidos cada vez que lo consideraba necesario. Casi todos los guardiacárceles golpeaban a los presos con entera libertad, pero sólo el director lo hacía a la vista de cualquiera.

Márquez se convirtió en su aliado. No le llevó demasiado tiempo ser un preso VIP, nunca tuvo necesidad de aportar dinero en coimas para ganar favores. Trabajaba en la panadería y cenaba en la Dirección del penal. En los ratos libres leía con avidez todo lo que podía. Sus preferidos eran los libros de Derecho, los tratados de Filosofía o de Literatura, en especial las obras de teatro de Jean-Paul Sartre y los cuentos de Julio Cortázar. También los libros de ocultismo. Pensaba que existían otras cosas más allá de lo visible. Fuerzas descomunales que se mueven alrededor de los hombres determinando sus conductas.

Los otros presos lo transformaron en consultor imprescindible y le pagaban con favores su asesoramiento legal. Esto le permitió entablar relación con los convictos

más peligrosos.

Era a todas luces el intelectual del penal. Explicaba y enseñaba, pero también aprendía con velocidad de esos tipos duros y prácticos para los que matar no era más que una manera de entenderse con un mundo hostil.

«Preguntale al Doctor.» «Si tenés algún problema, hablá con el Tordo.»

Los presos de la Unidad N.º 3 les pasaban el dato a los recién llegados. Márquez era el dueño de un saber que lo hacía poderoso. Este atributo compensaba su baja estatura. «Común», decía sobre su aspecto físico la ficha de ingreso que llenaron los guardias que lo transportaron desde los Tribunales la primera vez. Con el tiempo, su presencia adquirió una dimensión diferente.

Sus conocimientos de medicina forense y primeros auxilios le permitieron ganarse la confianza de los enfermeros. No se impresionaba con la sangre y cuando ocurría algún accidente era dueño de una decisión que admiraba a todos. Llegó a colocar inyecciones, cosió algún tajo y curó heridas de todo tipo.

Pero la habilidad de sus manos no se comparaba con su talento para convencer. Sabía narrar y demostraba devoción por escuchar historias. Ponía la atención que muestra una madre ante el relato del primer día de escuela de su hijo. Así, de ese modo, escuchaba las penurias de sus compañeros.

Su buen comportamiento completaba el cuadro. No había razón para impedirle deambular con tranquilidad por todo el edificio.

Un año después de su arribo al penal, se podía decir que Márquez no tenía más presiones que la falta de libertad. Pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, donde conversaba con los otros presos; en la enfermería, donde intimaba con los médicos del Servicio Penitenciario, o en la Dirección.

Cumplía un doble rol, que sólo un hombre de su personalidad podía realizar sin perder la vida en el intento: era el confidente de las autoridades y el asesor de los presos.

En varias oportunidades enfrentó a otros detenidos y evitó acciones desesperadas. Sabía de antemano que no daban resultado. Se tomaba el trabajo de explicarles que una huelga de hambre no podía comenzar sin una negociación previa.

—No se puede cumplir la amenaza y después pedir las cosas. ¿Qué hacés si no te dan lo que pedís? ¿Te prendés fuego? —les decía.

En varias ocasiones, la lógica le falló.

—Vos estás con los milicos, buchón —le recriminaban los más radicalizados, y hasta recibió algún golpe.

Sin embargo, la realidad acudía en su ayuda y los presos volvían a escucharlo.

—La huelga de hambre se la estamos haciendo a los militares cuando se la tenemos que hacer a los jueces. La culpa la tienen los jueces y no el gobierno —explicaba Márquez sin alterarse.

Creía sinceramente que para los presos comunes no había mucha diferencia entre la prisión de la democracia y la de la dictadura. Al mismo tiempo acusaba a los

magistrados de ser permeables a las presiones de los poderosos —grandes empresarios, políticos o militares— y de demorar sin motivo las condenas. Este hecho convertía a los detenidos en «presos locos». Los procesados pasaban dos o tres años sin certeza alguna acerca de su futuro. El ochenta por ciento de los detenidos se encontraba en esa situación. Era preferible estar condenado y tener un horizonte que se podía contar en días.

Mariano nunca levantaba el volumen de voz, ni siquiera cuando se trezaba en una discusión. En eso no se parecía en nada a su padre. No importaba cuán fuerte gritara su contrincante en las improvisadas asambleas que se hacían en el patio del penal. Él esperaba su turno y volvía a golpear con sus frases precisas e hirientes.

En varias oportunidades intercedió para que los presos amotinados liberaran rehenes. Su palabra comenzó a pesar a la hora de decidir cualquier acción.

El control que ejercía sobre los otros lo imponía también sobre su propio cuerpo. Cuando lo llamaban para alguna rueda de presos o cuando tenía que ir a declarar a Tribunales, podía adelgazar hasta lograr un aspecto diferente. El cambio le permitía burlar un reconocimiento o simplemente brindar una imagen que infundiera pena con el objetivo de ganarse el favor de los jueces. Lograba diferencias notables en apenas unos días. Contaba con la complicidad de los guardiacárceles, que le permitían dejarse crecer la barba.

Las palabras constituían otra de sus zonas de atención. Eran su herramienta de trabajo y las cuidaba en forma obsesiva.

—No quiero que me las contaminen —decía—, son lo único que tengo.

Mariano era de los pocos detenidos que no incorporaba a su léxico los términos que nacían de la jerga carcelaria. Por el contrario, cada vez que descubría una palabra nueva la anotaba y, como si se tratara de un ejercicio, rastreaba su origen oscuro. Tomaba los giros y las expresiones inventadas por los presos y las despanzurraba.

—*Ortiva*, por ejemplo, se utiliza comúnmente para indicar a alguien amargado, malhumorado. Sin embargo, originalmente viene de *batidor*, que señala al alcahuete, al buchón. *Batidor* es lunfardo común pero, como a tantas cosas, la cárcel la dio vuelta: *dortiba*. Con el tiempo, perdió la *d* inicial y degeneró en *ortiva* —explicaba Márquez, desde su improvisada cátedra ubicada en la biblioteca del penal.

En esa época hacían furor los barbitúricos. Circulaban Rohypnol, Trapax y Lexotanil. Todas drogas que generan un efecto paradójico: si bien están destinadas a calmar, cuando se produce acostumbamiento el organismo comienza a hacer resistencia y el efecto es de gran excitación.

Las mujeres de los presos entraban las pastillas envueltas en papel higiénico entre los labios de la vagina. Cuando llegaban al penal, en los días de visita, pedían ir al baño y se las arreglaban para pasarlas.

Los detenidos compartían sus tesoros. Se reunían, llenaban de agua la pava para el mate y le colocaban siete u ocho pastillas. Pero el Tordo pasaba de esas ruedas que había llegado a abastecer, gracias a su buena llegada a la enfermería.

No veía mal esa manera de escapar del encierro. Por lo menos, el tráfico era entre los chorros y sus familiares. Años después, cuando entraron las drogas duras en el penal, todo se complicó. Aparecieron las manos de los guardias y comenzó el intercambio de favores por *merca*. La situación se hizo incontrolable. Los guardias apelaban a la extorsión y se ganaban la sumisión de los presos. Algunos «Jaimitos», como los llamaba Márquez, podían hasta matar a quien se les indicara por un poco de coca o un puñado de píldoras.

El doctor no consumía drogas. Su único vicio eran los cigarrillos negros que fumaba sin parar. Nunca le faltaban los Particulares etiqueta verde. A veces se aburría de las conversaciones, se sentaba solo en el patio y pitaba casi con desesperación, hasta que la brasa quemaba el filtro.

—Éste puede ser el último —repetía.

Fumaba así desde los trece años, cuando prendió a escondidas su primer Colmena.

Si estaba de buen ánimo participaba de las rondas con sus compañeros y aceptaba algún mate limpio. En una de esas charlas la mente de Márquez empezó a lucubrar un crimen sin castigo. Un secuestro que debía terminar en homicidio para garantizar impunidad. Un golpe que debía liberarlo de las penurias económicas y permitirle dejar atrás el pasado.

Imaginaba un movimiento que lo ayudara a despegarse del país, de la familia, de las humillaciones de infancia, de la vida que había sostenido hasta allí. Quería viajar, empezar de nuevo en otro sitio. Tal vez Francia o México, donde hasta podría revalidar el título y ejercer la abogacía. No era un sueño desmesurado. Era un sueño.

Desde antes de que comenzara la dictadura militar, en marzo de 1976, la ciudad era un coto de caza de las fuerzas de seguridad. La gente no moría, simplemente se desvanecía en el aire. Márquez sabía muy bien cómo mataba la maquinaria del Estado. Muchas veces había discutido con su padre por ese tema. El teniente Márquez realizaba tareas administrativas —el eufemismo que se utilizaba para aquellos que no participaban de las operaciones antsubversivas en forma directa— pero defendía la represión con entusiasmo: «Ésta es una guerra». Mariano, en cambio, si bien compartía los objetivos que se había trazado el gobierno, no aceptaba la idea de conflicto abierto: «Esto no es una guerra, es una carnicería», replicaba.

El coronel Rodolfo Ríos era el interventor militar de la Policía de Rosario que, a su vez, dependía del II Cuerpo de Ejército. En esa época, el Jefe de Policía era Dios. Las vidas de los opositores le pertenecían. Y su poder no reconocía otra barrera que la de sus mandos superiores.

Como todos los abogados que frecuentaban el Palacio de Tribunales, Márquez lo conocía y hasta se divertía con la reverencia y el temor que provocaba su nombre.

—Las bandas paramilitares no matan por dinero. Lo hacen en nombre de Dios, la Patria y el Ser Nacional —les explicaba a sus compañeros de prisión con ironía. Y remataba su discurso:

—Valores importantes que nada tienen que ver con violaciones y torturas.

El abogado, que observaba el estado de cosas fuera de la prisión con interés, recomendaba a sus compañeros la indiferencia. La misma que él trataba de mantener ante la actividad de su padre.

—No hay nada que ganar y mucho para perder —decía.

Sin embargo, reconocía la eficacia del exterminio.

Uno de sus custodios le contó sobre un operativo en una quinta de Granadero Baigorria donde actuaba el Ejército. Su grupo de tareas había sido convocado a las cinco de la mañana en la Jefatura de Policía. Les habían pedido que vistieran de civil.

Márquez tomó nota de la historia:

«Éramos tres, todos agentes de distintas seccionales. En la parte de atrás del edificio, sobre la calle San Lorenzo, nos esperaba un camión. Cuando subimos a la caja, vimos que había siete tipos y tres minas amontonados, uno al lado del otro, como dormidos. Pregunté adónde los llevábamos y me dijeron que era un traslado de rutina. Viajamos una media hora y paramos en un campo en la zona de Baigorria. El jefe del operativo tenía la cara cubierta por una capucha negra, bastante ridícula. Pensé que era para que no lo reconocieran los detenidos, porque todos nosotros sabíamos muy bien quién era. Nos ordenó que bajáramos a los presos y que los envolviéramos en unas frazadas. Para que no se les salieran los brazos de las mantas, los amarramos con unos alambres que nos dieron en ese momento. No sabíamos qué iba a pasar, pero nadie se animaba a preguntar. Al rato escuchamos el ruido de un avión.

Una avioneta de hélice aterrizó cerca de donde estábamos. Entonces nos ordenaron cargar a los detenidos. Empezaba a aclarar y pude ver que estaban muy golpeados. A una gordita le faltaban las uñas de los pies. Los amontonamos a todos dentro de la avioneta y volvimos a subir a la parte trasera del camión. Nos fuimos cuando el avión levantaba vuelo. Ese día no hablé con nadie, pero con el tiempo entendí que esos aviones no viajaban a ningún lado».

«No hay cuerpos, no hay crímenes», escribió Márquez al final del relato.

«Tu cabeza funciona de una manera extraña.»

Eso le decía siempre su tía Agustina, la soltera, cuando él se animaba a contarle alguno de sus proyectos. Quería ser aviador, actor o campeón de algún deporte no inventado todavía. Ella se reía de sus ideas y lo alentaba. Su voz era dulce y hablaba con delicadeza. Era la hermana menor de su madre. Y era exactamente eso: más joven y más linda que su madre. Tenían en común la suavidad de la piel, los ojos pardos y el cabello negro. Nada más.

Su mamá era empleada de una tienda del centro y trabajaba con horario corrido. Su padre, que servía en un destacamento militar del sur de la ciudad, sólo volvía por la noche para cenar. La única que estaba en la casa cuando Mariano volvía de la escuela era su tía.

Corría 1956 y la junta militar que había desalojado al presidente Juan Perón del poder se encontraba en su apogeo. La sociedad se había dividido entre felices y humillados. Y si bien en su casa nunca se hablaba de política, su padre mencionaba al nuevo gobierno, con solemnidad, como la Revolución Libertadora.

En los días del golpe de Estado, a Mariano le pareció descubrir cierta tristeza en su madre. La había visto, años atrás, llorando por la muerte de Evita. Nunca supo en realidad el porqué de ese llanto; no eran peronistas.

Agustina, en cambio, hablaba de radioteatros, de la moda y de los cantantes norteamericanos que más le gustaban. Trabajaba de noche hasta muy tarde y cuando él llegaba de la escuela siempre estaba durmiendo.

Mariano hacía las tres cuadras que lo separaban del Normal N.º 6 corriendo. Entraba en el largo pasillo de la calle Güemes, sacaba la llave del buzón de las cartas, abría la puerta y dejaba el guardapolvo y los libros en el sillón del *living*. Recién después, en el cuarto de su tía, ejecutaba su ritual: despertarla para que ella le preparara el almuerzo. Ése era el arreglo que Agustina había hecho con su hermana. Y una de las condiciones por las que su padre la aceptaba viviendo en la casa.

Cuando era muy niño, Mariano hacía todo de manera vertiginosa, pero con los años aprendió a tomarse su tiempo. Llegaba hasta la puerta de la habitación y se deslizaba con sigilo.

Le gustaba verla dormir. Agustina era como un animal cansado. La respiración profunda, el pelo largo extendido sobre la sábana. Le recordaba la pantera negra del zoológico municipal que se tiraba a dormir al sol en la estrecha jaula con piso de cemento, donde esperaba la muerte. Él ya se había dado cuenta de que era una mujer hermosa.

Mariano la miraba dormir un rato y luego la despertaba. Al principio la llamaba por su nombre o le tocaba el hombro. Pero una vez, un lunes que sus padres habían viajado, los roles se invirtieron y el método cambió.

Ese día, cuando regresó de su trabajo, Agustina lo despertó para que fuese a la escuela. Dijo su nombre con firmeza varias veces, pero él —aunque estaba despierto— no quería abrir los ojos.

Finalmente, la tía le lanzó un soplido corto en la cara y, recién entonces, sorprendido por ese viento cálido, Mariano la miró. Entendió que se trataba de un código, un saludo comanche, una señal secreta.

Desde entonces él la despertaba de esa manera. Después de contemplarla durante unos minutos, utilizaba el soplido en la cara para traerla al mundo de los vivos. La tía primero fruncía la cara, después estiraba los brazos con fuerza y luego, aún con los ojos cerrados, intentaba atraparlo.

Nunca lo lograba.

Cuando obtuvo la libertad condicional, en setiembre de 1980, su cara había perdido lozanía.

—Sólo estoy más viejo —le dijo a su padre cuando llegó a buscarlo en su último día de prisión.

Tenía el aspecto de un oficinista: una imagen exterior insignificante. Un tipo como cualquier otro en una ciudad donde muchos de sus habitantes evitaban destacarse. Para sobrevivir era mejor pasar inadvertido. Márquez estaba tranquilo con su aspecto. Podía pasar por un comerciante, un empleado de banco o lo que había sido antes de la condena: un abogado barato.

No pudo manejar el auto de su padre. Se sentó en el asiento del conductor pero ni siquiera llegó a encender el motor. No veía bien. Le habían contado sobre esa sensación extraña: la vista no termina de acostumbrarse a los espacios abiertos. Es uno de los síndromes de la prisión, la mente necesita tiempo para comprender que el cuerpo no está limitado. Este estado de inadecuación temporaria provoca mareos. Resignado, se dejó conducir hasta la casa paterna y durmió el resto del día.

Logró despertarse al atardecer y su madre le cebó unos mates en la cocina, como antes, cuando era estudiante. Aunque no paraba de hablar, no le hizo ningún comentario sobre sus días en la cárcel. Criticó a unos viejos vecinos que insistían en ir a visitarlo, le contó de la soledad que sentía en la casa cuando su padre no estaba y hasta le sugirió abrir un estudio jurídico para volver «con todo» a la profesión. Mariano comprendió que, al igual que en otros momentos de su vida, ella prefería olvidar. Esa actitud negadora de su madre que de niño lo angustiaba, ahora era un alivio. Así era mejor. Pensó en el final del *Martín Fierro*, uno de los libros que había aprendido de memoria en sus noches de insomnio en el penal: «Sepan que olvidar lo malo/ también es tener memoria».

Había pasado casi seis años encerrado, sin embargo ahora se sentía bien y estaba listo para poner a prueba su relación con los otros. Necesitaba saber si aún lograba agradar. Y se dispuso a comprobarlo.

Como antes de caer preso, estableció una rutina: eligió lugares nuevos, bares y restaurantes, y comenzó a visitarlos siempre a la misma hora. En poco tiempo se volvió popular en ese reducido círculo de trasnochadores. Hombres y mujeres se rendían ante su conversación cautivante.

Márquez tenía una exquisita habilidad para construir historias que variaba según el interlocutor. A las mujeres, por ejemplo, no les ocultaba su paso por la cárcel. Pero les explicaba, con aire compungido, que lo habían confundido con un subversivo. Para los hombres alternaba distintas historias de negocios o turismo de lujo.

Aunque su única salida al exterior fue un viaje a México en 1974, a pedido de un cliente, el doctor Márquez podía hablar de los parques nacionales de Costa Rica, las mejores discotecas de Rio de Janeiro, las célebres tumbas del cementerio de Père-Lachaise en París o los garitos de Tailandia con igual solvencia. Las lecturas de guías y libros de viajes le daban los elementos necesarios para sus fabulaciones. Si alguien

mencionaba un bar de moda en Nueva York, él era capaz de convencerlo de que se había perdido la oportunidad de probar allí uno de los mejores tragos de la casa. Una especialidad que el barman del lugar había creado para él.

Tenía éxito con las mujeres. No era precisamente un galán de cine, pero bastaba con que lo dejaran hablar. «Cuando hablo soy más alto», decía en la época de los bailes de la universidad.

Su frente estaba cruzada por dos arrugas que le daban un aire de preocupación permanente. Más arriba, una incipiente calvicie disputaba, con grandes posibilidades de victoria, la guerra cotidiana con su cabello. La nariz, ni muy grande ni muy pequeña, mantenía una armónica proporción con la boca que, cuando no hablaba, aparecía apretada. No era un gesto duro, al contrario: componía con las líneas de la frente una mueca reflexiva. La mirada infundía respeto. Había algo en su manera de mirar. No en sus ojos, de un oscuro marrón, sino en la forma oblicua en que fijaba la vista a la hora de registrar el mundo.

Márquez salió de la cárcel con la convicción de que su vida anterior había quedado para siempre encerrada en la celda que acababa de abandonar. Si no quería volver allí tenía que hacerse de dinero. Lo primero que se le ocurrió fue recurrir a un viejo conocido en busca de un préstamo. Para eso necesitaba un argumento conmovedor y posible. Pensó en inventar un viaje de urgencia al exterior o en apelar a una supuesta enfermedad de su madre. Finalmente descartó esas excusas porque ninguna de las dos deshabilitaba la posterior devolución del dinero. Tenía que buscar otro pretexto.

El médico Rodolfo Russo era hijo de un ex intendente de la ciudad, un político muy popular que había estado detenido por los militares durante los meses posteriores al golpe de Estado. Mariano fue a verlo a su consultorio. Bajo un nombre falso le pidió a la secretaria de la clínica que le diera un turno. Cuando Russo reclamó por el intercomunicador que hicieran pasar a su último paciente, se topó con la inesperada presencia de su amigo. Después de unos segundos se estrecharon en un abrazo. Russo no había cambiado demasiado. Tal vez estaba un poco más gordo. Aunque no parecía miope usaba unos lentes de marco dorado que se quitaba y se ponía mientras hablaba. Todo en él emanaba prosperidad. Su ropa era cara y en su muñeca izquierda lucía un Rolex clásico. El tiempo era benigno con él: su cabello rubio no tenía rastros de canas.

Se conocían desde la escuela secundaria. Después de atravesar un período de mutua desconfianza se habían hecho compinches y salían juntos todos los fines de semana en busca de aventuras. Russo, que todavía no soñaba con ser médico, aseguraba que Márquez lo complementaba. «Yo no hablo muy bien, pero tengo pinta. Cuando la cosa está peleada, Mariano empieza a chamuyar y define», explicaba.

La universidad los había separado pero la detención del padre de Russo volvió a unirlos. Se reencontraron en prisión y reforzaron una amistad que sólo había crecido entre travesuras de adolescentes y confesiones de amores contrariados.

Russo admiraba la inteligencia de Márquez. Cada vez que visitaba a su padre se hacía tiempo para encontrarse con el Tordo, como lo llamaba. A veces jugaban al ajedrez o pasaban el rato analizando la histórica partida por el campeonato mundial entre Bobby Fischer y Boris Spassky.

Mariano veneraba al gran jugador americano y repetía hasta el cansancio la serie de juegos que lo terminaron coronando campeón del mundo en 1972. Fischer era su modelo de intelectual: arriesgado y solitario. Russo prefería, en cambio, la precisión y el rigor de los ajedrecistas soviéticos. Entre movida y movida, transcurrían sus charlas.

Hacía un año que no se veían, desde que el padre de Russo había recuperado la libertad. Aquella tarde en el consultorio, después de repasar una sucesión de anécdotas y recuerdos, Mariano logró imponer una idea en la conversación. Estaba preparando una operación que iba a rehabilitarlo social y económicamente. El proyecto parecía realizable: montar una fábrica de pelotas de fútbol. «Es como vender helados en el desierto —explicó—; éste es el país del fútbol, el país que acaba de

ganar el Mundial. Además, por los contactos que tiene mi padre, voy a venderle pelotas al Ministerio de Educación de la provincia, la ganancia está garantizada.» Para poner en marcha la empresa necesitaba apoyo financiero. Russo se ofreció con gusto y ni siquiera se interesó por los detalles. Contaba con el dinero y decidió darle lo necesario para ayudarlo a lanzar el negocio.

—Te lo voy a empezar a devolver cuando haga la primera venta —le dijo Mariano.

—No hay apuro. No hablemos hasta que todo marche viento en popa, a los negocios hay que tenerles más paciencia que a una mujer —respondió Russo, comprensivo.

Márquez vivía en casa de sus padres, en Güemes 1771. Se lo veía tranquilo y animado. Con sus actitudes demostraba que el abogado condenado por estafas reiteradas ya no existía. Y algo de eso era cierto.

El 2 de noviembre de 1980 el doctor Mario Marzano entró en escena. Márquez utilizó una suerte de anagrama como nombre del personaje que acababa de parir, curiosamente, el día de los muertos. Sabía que necesitaba otra personalidad que lo desligase de su historia de convicto.

Marzano tenía documentos en regla, gentileza de sus compañeros falsificadores de la Unidad N.º 3. Con esos papeles celebró un contrato de alquiler por el departamento ubicado en el primer piso de Montevideo 1561, a cinco cuadras del edificio de Tribunales.

La dueña de la casa, Graciela Salas, una mujer soltera de 42 años, muy hermosa, quedó impresionada por la manera pausada de hablar y las acotaciones inteligentes del abogado que se presentó como asesor legal de la empresa Air France.

Con un solo movimiento, Mario Marzano se anotó un doble triunfo: se deshizo de Márquez y consiguió un lugar para desarrollar su plan.

Necesitaba más dinero y lo obtuvo gracias a la convicción con que exponía sus proyectos. Volvió a pedirle un préstamo a su amigo Russo con la excusa de la compra de unos equipos que tenía que encargar a Alemania. «Ya tengo una docena de pedidos», aseguró. El resto del dinero lo aportó un ex convicto, Néstor Castaño, quien le adelantó una suma para que le gestionara un crédito. Su compañero de detención le entregó el dinero con confianza. Lo había visto hacer maravillas en prisión: apostar a una fija en el hipódromo del Parque Independencia, conseguir putas para alegrar un domingo y lograr que ingresaran mezcladas entre las visitas.

Márquez sepultó el único atisbo de duda que cruzó por la mente de su ex colega con una pregunta: «¿Alguna vez me quedé con un vuelto?».

Logró reunir ocho millones de pesos argentinos. Con el departamento alquilado y la plata en su poder, Mario Marzano sabía que su plan tenía fecha de vencimiento. Una vez que se descubrieran los engaños, perdería la oportunidad de hacerse rico y salir del país. Tenía que actuar antes de diciembre.

La idea del secuestro ya había madurado lo suficiente en su imaginación y estaba convencido de que el éxito de su plan iba unido al destino de la víctima. Su lógica era implacable: no sólo tenía que matar al secuestrado para poder gozar con tranquilidad del rescate, también debía deshacerse del cuerpo.

En los términos del doctor Márquez, deshacerse del cuerpo era literalmente eso, deshacerlo. Que no quedara nada. Ni siquiera una uña como las que caen en el baño por descuido y se resisten a pasos y barridas.

El 6 de noviembre llamó a Graciela Salas y le pidió que le permitiera ver el departamento otra vez.

—Tengo algunas dudas —le dijo por teléfono.

Ella primero protestó —el acuerdo por el alquiler estaba cerrado—, luego accedió y quedaron en encontrarse en la puerta del edificio de la calle Montevideo a las dos de la tarde.

En principio sólo buscaba conquistar la confianza de la mujer pero después se dio cuenta de que la quería conquistar a ella. Graciela lo atraía como nadie lo había hecho desde que se había separado de su mujer. Emanaba seguridad y eso lo fascinaba.

Cuando llegó a la cita, ella ya estaba allí. Tenía un vestido color crema que comenzaba unos quince centímetros por sobre las rodillas, lo que permitía observar sus piernas modeladas por horas de gimnasio. Era morocha, de ojos negros, rasgos finos y cuerpo cuidado a fuerza de dietas.

Al llegar, Mariano rompió el frío saludo entregándole un ramito de jazmines que había comprado en un puesto ambulante. El aroma de esas flores lo había acompañado en prisión. Cuando estaba deprimido le pedía a la asistente social del penal, una mujer madura con la que había trabado cierta amistad, que le trajera un ramo y se quedaba largos minutos con la nariz sobre ellas. Cuando se marchitaban las trituraba y con un poco de alcohol fabricaba un perfume casero que esparcía por su celda.

—Gracias, son muy lindos —dijo Graciela, mirando el piso.

—Me gustan mucho. Su olor intenso me permite viajar. Probá, sólo tenés que cerrar los ojos, aspirar profundo su aroma y pensar en el lugar donde querías estar en este momento.

Graciela acercó el ramo a su nariz unos segundos, luego se encogió de hombros y lo invitó a entrar en el edificio.

Subieron la escalera haciendo comentarios acerca del calor y la humedad que invadía las casas y las cosas en toda la ciudad. Cuando llegaron al departamento, Graciela abrió la puerta y le entregó las llaves con una sonrisa.

Caminaron despacio por el *living* vacío. Después de revisar el encendido del calefón, ubicado sobre la piletta de la cocina, y la presión del agua de la ducha, Márquez la tranquilizó:

—Está todo bien —dijo, y mirándola a los ojos agregó—: está todo demasiado bien.

En un solo movimiento se acercó y la besó. Ella primero retiró un poco la cabeza, como sorprendida, pero luego también comenzó a besarlo.

Mariano había imaginado lo que siguió. La empujó con firmeza, como si quisiera dejarla estampada en la pared, y se fue deslizándose hacia sus piernas muy despacio.

Desde que había salido de prisión sólo había estado con putas. Ahora era distinto, no había apuro, ni dinero. Primero se demoró jugando a morder los pezones a través de la tela. Cuando quedó arrodillado frente a ella, le levantó el vestido hasta la cintura

y hundió la nariz en su entrepierna. Tenía buen olor y acaso ésa era la confirmación de su sospecha: Graciela esperaba ese encuentro.

Mientras la besaba escuchaba los gemidos cortitos de la mujer que, por momentos, parecía tener temblores. Con un tirón seco y fuerte rompió la tanga por uno de los costados. No era necesario, pero le gustó la idea de que tuviera que cruzar la ciudad sin bombacha. Graciela no dijo nada.

Mariano tocó con la punta de su lengua los contornos de la vulva. Ella le acarició la cabeza con una mano y después con las dos lo ayudó a entrar más, empujándole la nuca. Lamió y chupó hasta sentir como se venía en su boca. Luego se frotó los labios en uno de sus muslos, se incorporó, y sin decir nada bajó el cierre del pantalón, sacó la pija erecta y la penetró. Ella, que apenas podía sostenerse, pareció reaccionar y comenzó a mover la pelvis, primero despacio, y después tratando de seguir su ritmo. Él acabó enseguida y Graciela no logró llegar otra vez. Salió de su cuerpo, se subió el cierre y repitió:

—Está todo bien —y se fue al baño.

Graciela se sentó en el piso.

Mientras orinaba, por la puerta entreabierta, Mariano vio cómo metía la bombacha rota en su cartera y se acomodaba el vestido. Parecía una película artificial y sórdida. La última escena de esas porno soft que veía en las matinés del cine Capitol cuando era un pibe de quince. Una vez vio tres de Isabel Sarli: *Carne*, *Fiebre* y *Fuego*. Estuvo una semana seguida masturbándose de la noche a la mañana. Sus amigos de entonces le habían dicho una frase que todavía recordaba: «Lo único bueno de ser adulto es que podés alternar pajas con polvos».

Graciela salió del departamento sin decir nada. Él se quedó todavía un rato más.

No cualquiera tiene conocimiento sobre el poder del ácido sulfúrico y cómo manipularlo. Márquez recurrió a un técnico químico recomendado por Russo.

Guillermo Perata, ex jefe de Seguridad de la empresa Sulfacid, una de las más importantes del llamado polo petroquímico San Lorenzo, era la persona ideal para resolver sus dudas.

Se reunieron en el bar Chaco, un sábado por la mañana, y Mariano volvió a apelar a su excusa predilecta: la fabricación de pelotas de fútbol.

—Necesito un producto para tratar el cuero y pensé en el ácido sulfúrico. Es fácil de conseguir y no demanda una gran inversión —le dijo al técnico químico.

Al principio Perata trató de disuadirlo:

—Ese producto es inviable.

—Pero ustedes lo utilizan —insistió Márquez.

—Sí, pero con muchísima precaución y en procesos específicos.

—Yo lo necesito para limpiar el cuero de las pelotas.

—Cualquiera sea el uso, hay que tener cuidado porque es realmente peligroso. Una vez, en la fábrica, metimos un rata de las grandes en uno de los piletones de ácido y apenas quedó una línea negra. Una sombra del bicho. Una estela finita, como de carbón.

Mariano se entusiasmó con la descripción y lanzó una pregunta que consideraba clave:

—¿Dónde conservan el ácido?

Imaginaba la respuesta: no podía ser en cualquier recipiente porque el líquido lo destruiría.

—Lo mejor es el acero. También se puede almacenar en cemento, en tanques o piletas de fibrocemento —respondió el técnico.

El interés de Márquez no sorprendió a Perata. El ácido despertaba siempre esa curiosidad morbosa en la gente. Muchas veces había respondido sobre su capacidad destructora, incluso le divertía hacerlo. Entre café y café extendió su explicación sobre el tema hasta que se despidieron cerca del mediodía.

Mariano dedicó el resto de la semana a amueblar el departamento de la calle Montevideo. Era pequeño pero confortable: un dormitorio con placard, otra habitación con ventana a la calle, una cocina con mesada de mármol y un baño.

Lo único que desentonaba en el previsible decorado era el recipiente de fibrocemento ubicado en una esquina del *living* junto al sillón de dos cuerpos que le había regalado Russo. Era un tanque de los que se utilizan en las terrazas como depósito de agua.

Compró dos damajuanas de veinticinco litros de ácido sulfúrico en la firma García Souza Hermanos S.A., uno de los dos negocios de Rosario donde se podía adquirir ese tipo de corrosivos. Escondió los envases en la cocina, debajo de una alacena, y los tapó con diarios viejos, cajas y productos de limpieza.

Luego, argumentando problemas de insomnio, persuadió a Russo para que le recetara ampollas de Rohypnol. En una farmacia del centro, haciendo gala de su lenguaje florido y convincente, consiguió que las empleadas le vendieran dos cajas más que las estipuladas en el recetario. Aunque se las ofrecieron, Márquez no quiso comprar agujas hipodérmicas. Nadie se iba a inyectar. El Rohypnol líquido se convertiría en el ingrediente indispensable de un futuro cóctel.

Después del encuentro con Graciela y mientras preparaba el crimen que cambiaría su vida, Mariano se relacionó casi en un ritmo frenético con varias mujeres. El departamento de la calle Montevideo funcionaba como casa de citas. Russo tenía una llave y también lo utilizaba para sus romances de ocasión.

Mariano intentó primero retomar su relación con una abogada que había conocido en el penal de la calle Ricchieri. Viajó, con esa intención, a la ciudad de Santa Fe, donde ella vivía, pero no logró convencer a la joven profesional, a quien, mientras estuvo detenido, había deslumbrado con sus ideas sobre cómo reformar el sistema penitenciario argentino.

Mariela Álvarez lo había conocido cuando Márquez integró, como representante de los detenidos, la Comisión Intercarcelaria por los Derechos Humanos. Aquellos debates sobre la situación de los presos los habían acercado. Pero después de su liberación, la mujer perdió su interés en él. «Por fin descubro una desventaja de estar afuera», le dijo Mariano con amargura en el último encuentro.

De regreso en Rosario, desencantado y consciente de que ser ex convicto era un estigma, buscó otros horizontes afectivos.

En una de sus recorridas por el centro conoció a Patricia Reyes. La primera vez que la vio, la chica estaba atendiendo a un cliente en el negocio de ropa deportiva donde trabajaba. Fue todo muy rápido: Mariano entró y descuidadamente tocó con el codo una pila de cajas que se cayeron con estrépito. La simpática empleada fue a recogerlas pero él se le adelantó con una sonrisa.

Ese día tomaron un café en Augustus, el bar de Córdoba y Corrientes que Mariano utilizaba como una de sus paradas matutinas. Patricia quedó subyugada por ese abogado que le ofrecía empleo en su futuro negocio de pelotas de fútbol.

Al igual que hizo con Graciela, se presentó como Mario Marzano. Le contó sobre sus campos de Pergamino y le explicó con detalles el viaje que tenía planeado hacer por los Estados Unidos y México.

Pero la historia duró poco tiempo, apenas algunos paseos y dos salidas al cine y a cenar. La chica no llegaba a excitarlo y él no lograba alejar a Graciela de sus pensamientos. Una noche la citó en el mismo café donde habían charlado por primera vez y le dijo que no podían seguir. Le confesó que se había enamorado de otra mujer y, para no herirla, prefería cortar la relación. Patricia trató de disuadirlo pero no consiguió conmoverlo.

A Susana Crespo la conoció por su amigo Russo de una manera muy particular. Mariano estaba esperándolo, como todos los sábados, en la confitería Paco Tío para compartir un vermú, cuando el médico llegó de la mano de la mujer y se la presentó como «una chica aquejada por problemas psíquicos».

Susana tenía 22 años y sin ser muy linda tenía una boca carnosa y un par de tetas enormes.

Mariano entendió el juego que le proponía Russo en un segundo, cuando éste lo anunció como un destacado parapsicólogo. Susana se sentó a su lado y él le dijo que

podía ayudarla. La chica quedó subyugada. Durante un tiempo la atendió en carácter de «especialista en fenómenos paranormales». Una actividad que, según le contó a su afligida paciente, había desarrollado durante dos años en Costa Rica, donde había estado exiliado porque los militares no le permitían ejercer su «oficio de mentalista» en el país.

Susana tenía un carácter débil. Salía mucho y estaba abierta a «cualquier historia que le cambiara la vida». Había dejado la casa de sus padres para vivir con su novio pero apenas permanecieron juntos tres meses y se vio obligada a volver a la casa familiar. Ahora no sabía qué hacer y tapaba su angustia con euforia.

A su vez, Russo había conocido a Susana a través de una amiga y después de seducirla estaba convencido de que era la mujer ideal para cumplir una fantasía que tenían con Márquez desde que estrenaron el departamento de la calle Montevideo.

El médico se había acostado con ella varias veces. En general, cuando la encontraba en un boliche, con algunas copas de más, Susana se dejaba conducir. Una de esas noches, Russo le avisó a Mariano que necesitaba el bulo, pero le pidió que no se fuera. «Vamos a divertirnos juntos», le dijo.

Cuando abrieron la puerta del departamento, el dueño de casa los esperaba oculto en la cocina. Susana, un poco borracha, se reía a carcajadas. El médico la condujo directamente a la pieza y comenzó a desvestirla. Ella, entre risotadas, decía que no tenía ganas, que estaba cansada, que quería dormir. Pero Russo no se detuvo, le sacó los zapatos sin taco —era muy alta— y comenzó a tirar de las medias suavemente. Después la ayudó a sentarse y le sacó por la cabeza el vestido celeste que llevaba. Cuando ella se resistía un poco, la calmaba con besos largos y apasionados.

Le quitó el corpiño con un ademán rápido y después, mientras le besaba el ombligo, fue arrastrando hacia abajo la bombacha. Primero con la mano y después con un pie. Siguió besándola, ella ya no se resistía. Se desvistió como pudo sin dejar de tocarla y se la metió rápido.

Mientras la penetraba, le susurró al oído:

—¿Querés otra pija? ¿Querés que te la metan también por atrás?

Ella no respondió.

—¡Contestame! —se ofuscó Russo—. ¿Te gustaría?

—No sé, no sé, movete —suplicó Susana, que estaba por acabar.

Entonces giró y la dejó arriba suyo. Susana se acomodó y siguió moviéndose.

—Vení, Mariano —llamó Rodolfo.

Susana no reaccionó hasta que sintió una mano acariciándole las nalgas primero y después las tetas.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó a Márquez.

Ninguno de los dos hombres le respondió. Mariano jugaba ahora a abrirle más los labios de la concha donde entraba y salía su amigo. Le sorprendió tocar ese miembro duro sobre el que giraba la mujer. Empapó sus dedos de flujo y comenzó a abrirle el

culo con caricias. Le puso un dedo primero y después dos. Ella lanzaba gemidos cortos. Cuando le pareció que podía, se la metió. Susana gritó.

El placer y el dolor son una pareja deliciosa, escribió Mariano, más tarde.

Mariano seducía en todas direcciones. Hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Era una conducta compulsiva: necesitaba sentirse aceptado. No escatimaba ningún esfuerzo para lograr ese objetivo.

Si se trataba de una persona que no lo conocía, aprovechaba la oportunidad para agregar a su vida aspectos que la hicieran más interesante. Esas estrategias que le otorgaban éxito con las mujeres, terminaron por ayudarlo a elegir a su víctima.

Si bien en la cárcel había confeccionado una lista de posibles blancos, todavía no se había decidido por uno y tampoco había pensado la manera de abordarlo y ganar su confianza.

Una noche de fin de noviembre en el Capri, un boliche del Bajo, Márquez se cruzó con un hombre que, sin estar en su cuaderno, por su poderío económico merecía un lugar preponderante en el listado de víctimas que había elaborado.

Coincidieron en la barra; Gabriel Samid lo empujó sin querer y el *whisky* de Márquez se volcó, salpicándole el pantalón.

El empresario se disculpó y pidió de inmediato otra copa para compensarlo. Márquez aceptó el trago:

—Mi epitafio tendrá esta frase: «Aquí yace un hombre que jamás se negó a una copa» —bromeó, y agregó—: en realidad la frase no es mía sino de Américo, mi socio en Madrid.

La mención de una sociedad en Europa surtió el efecto esperado. Entre risas, el empresario se presentó y lo invitó a sentarse a su mesa.

—Soy Gabriel Samid, tal vez escuchó hablar de mí —dijo extendiéndole la mano.

—Lo sentí nombrar. Lo que pasa es que estuve viviendo varios años afuera y estoy un poco desconectado —mintió Márquez, entregándole su mano que parecía más pequeña de lo que era dentro de la palma del empresario; enseguida se presentó con su flamante identidad:

—Me llamo Mario Marzano. Soy abogado de Air France.

A Samid le gustaba presumir de su poder; de inmediato le contó que dirigía tres negocios de indumentaria.

Márquez sabía que era miembro de una tradicional familia árabe, un digno representante de la burguesía rosarina en ascenso. Era soltero, le gustaba la noche y no se privaba de nada en sus salidas. Efusivo y un poco fanfarrón, le agradaba conversar frente a un vaso de *whisky*. Era un *bon vivant*. Sin embargo, no eran esos sus mejores días. Entonado por el alcohol, le confió a su nuevo amigo que enfrentaba un problema financiero y había apelado a un préstamo bancario para tapar un descubierto.

Pero lo que más lo angustiaba no era el momentáneo bache en sus finanzas sino la soledad a la que lo había condenado la ruptura de su pareja. Viviana Anselmo, una mujer a la que doblaba en edad, lo había abandonado después de cuatro años de noviazgo.

Samid parecía un personaje escapado de un culebrón colombiano. Sus frases sonaban patéticas. Se sentía vulnerable y no hacía nada para ocultarlo. Decía que tenía miedo de quedarse solo el resto de su vida. Que por primera vez quería formar una familia y tenía la sensación de que con Viviana se le había escapado la última oportunidad. A todo aquel que se le acercaba lo abrumaba con el relato de su pena.

Pero esta vez, en la penumbra del Capri, un hombre lo escuchaba con sincero interés. Esa atención privilegiada que le dispensó Mario Marzano, a partir de ese encuentro circunstancial, los volvió inseparables. Marzano le narró sus abandonos. Con lágrimas en los ojos le habló de su mujer, quien después del divorcio se había marchado de la ciudad llevándose a su hijo. Samid había descubierto a un par. Alguien que al fin comprendía de verdad lo que sentía. Alguien que lo aconsejaba con honestidad y le proponía alternativas para escapar de la tristeza.

El 2 de diciembre cenaron por primera vez. Y desde ese día se encontraron en público una decena de veces más. A nadie le llamaba la atención verlos juntos. Eran dos hombres solos que después de la jornada laboral cenaban y salían a beber.

En general permanecían en algún bar charlando hasta la madrugada y sólo se despedían temprano si alguna mujer los separaba. El que ligaba se retiraba y el que quedaba solo se hacía cargo de lo consumido. Era un pacto de caballeros, un acuerdo de amigos.

Llegaron a hacer alguna fiesta privada en el departamento de Samid. Con chicas y mucho alcohol. La casa de Márquez permanecía como un misterio.

—Todavía no me instalé —le decía a su amigo—. Además es un departamento muy pequeño. Ya te voy a invitar.

Cenaron varias veces más en el buffet del club Sirio Libanés. Allí se cruzaron con conocidos y hasta con familiares de Samid. Pero a pesar de que Márquez sabía que el lugar era como la segunda casa del empresario, se sentía seguro. Nadie podría asociar al abogado y asesor de Air France, Mario Marzano, con el ex convicto Mariano Márquez. Llegado el momento, mataría a Marzano. Para eso sólo necesitaría un gesto.

Hasta los diez años Mariano hablaba bastante con su padre. En especial los domingos, cuando volvían del Parque Independencia.

Recordaba con cariño esos recorridos. La insistencia del teniente para que participara en algún partido de fútbol o trepara a los árboles como los demás pibes. Y su constante negativa. Él prefería los botes del laguito o visitar el Museo de Historia. Su sala preferida era la de Lisandro de la Torre, un dirigente que había denunciado como pocos las lacras del sistema político en la década del treinta. Era abogado y escribía con pasión y contundencia. «No espero, ni pido, ni necesito, que se me haga justicia en vida», decía una de las cartas exhibidas en la sala que llevaba su nombre. La frase le recordaba a Mariano un tango que su tía Agustina cantaba cuando estaba triste: «Yo sé que ahora vendrán caras extrañas/ con su limosna de alivio a mi tormento/ todo es mentira/ mentira es el lamento/ hoy está solo mi corazón».

En el centro de la habitación reinaba su escritorio de madera lustrada. En el interior de una vitrina, su traje negro parecía a punto de cobrar vida. En una estantería vidriada, más pequeña, casi como una mesa ratona, estaban su sombrero y la pistola con la que se había volado la cabeza.

Su padre le contó que don Lisandro —así lo llamaba— había pedido ser cremado y que sus cenizas fueran esparcidas sobre el río Paraná. Márquez supo, tiempo después, que no habían cumplido con ese deseo póstumo pero le encantaba pensar en esa escena. Imaginaba un avión biplaza y una mujer llorosa sentada en la segunda cabina soltando las cenizas al viento. No sabía por qué pensaba en una mujer.

Una zona de la ciudad, contigua al río, llevaba el nombre del político y los vecinos la nombraban con orgullo: «Barrio doctor don Lisandro de la Torre». A Mariano se le ocurrió que era así porque esas casas habían recibido la lluvia de lo que alguna vez había sido el cuerpo de aquel hombre.

Del museo también admiraba la colección de mates de plata y las armas de las guerras de la Independencia. Esos objetos eran un puente hacia su padre. «El general San Martín decidió que los sables de los granaderos se hicieran corvos para que cada vez que sus hombres los desenvainaran lanzaran ese tremendo sonido que sólo hace el acero al lamer la vaina», contaba, con voz grave, el teniente Márquez. Y a su hijo no le costaba mucho estremecerse con ese chirrido que imaginaba con la furia de un trueno.

Con el tiempo, los paseos con su padre se espaciaron hasta desaparecer. Era un hombre duro y siempre estaba muy ocupado con su carrera. Mariano lo recordaba reprendiéndolo. «Es bueno pero severo», le repetía su madre cuando lo consolaba después de una zurra. Él era muy travieso, o eso le decían. En realidad era un chico callado; casi no abría la boca para hablar y su voz sonaba como un cuchicheo. Por eso, ante los extraños, prefería el silencio.

Lo examinaron distintos médicos pero no le encontraron ningún problema físico. «Se le irá cuando crezca», le decían a su madre. Los problemas de dicción sólo se le fueron años después, ya pasada la adolescencia. Agustina le dijo que se colocara una

bolita bajo la lengua. Un amigo de ella le había contado que era un recurso infalible: que de esa forma hasta los tartamudos hablaban bien. Y le narró una historia increíble sobre un tal Demóstenes, un gran orador griego que era tartamudo. Más allá de los cuentos, en verdad, fue mejorando. Aunque es imposible determinar si la bolita tuvo que ver en su recuperación y en el desarrollo posterior de su talento para combinar las palabras.

Cuando podía, Mariano se escapaba de la casa y andaba solo por las cercanías de la estación Rosario Norte. Sabía que su padre odiaba esos paseos, aunque más detestaba que sus dos mejores amigos no fueran del colegio sino de la villa miseria lindera con las vías del ferrocarril.

Pipo y Nacho eran más que sus amigos. Eran sus socios. Así se lo explicaron ellos. Los había conocido en una de sus escapadas. Estaban sacando botellas de Coca-Cola de un camión de reparto. Y como no habían advertido que el chofer se acercaba por detrás para sorprenderlos, él les avisó con un grito. En un instante se descubrió corriendo con esos desconocidos. «Te debemos una», le dijo Pipo mientras se limpiaba los mocos con la manga de la camisa.

Se sucedieron después pequeños robos: prendas y juguetes. Mariano no participaba pero los ayudaba haciendo de campana. Varias veces atacaron con éxito la tienda donde trabajaba su madre. La preferida era la sección Deportes, de allí birlaban guantes de arquero, rodilleras, picos para inflar pelotas, medias de fútbol. Todos, elementos muy fáciles de vender después «a otros pibes con guita».

Sus amigos no le daban ni pedían nada. Él sentía placer en su rol de protector. Sellaron de esa forma un acuerdo invisible. Con el tiempo se hicieron inseparables.

El padre de Mariano no los aceptaba y ni siquiera los dejaba acercarse a la casa. Lejos estaba de comprender que esa relación le permitía sobrevivir.

En esa época su físico causaba risa y le decían Murmullo por sus problemas para hablar. Sus socios le enseñaron a soportar los insultos que recibía en la escuela y también a responder a las humillaciones con trampas y delaciones que hacían imposible la vida de quienes lo hostigaban. Devolvía los golpes varios días después. Un clavo en un asiento, una pedrada. Durante los recreos destrozaba meticulosamente los lápices o manchaba con tinta los cuadernos de los agresores.

Fuera del colegio era invulnerable, Pipo y Nacho funcionaban como sus custodios. Dos ángeles oscuros que aparecían cuando nadie los esperaba.

Mariano se las ingeniaba para resistir los castigos de las autoridades y las represalias de sus compañeros. Y siempre devolvía doblada la cuota de agresión.

Hasta que un día, en segundo año del secundario, ocurrió el milagro: empezó a burlarse de las reprimendas hablando. Ese año dejó de usar la bolita bajo la lengua y, como si quisiera recuperar el tiempo perdido, se lanzó a hablar como un poseído. Con la palabra terminaron los enfrentamientos.

Agustina acudió nuevamente en su ayuda. «La palabra es un arma. Hablando podés convencer y vencer», le decía. Y aprendió. Y cómo. Ese año se convirtió en el

líder del curso, y en el siguiente lo eligieron mejor compañero. No por su buen comportamiento o generosidad. Él era quien se hacía cargo de lo que les pasaba a todos, asumía lo bueno y lo malo. Era el que hablaba. El que enfrentaba a los profesores y a la directora. El que negociaba. El hermano mayor.

Desde entonces el apodo de Murmullo dejó paso a otro que, más que con su aspecto físico, tenía que ver con el aire experimentado con el que se desenvolvía: El Viejo. Pipo adaptó un refrán para explicar la creciente popularidad de su amigo: «El Diablo sabe por diablo, pero más sabe Mariano».

Al único que jamás logró convencer fue a su padre. Creía que lo despreciaba por su cuerpo, porque no le gustaba el fútbol, porque había elegido a Agustina como confidente, porque se resistía a estudiar en el Liceo Militar. Quizá cada una de esas razones los habían ido alejando.

Una noche de viernes, Mariano no volvió a su casa a dormir por quedarse aguantando a sus socios que robaban radios de los autos a la salida de un baile. Al otro día su padre lo golpeó violentamente con el cinto de su uniforme. Ni siquiera le advirtió, esperó que entrara y se lanzó sobre él. Mariano lloró como un cachorro azotado. Lloró hasta que los ojos se le secaron. El alma le dolía más que la piel.

Después de esa paliza la historia familiar cambió. Rehuía a su padre todo el tiempo. Cuando el teniente llegaba, él salía de la casa con algún pretexto o se iba a acostar temprano.

El sábado 13 de diciembre de 1980, por la mañana, Márquez recibió una invitación de su amigo Samid para almorzar en el club Sirio Libanés. El empresario tenía una buena noticia para contarle y lo convocó para festejar. Le habían otorgado por fin el crédito que estaba gestionando desde hacía tiempo.

Este dato decidió a Márquez. Ya no necesitaba esperar más.

Samid propuso salir esa misma noche con un par de chicas que había conocido en el río, pero Mariano no quería dejar nada librado al azar y necesitaba organizarse. Puso como excusa un compromiso familiar y postergó el encuentro.

Después de comer se despidieron con un apretón de manos y quedaron en encontrarse para compartir una cena dos días después, en el mismo lugar.

El lunes 15 de diciembre, el día en que iba a morir, Gabriel Samid se levantó de muy buen humor. Tomó una ducha rápida y eligió una combinación liviana para enfrentar el calor: pantalón y saco de lino *beige*. Después separó una camisa amarilla entre las más de cincuenta que se apilaban, perfectamente planchadas, en su placard y se calzó unos mocasines marrones. Miró un segundo las corbatas pero luego desistió. No había en su agenda ningún compromiso demasiado formal como para tener que «amarrarse el cuello», como decía su nuevo amigo.

A él tampoco le gustaban mucho las corbatas y las rechazaba desde que Marzano le había relatado una singular historia sobre su origen. El asesor de Air France le había contado que en uno de sus viajes a Londres, un profesor de Historia, Pablo Robledo, con quien había trabado amistad en un *pub*, le dijo que las corbatas nacieron como símbolo de la opresión y el miedo.

«El gobernador inglés de una parte de Escocia —le contó— obligaba a los súbditos a andar con una soga al cuello para recordarles a los orgullosos habitantes su condición de vasallos. Los que querían rebelarse eran ahorcados con las mismas cuerdas que portaban como fatídico collar. Con los años, esa costumbre de llevar la cuerda al cuello devino moda.»

El relato lo había impresionado y cada vez que tenía que elegir una corbata pensaba si era necesario hacerlo.

Frente al espejo del baño se anudó al cuello un pañuelo de seda y sonrió. Tenía cuarenta y cinco años, aunque aparentaba varios menos. La piel siempre tostada y un poco de tintura en el pelo lo ayudaban a disimular la edad. Le gustaba su imagen: nariz aguileña, labios gruesos y ojos negros bajo cejas tupidas. Era alto y pesaba 85 kilos. Un típico exponente del Mediterráneo.

Desde hacía años su presencia en la noche rosarina era habitual. A la hora de divertirse no reparaba en gastos. Tuvo distintas relaciones pero un solo amor. La ruptura con Viviana todavía lo mantenía acongojado. «¿Volveré a enamorarme?», solía preguntarse.

Cuando escapó del encandilamiento que le provocaba su figura en el espejo fue hasta la cocina, calentó café y se sirvió jugo de naranja en un vaso. Se tomó quince

minutos para repasar los títulos del diario. Recién después salió al mundo para vivir sus últimas horas.

Llegó temprano al negocio familiar y dedicó gran parte de la mañana a revisar las carpetas de *stock* para el próximo balance de fin de año. Al mediodía, su tío lo acompañó a almorzar una ensalada en el bar de Italia y Córdoba. Hablaron del negocio y volvieron al tema inevitable: la vida sin Viviana.

Todos sus parientes coincidieron después en señalar que Samid no parecía afligido por otro problema que no fuera su situación afectiva.

Por la tarde, antes de cerrar, anunció que llamaría por teléfono a un amigo para que se acercara a conocer el negocio. Una hora después, el doctor Marzano irrumpió en el local. Gabriel se lo presentó a su padre como si se tratara de un compañero de toda la vida.

Mientras caminaban entre los mostradores, Samid le contó al doctor Marzano de las gestiones que estaba realizando para obtener otro crédito, esta vez destinado a la expansión de sus actividades. Pensaba abrir dos sucursales más. Estaba exultante. Allí arreglaron los detalles de la salida nocturna y se despidieron en la puerta.

Luego de visitar a su madre, que estaba internada en una clínica privada por una pequeña indisposición estomacal, Gabriel volvió a su departamento para cambiarse de ropa. Eligió un atuendo más *sport*.

Cuando bajó, cerca de las 21.30, el portero del edificio lo vio salir vestido con un pantalón blanco, una camisa celeste y un saco azul marino. «Parecía un capitán de barco sin gorra», declaró varios días después, interrogado por la policía. Se detuvo para comprar cigarrillos en el quiosco de enfrente, luego subió al Taunus naranja y se dirigió hacia la esquina de Montevideo y España, donde lo esperaba su amigo.

Eran cerca de las 22 cuando ingresaron al comedor del club Sirio Libanés y pidieron una mesa apartada para poder conversar con tranquilidad. Media hora después estaban comiendo el menú preferido del empresario: un plato de humus, una deliciosa pasta de garbanzos que Samid untó para su amigo en pedacitos de pan árabe; quesillo de cabra con aceite de oliva; keppe crudo y keppe cocido. De postre: helado de chocolate con trozos de almendra.

Algunos conocidos de Samid se acercaron a saludar. Entre ellos, su hermano Ernesto. Sin embargo, nadie recordaría después al hombre que acompañaba al empresario esa noche.

La certeza de moverse en un territorio totalmente ajeno, bajo un disfraz refinado como el de Mario Marzano, con el cual nadie podía reconocerlo, tranquilizaba a Márquez. Pero esa noche el azar le jugó una mala pasada. En el mismo momento en que levantaban las copas para el último brindis, alguien en el local repleto advirtió la verdadera identidad del acompañante de Gabriel Samid.

Era un ex compañero de la Facultad Católica de Derecho, que prefirió no acercarse a ofrecer su saludo porque la mujer que lo acompañaba no era su esposa.

Apenas pudo, pagó la cuenta y se marchó con la certeza de que Márquez no lo había visto.

Pasada la medianoche los dos amigos también se retiraron. Para Samid la rutina era previsible. La próxima parada sería Capri, donde se quedarían un par de horas para beber unas copas y acaso intentar alguna conquista.

Más tarde, si tenían suerte, dormirían acompañados. Pero esta vez, su amigo no compartía la idea.

—Quiero que vengas a conocer mi casa, terminé de arreglarla y por fin se la puedo mostrar a los amigos —propuso Marzano.

—¿Pero no querés que vayamos a tomar algo?

—Bebemos en el departamento y después salimos a ver qué pescamos. Compré una botella de Jack Daniel's para celebrar tu expansión empresarial y la puesta a punto de mi casa.

Samid aceptó la invitación.

Era la madrugada del martes y había poco movimiento en la ciudad. Los dos hombres bajaron del Taunus y entraron en el edificio de Montevideo 1561. No se cruzaron con nadie.

Mientras su amigo servía los *whiskies*, Samid, ya entonado por las bebidas de la cena y el bar, se dejó caer pesadamente en uno de los sillones del *living*. El empresario elogió el departamento, con muebles sencillos pero elegantes, hasta que su vista se detuvo en el único elemento cuya presencia era curiosa.

—¿Y ese tanque? ¿Para qué lo tenés? —preguntó.

—Es para el negocio del que te hablé... la fabricación de pelotas. Ahí voy a humedecer los cueros para limpiarlos. Tengo que llevarlo para el campo —explicó Marzano mientras se acercaba con los vasos.

Los dos bebieron. Hablaron de mujeres. Intercambiaron relatos de viejas conquistas amorosas. El empresario volvió al tema de su novia. Enumeraba con tristeza las posibles razones por las que lo había abandonado. El abogado lo consolaba y le llenaba la copa cada vez que el líquido desaparecía. Así vaciaron la botella de Jack Daniel's. Decidieron abrir otra, esta vez Clan Campbell. Samid comenzó a sentirse mal, estaba mareado y se lo dijo a su amigo.

—Mucho alcohol —opinó el doctor Marzano, y le propuso preparar café.

Cuando volvió con los dos pocillos, Samid estaba profundamente dormido. Parecía muerto. La mezcla de *whisky* con Rohypnol había tenido el efecto deseado.

Mario Marzano se esfumó en ese instante. Márquez se sentó en el sillón que estaba ubicado frente a Samid y bebió su café de a sorbos, lentamente.

El abogado estaba tranquilo. Sólo tenía que terminar lo que había empezado. Sacó del bolsillo del pantalón de Samid las llaves del automóvil. Salió del edificio tratando de no hacer ruido, subió al Taunus y condujo hasta Pellegrini y Presidente Roca, apenas dos cuadras. Estacionó, dejó las llaves puestas en el arranque, limpió con un pañuelo las manijas de las puertas y el volante. Después regresó caminando al departamento.

Samid seguía inmóvil. Márquez se preguntó si estaría muerto pero no se detuvo en ese pensamiento. En verdad no le importaba. Fue hasta la habitación, se quitó el saco y lo colgó en el placard; se arremangó la camisa y destapó el tanque. Luego volvió adonde estaba el cuerpo del empresario y le juntó con cuidado las piernas.

Cuando estaba por cargarlo sobre su espalda, el timbre del teléfono lo sobresaltó. La única que podía llamarlo a esa hora era Graciela. Hacía unos días que no podía controlar sus ataques de celos. Dejó que el teléfono sonara varias veces más antes de descolgar el auricular.

—¿Qué querés, Graciela? —interrogó sin saludar.

—No te enojés, quería saber si estabas bien. Anoche no me llamaste —se justificó ella.

—No te llamé porque quedamos en que no nos veríamos hoy. Te conté que tenía la visita de un amigo de la aerolínea y que íbamos a ir a cenar —se enojó—. ¿Sabés qué hora es?

Eran casi las tres, Graciela se disculpó y le pidió si podía ir al departamento para dormir con él. «Te extraño», le dijo.

—Amor, yo también te extraño —la consoló Mariano— pero estuve trabajando hasta muy tarde y tengo que madrugar. Mejor nos vemos para almorzar.

Cuando su novia por fin cortó, volvió a su tarea. Estaba ofuscado por el llamado y no quería correr más riesgos. Tomó del piso un cable que utilizaba como alargador, lo desprendió del equipo de música y lo enrolló en el cuello de Samid. Parado detrás del empresario comenzó a tirar de ambas puntas del cable con fuerza. El cuerpo apenas se movía con los tirones. Márquez siguió apretando hasta que le dolieron los dedos. Ahora estaba seguro.

Si bien no tenía la rigidez de la muerte, Samid era difícil de manejar. Una idea comenzó a crecer en su cabeza mientras arrastraba el cuerpo hasta su último refugio. Tal vez había ahorcado a un cadáver. De otro modo no se explicaba la falta de reacción cuando lo asfixió.

No se detuvo. Lo único relevante era el resultado. Cargó al empresario sobre su espalda y lo colocó dentro del tanque de fibrocemento. El cuerpo quedó en posición fetal pero con la cabeza y medio cuerpo apoyados en el fondo.

Por la persiana, apenas entreabierta, se vislumbraban las primeras luces del amanecer.

Mariano fue otra vez hasta la habitación, se puso un piloto gris —que había comprado en una feria americana— y se calzó unos guantes de goma para proteger las manos de las posibles salpicaduras del ácido. Buscó el primer botellón y lo

arrastró hasta el tanque. Apenas lo abrió un olor picante invadió toda la habitación. Por un instante dudó.

«Dudo porque pienso», le dijo una vez con tono arrogante a su profesor de Filosofía en la Facultad de Derecho: «Desconfío de la gente que no duda».

Observó detenidamente a Samid. Dejó en el piso el envase que había levantado como para vaciarlo y tapó el tanque de fibrocemento. Volvió a alzar la damajuana y colocó el pico en una rendija entre el borde y la tapa. Entonces, sin la tentación de mirar hacia el interior del recipiente, vació el botellón.

Cuando terminó, regresó la duda para abrumarlo. Levantó la tapa y descubrió que algunas partes del cuerpo sobresalían del líquido. Buscó en la cocina la otra damajuana y volcó casi todo su contenido. Lo suficiente para que el cuerpo quedara sumergido por completo.

El ácido es como agua. A temperatura ambiente no parece lo que es. Al verlo, es difícil imaginar su poder destructivo. Pero no es agua, es ácido.

«No es agua», dijo para sí Mariano y cerró el tanque. Luego colocó un mantelito de hilo sobre la tapa, lo alisó con las palmas de las manos y se fue a dormir.

Un sonido agudo, como un silbido de locomotora, le lastimó los oídos. Se los tapó pero sólo dejó de escucharlo cuando cayó de rodillas. Después sintió el silencio extendiéndose como nubes bajas a punto de estallar en lluvia sobre su cabeza. Estaba oscuro y la humedad trepaba por sus piernas desde el césped. Se paró y en ese instante se dio cuenta de que estaba desnudo. A pesar de que no había nadie cerca, se sintió avergonzado y comenzó a correr hacia delante. Corrió agarrándose los testículos para que no saltaran en la marcha. Quiso gritar pero de su boca salieron ladridos. Unos ladridos graves y tristes. Apretó los labios y se detuvo. Estaba exhausto y se abrazó a lo que parecía un árbol. Sus dedos acariciaron piel, cuero, pelos.

El árbol era un perro.

Los ladridos no se detuvieron; por el contrario, ahora crecían a sus espaldas. Parecía como si una jauría enloquecida estuviera a punto de alcanzarlo. Volvió a correr perseguido por los ladridos.

Corrió y corrió para dejar atrás a los perros. Corrió hasta llegar a la estación de trenes. Empujó la puerta giratoria con desesperación y se mezcló entre la gente que trataba de llegar a sus trabajos.

El tren se detuvo y las puertas se abrieron, quiso subir pero sintió un fuerte tirón en el cuello. Desde el vagón todos los pasajeros lo miraban con desprecio.

Era un perro negro en el andén vacío. Sintió ganas de morder, irrefrenables deseos de probar la sangre. Él era un perro negro lleno de odio y de miedo.

El tren se alejó a gran velocidad. Intentó seguirlo pero sintió otro tirón, una correa roja le apretaba la garganta. Giró la cabeza para divisar a su opresor pero nadie sostenía la cuerda.

Escuchó el sonido de la puerta giratoria, que separaba la calle del *hall* de la estación y después, otra vez, los ladridos de la jauría. Presa del terror saltó sobre las vías. Entonces despertó.

El 16 de diciembre fue un día de sol. Mariano se levantó a las siete con el primer sonido del despertador. Había dormido poco y lamentó no haber apelado a un sedante. Sólo con las pastillas lograba descansar bien y hurtarle el inconsciente a las pesadillas recurrentes que lo asaltaban desde que era niño.

Tomó un baño rápido y desayunó con café negro, apenas cortado con leche, y unas galletitas de salvado.

Antes de salir se quedó un rato mirando el tanque, pero no volvió a abrirlo. A las ocho de la mañana ya estaba en la calle. Buscó un teléfono público y llamó a la firma Samid S.R.L. El empleado que levantó el auricular escuchó cómo un amigo de Gabriel le pedía, con mucha amabilidad, que avisara que el señor iba a llegar más tarde al negocio pero que todo estaba bien.

Mariano ocupó toda la mañana en leer, escribir y preparar la estrategia para exigir el rescate. Luego de almorzar con Graciela en Pico Fino, cerca de las tres de la tarde volvió al teléfono público y repitió la llamada. Esta vez pidió hablar con el tío del empresario. El hombre, de unos sesenta años, tenía el mismo nombre que su amigo y la coincidencia le pareció divertida. «¿Yo pagaría rescate por mí?», se preguntó.

Cuando el tío tomó el teléfono, Mariano, disimulando la voz, hizo el anuncio del secuestro. «Tenemos a su sobrino. Si lo quieren ver otra vez con vida tendrán que entregarnos un millón de dólares y diez millones de pesos en billetes chicos y sin numeración correlativa. De uno, cinco y diez pesos. Tienen cuarenta y ocho horas», dijo de corrido.

No contestó ninguna pregunta y colgó.

«¡Lo secuestraron al nene!», gritó el tío de Samid como para que lo escucharan en todo el edificio.

Después de discutirlo en familia, Ernesto Samid, el hermano menor de Gabriel, se presentó en la Unidad Regional II de Policía para hacer la denuncia. Dio cuenta de los llamados y declaró que la última vez que había visto a su hermano había sido el lunes anterior, cenando en el club Sirio Libanés con «una persona de mediana estatura, cutis blanco, cabellos castaños, un poco calva».

Márquez no contaba con semejante reacción de la familia. Por esa época a nadie se le ocurría llamar a la policía para resolver un secuestro. Lo lógico hubiera sido comenzar una negociación y después, si no se lograban avances, pedir ayuda. No entendía por qué los familiares de Samid habían actuado de esa manera.

La denuncia fue a parar al Juzgado de Instrucción de la 4^{ta} nominación, que estaba de turno. El juez Jorge Suárez era un hombre tranquilo y decidido. Se preciaba de no haber tenido grandes problemas con las autoridades militares pero tampoco les rendía pleitesía. Tenía cincuenta años, cierta elegancia y una figura que cuidaba con unción. Nunca faltaba al gimnasio durante los días hábiles de la semana y jugaba al tenis todos los sábados.

Usaba trajes negros de corte italiano y cuidaba que nadie olvidara su investidura. Una vez ordenó el traslado de los dos soldados que custodiaban una de las entradas

del Palacio de Tribunales porque le habían devuelto el saludo de forma displicente. «Un juez es siempre un juez, aunque esté en medio de la selva», le gustaba repetir.

Años después, con el retorno de la democracia al país, llegó a ocupar la Secretaría de Gobierno de la primera administración socialista que tuvo la ciudad. Pero sus enemigos nunca le perdonaron que se hubiera quedado en el Poder Judicial durante los años de la dictadura.

Cuando le trasladaron la denuncia por el secuestro del empresario, la aceptó de buen grado. En el foro ya era famoso por no rechazar investigaciones complicadas, un recurso utilizado por muchos de sus pares cuando una causa podía rozar la estructura represiva que operaba, en la clandestinidad, con el aval de la intervención militar que dirigía a la policía.

Para Suárez, en cambio, cada caso podía ser un buen motivo para lucirse. Había en esa actitud partes iguales de sed de justicia, vanidad y exigencia personal.

Su seguridad tenía un fundamento adicional. En pocos meses había logrado formar un equipo en el que confiaba plenamente. Lo secundaban dos jóvenes abogados llenos de ambición. Eran apasionados, trabajadores y tenían una ventaja indudable: todavía no habían sido golpeados por las limitaciones del sistema.

Su secretario, Adolfo González Rivas, tenía una gran capacidad analítica. Flaco y bajo, usaba unos lentes de marco grueso que le daban aspecto de escritor norteamericano de la década del cincuenta. No se alteraba ni en las situaciones más críticas. Era inteligente y tenía una tenacidad más propia de un detective que de alguien que soñaba con ser juez algún día.

El otro había sido nombrado recientemente como secretario adjunto del Juzgado y parecía su opuesto. Carlos Torres era morocho y corpulento. Le gustaban las bromas y tenía un modo irreverente de tratar a las personas. Para matar el tiempo recitaba el Código Penal como si estuviese a punto de rendir un examen en la Facultad. Era muy apegado a los procedimientos y siempre estaba armado. No se separaba de una pistola nueve milímetros, que manejaba a la perfección. Hasta su ingreso en el juzgado de Suárez nunca le había disparado a nadie. Cuando sus compañeros le criticaban su apego a las armas, decía que quería estar preparado para cuando llegara el momento.

González Rivas y Torres se hicieron amigos en los Tribunales. De estudiantes nunca se habían cruzado aunque tenían la misma edad, 27 años. González Rivas venía de una familia acomodada y había estudiado en la universidad privada. En cambio, Torres, hijo de un carpintero de la zona sur, cursó en la universidad estatal, con muchos sacrificios. Suárez les decía que formaban una pareja desapareja, al estilo Laurel y Hardy.

Esa mañana el juez los convocó en su despacho. Cuando entraron, Suárez ya estaba sentado detrás de su escritorio.

Las reuniones que inauguraban una causa siempre comenzaban de la misma manera. Antes de hablar, Suárez sacaba de un cajón una hoja mecanografiada. Allí

estaban los datos del caso escritos por él mismo. Ese papel funcionaba como el trazo original de un mapa.

—Tenemos un secuestro —les anunció de manera solemne—. Es un empresario de la colectividad árabe.

Luego les entregó una carpeta a cada uno.

—Aquí tienen copia de la denuncia y los datos completos de la víctima.

El negro Torres hizo una mueca con la boca, que sólo un distraído podría confundir con una sonrisa, mientras paseaba los ojos por el escrito que le acababan de adjudicar. Enseguida preguntó, con tono malicioso:

—¿Qué le parece si empezamos citando al Jefe de Policía?

Suárez no terminaba de acostumbrarse a las ironías de su ayudante. Lo miró con dureza, evitó contestarle y volvió a hablar, como si nada:

—Necesito que se muevan rápido. Quiero para esta tarde un informe completo sobre el empresario: patrimonio, costumbres, parientes, amigos, enemigos, amantes, todas sus relaciones... Además quiero saber hoy mismo si esto tiene que ver con las fuerzas de seguridad.

González Rivas levantó la vista de su carpeta:

—En ese caso, ¿qué hacemos?

Suárez esperaba eso. Lo conocía bien. Todo el tiempo su secretario lo azuzaba para que cruzara el cerco que los militares le habían impuesto a la justicia desde el día del golpe de Estado. Eran discusiones fraternales que nacían con planteos impertinentes. En algunas ocasiones no dudaba en complacerlo. Pero esta vez no iba a detenerse en eso.

—No me importa quién haya participado, igual vamos a tratar de resolver el caso.

—Si fueron los milicos ya debe estar flotando en el río —agregó Torres antes de salir de la oficina.

—Donde esté, vamos a encontrarlo —los alentó Suárez.

Después les ordenó que solicitaran formalmente la intervención de los teléfonos de los Samid.

Las primeras diligencias judiciales fueron las de rutina y se sucedieron de manera previsible. Se montó también una discreta vigilancia frente al negocio familiar y ante la casa del empresario desaparecido.

A las 9 de la noche del miércoles 17 de diciembre, Suárez volvió a reunirse con sus hombres. Las noticias eran concluyentes: no se trataba de un rapto organizado por los militares. González Rivas estaba convencido sobre este punto:

—Hay más... Ríos, el Jefe de Policía, ofrece toda la colaboración de la fuerza. Desde esta mañana hay vigilancia en los aeropuertos de la provincia y en las principales salidas de la ciudad. También destinó a cuatro agentes de la división

Seguridad Personal para esclarecer el caso y me aseguró que nos informarán sobre cada cosa que encuentren...

—Es mejor pedirles que no estorben —agregó Torres con toda la maldad que pudo reunir en una frase.

Suárez los interrumpió, ofuscado:

—Es fácil explicar tanta diligencia. No fueron ellos y quieren que esto se resuelva rápido para que no queden dudas.

El jueves 18, la grabadora conectada al teléfono de la familia Samid registró un mensaje. Una voz informó que debían retirar instrucciones del baño de hombres del bar El Cairo, ubicado en una esquina céntrica.

El operativo montado en el negocio fue un fracaso. En el baño no había nada. El secuestrador percibió la presencia policial y ni siquiera se acercó al local.

González Rivas estaba furioso. Los agentes policiales hicieron un verdadero desastre.

—Hasta un chico se hubiera dado cuenta de que el boliche estaba lleno de policías —se quejó.

Para completar el caos, los agentes prácticamente desmantelaron el lugar en busca de algún indicio.

Suárez trató en vano de convencer a sus ayudantes de algo de lo que él mismo no estaba seguro: que en la torpeza de los policías sólo había torpeza.

En las horas siguientes, mientras esperaban un nuevo llamado del secuestrador, Torres y González Rivas, visitaron a parientes y amigos del empresario. Las preguntas se sucedieron, inevitables: ¿Quiénes lo vieron por última vez? ¿Quién lo acompañaba en el momento de su desaparición? ¿Lo notaron preocupado? ¿Tenía problemas de dinero?

Varios testimonios hicieron referencia a un hombre bajo de cabellos castaños con el que lo habían visto durante las últimas semanas. Extrañamente, nadie recordaba el nombre del nuevo amigo de Samid.

—Gabriel me lo presentó como «el doctor» —aportó el tío del empresario.

Ese jueves por la tarde, por una de las radios de la ciudad, se dio la primera noticia sobre la desaparición del empresario. Emilio Montes, el periodista más influyente de la ciudad y el más cercano a los intereses de la dictadura, dio la primicia. Agregó también que la banda de delincuentes ya se había comunicado con la familia.

Suárez recibió la noticia con perplejidad. Le había pedido expresamente a la policía que evitara las filtraciones a la prensa. Sabía que el control de una información como ésa no era complejo. Por entonces, toda noticia que «pudiera afectar el interés público» debía tener el visto bueno de la autoridad militar. Sin embargo, alguien había dejado la puerta abierta.

El viernes por la mañana, en el bar Augustus, Márquez abrió el diario y leyó complacido: «La hipótesis más viable que investiga la policía es la que indica que el

secuestro de Gabriel Samid fue perpetrado por la misma banda que opera desde hace años en Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe...».

Márquez pidió otro café. El centro de la ciudad estaba superpoblado por la gente que preparaba las fiestas de Navidad y Fin de Año.

Volvió sus ojos al diario. En los últimos cuatro años el país se había visto sacudido por una ola de secuestros extorsivos. Las víctimas predilectas eran empresarios y sus familiares. La dictadura había elegido esa metodología para «limpiar el país» de opositores políticos y sindicales. Pero en ocasiones, las bandas parapoliciales complementaban sus tareas represivas con los negocios.

Que la policía estuviera detrás de una organización le confirmó que nadie había reparado en su presencia tan cercana a Samid en los últimos días.

Desde que se había difundido la noticia del secuestro, alguien no descansaba tranquilo. Esa persona sabía algo vital para la investigación y, sin embargo, callaba. Hacía años que trabajaba en Tribunales y conocía sus obligaciones. Estaba seguro de que Mariano Márquez era el acompañante de Samid la noche en que se cruzaron en el club Sirio Libanés. Lo recordaba bien: habían estudiado juntos en la Facultad Católica y no le costó reconocerlo a pesar de la distancia.

Pero había un detalle que le impedía hablar: esa noche cenaba con su secretaria. Si se presentaba a declarar tendría que justificar ante su mujer por qué no estaba en Buenos Aires en un congreso de abogados, como le había dicho.

Señalar a Márquez era confesar su propia trampa. Además no estaba seguro de que ese dato pudiera contribuir a esclarecer el caso. La idea lo atormentaba: el juez Francisco Ferreyra sabía muy bien que en derecho penal el silencio es encubrimiento.

Después de debatirse durante tres días, se decidió a contar el secreto bajo ciertas condiciones. Llamó a Suárez y le propuso un pacto de caballeros: aportaría un dato importante pero sólo si su identidad quedaba en las sombras. Tampoco podría ser citado a declarar para que el adulterio no quedara expuesto.

Suárez aceptó a regañadientes y decidió compartir la información con el oficial Daniel Bruchman, a cargo de la investigación. Le pidió reserva pero el agente retuvo el dato apenas veinticuatro horas.

En la tarde del viernes 19 de diciembre se produjo el primer choque entre Suárez y Ríos. El juez quería esperar para tejer una red de vigilancia en torno a Márquez, el principal sospechoso desde la declaración de Ferreyra. En cambio, el militar — informado por Bruchman— quería organizar la cacería cuanto antes.

Ajeno a este debate sobre su futuro, ese mismo día Márquez compró un ficus y veinte bolsas de tierra que apiló bajo el lavatorio de la cocina, justo al lado de los botellones de ácido.

El tanque de fibrocemento presentaba el aspecto de una mesa recubierta por un tapiz. En su interior, la corrosión seguía su curso.

El sábado por la mañana, su madre le comunicó por teléfono que le había llegado una citación judicial para el lunes 22.

Dado que el régimen de libertad condicional lo sometía al control de la Cámara de Apelaciones en lo Penal, Márquez no sospechó que la convocatoria pudiera ser algo más que un trámite.

La esquila oficial era parte de un plan elaborado por Suárez y destinado a ubicar al empresario desaparecido. No tenía otra dirección del sospechoso que la casa de sus padres. Por eso, después de convencer a Ríos de que no lo detuviera durante el fin de semana, le pidió a la Cámara que lo citase.

Márquez utilizó la mañana del domingo para volcar la tierra sobre el fondo gelatinoso del tanque y plantar el ficus. Realizó la operación escuchando música. Su compositor preferido era Mozart, se emocionaba con *Eine kleine Nachtmusik*. Estaba

convencido de que el *Allegro* interpretado por el Vienna Ensemble ayudaba a sus plantas a crecer.

Por la tarde, después de una ducha, llamó a Graciela y la invitó al cine. Vieron la primera parte de *El Padrino*. Luego fueron a comer *pizza*. En la charla, Márquez se regodeó con una frase de don Corleone: «Nunca digas lo que piensas a un extraño».

Cerca de la medianoche, dejó a Graciela en su casa y se acostó temprano.

El lunes a las once de la mañana se presentó en Tribunales. Lucía impecable: pantalón negro, camisa blanca, corbata bordó y saco gris. En la Cámara fue notificado de algunas cuestiones sin importancia sobre el régimen de libertad provisional.

Media hora más tarde, abandonó el edificio concentrado en lo que de verdad le importaba: el demorado cobro del rescate.

El sábado le había transmitido un nuevo mensaje a la familia, pero la mucama que lo atendió tuvo un ataque de nervios que le hizo olvidar las instrucciones. Esta vez la entrega había sido fijada en una plaza de Fisherton, un barrio del oeste de la ciudad, y volvió a fracasar.

Márquez había pedido que fuera una mujer sola, a medianoche, con un bolso de tela, y dejara el dinero en un banco. En lugar de la dama apareció un hombre, el tío de Gabriel, y Márquez decidió irse sin comprobar siquiera si cargaba con la plata.

Estaba convencido de que no podía haber más dilaciones. Pensaba en esto mientras caminaba por la avenida Pellegrini. Sabía que toda la policía de Rosario debía estar buscando a los secuestradores y que tenía que actuar rápido.

Más exacto, imposible: como en una película muda, una multitud de policías seguía sus pasos desde el Palacio de Tribunales.

Cuando llegó a la esquina de Balcarce y Montevideo se detuvo para tomar un taxi. En ese momento notó la presencia policial: un vendedor de diarios en mocasines y un mecánico con las manos limpias le dieron el alerta, pero ya era tarde. Un patrullero se cruzó frente al taxi y en unos minutos quedó rodeado por una decena de agentes.

Márquez se mostró extrañado pero no se resistió. Le dijeron que estaban buscando a un amigo suyo que había desaparecido. Mientras le colocaban las esposas, no alcanzaba a entender cómo lo habían asociado con Samid. De todas formas, mansamente, accedió a las indicaciones de los policías.

Aunque sabía que algo había salido mal y que todo podía derrumbarse, no perdió la calma. No quería volver a la cárcel y menos para purgar un homicidio.

En el trayecto hasta el viejo edificio de la policía tomó una decisión: trataría de engañarlos. Comenzó un juego que hubiese preferido evitar pero para el que se sentía preparado. Subestimaba a los policías y eso era evidente. Bastaba ver la manera excesivamente obsequiosa con que los trataba. Estaba convencido de que todavía tenía chance; no es que creyera en el crimen perfecto, pero sabía bien que existen delitos que nunca se descubren.

Lo llevaron a una oficina del segundo piso y le anunciaron que funcionarios judiciales le tomarían declaración. Mientras esperaba, Márquez evaluó dos alternativas: la más fácil, tradicional y segura, era negar y callar. Sustraerse a la investigación, descargar en los acusadores la tarea de pensar, buscar, imaginar y después probar. La otra, más riesgosa, era colaborar. Desviar la jauría del zorro. Salvar al codiciado animal mientras los perros saltaban felices pensando que la presa estaba cerca. Eligió esta última. Contaría una historia.

Suárez no lo podía creer. La policía había hecho exactamente lo que él había pedido que evitaran. Estaba molesto. Salió para la Jefatura con una idea fija: impedir que golpeasen al sospechoso. Se entrevistó con Ríos, evitó cuestionar el operativo y obtuvo la promesa buscada. Les pidió entonces a sus colaboradores que realizaran el primer interrogatorio.

Los dos abogados se sorprendieron por la buena predisposición del detenido, que se mostró preocupado por la suerte de su amigo y dispuesto a hablar.

Márquez no tenía miedo, lo tranquilizó ver a los empleados judiciales tan pulcros y decididos. Sabía que dos pisos más abajo se torturaba a militantes políticos, pero se sentía a salvo. Estaba frente a dos colegas.

Habló despacio: esgrimió su educación como un distintivo. Su madre le había enseñado que el mundo era más amable si se decía «buenos días», «perdón» y «muchas gracias». Sonrió ante el recuerdo.

Aceptó el café y el cigarrillo rubio que le ofreció González Rivas y contó:

«Conozco a Samid desde hace apenas un mes pero nos hicimos buenos amigos. Últimamente salimos varias veces. El sábado pasado almorzamos juntos. Hablamos de distintos temas, pero más que nada de su novia. Estaba muy mal con eso. Ella lo dejó pocos días antes del casamiento».

Por las preguntas que se sucedieron, Márquez pudo comprobar hasta dónde sabían los investigadores de lo ocurrido. El interrogatorio parecía una reunión de amigos. González Rivas permanecía sentado frente a él. Torres, en cambio, caminaba en semicírculo por la habitación y era el encargado de preguntar con mayor vehemencia.

La pareja funcionaba siempre de esa manera, como si cada uno estuviera en un frecuencia diferente. En pocos años se hicieron famosos en los Tribunales por esa extraña mezcla de perseverancia y discreción.

El negro Torres exigió más detalles de las últimas reuniones con su amigo y Márquez confirmó que había estado con Samid, en el club Sirio Libanés, hasta las 16 del sábado; que luego se despidieron y quedaron en encontrarse el lunes siguiente para cenar.

Márquez no dudó en su relato:

—Después de comer, a eso de las doce y media nos fuimos a tomar unas copas al Capri, como habíamos hecho otras veces.

Según M —como empezó a llamarlo Torres desde ese día—, después de dar muchas vueltas y explicarle sus problemas económicos, Samid se había quejado de la avaricia de sus familiares y le había propuesto que lo ayudara a fraguar un autosequestro para obtener dinero. González Rivas dio un respingo en su silla. Márquez no parecía alterado cuando lo contó:

—Al principio pensé que era una broma. Pero enseguida me di cuenta de que iba en serio —dijo.

—¿Por qué no te negaste? —lo interrumpió Torres.

—Primero me negué, pero ante la desastrosa situación en la que están mis finanzas, acepté bajo la condición de que nadie saliera lastimado.

Cada tanto, Márquez bajaba los ojos y jugaba a desprenderse y prenderse la malla de cuero de su reloj: un viejo Seiko con carcasa dorada.

Hacía pequeñas pausas para sorber el café y de paso medía a los dos hombres que lo escuchaban. El morocho era el más rudo, si no fuera tan cortés podría ser un policía. El otro era raro, hablaba con frases cortas y parecía estudiarlo todo el tiempo detrás de los gruesos cristales de sus anteojos.

M siguió hablando:

—Quedamos en vernos al otro día para arreglar los detalles. Cerca de las diez de la noche, nos encontramos en mi departamento y él puso la cifra del rescate que pediríamos: un millón de dólares y diez millones de pesos moneda nacional.

—¿Cómo? ¿No vivís con tus padres? —preguntó González Rivas.

—No, desde hace unos meses alquilo un departamento.

Según el relato de M, Samid se había quedado a dormir en su casa porque había tomado de más y se sentía mareado, pero a eso de las 6.30 se había marchado.

Antes de separarse habían acordado que no los debían ver juntos.

—¿Quién iba a pedir el rescate? —preguntó Torres.

—Él. Esa misma tarde, me llamó por teléfono y me pidió que fuera a retirar el dinero del baño de caballeros del bar de Sarmiento y Santa Fe, a las siete de la tarde. Cuando llegué me pareció que había varios policías y no entré. A los dos días, me indicó por teléfono que fuera a la plaza ubicada frente a la iglesia de Fisherton a las doce de la noche. Fui en el Fiat 125 de mi padre. Gabriel me había dicho que iría una mujer, pero como el que apareció fue el tío, no me quedé. A las dos de la madrugada volví al departamento. Estaba cansado y enojado. Pensé que lo mejor era desechar la idea pero Samid me llamó y me dijo que tuviera paciencia, que no era tan sencillo juntar esa suma.

Márquez hablaba sin parar. No hacía falta preguntarle. Samid le había prometido que lo volvería a llamar para indicarle dónde retirar la plata. Pero hasta que lo detuvieron esa mañana no había recibido noticias de su amigo.

—Estoy arrepentido, no debí dejarme convencer —concluyó con aire compungido.

González Rivas y Torres se miraron en silencio y dieron por terminada la declaración.

Antes de llamar a los policías para que condujeran a M a su celda, Torres, fiel a su estilo, le advirtió con tono amenazante:

—Por tu bien, espero que nos hayas dicho la verdad.

Los abogados se reunieron con Suárez y le informaron del trámite. La historia parecía creíble: una estafa planeada por dos amigos. Uno, atrapado, confesaba. Ahora sólo faltaba esperar que apareciese el otro. Visto así, la solución estaba muy cerca.

Suárez escuchó a sus subordinados sin decir una palabra. Por fin, les anunció que procesaría a M por extorsión en grado de tentativa. Un delito excarcelable pero, con sus antecedentes, suficiente como para dejarlo detenido hasta que apareciera su cómplice.

Sin embargo, para el juez había algo que no cerraba en la historia.

Mientras toda la policía de la ciudad trataba de dar con el empresario, Suárez le pidió a sus colaboradores que siguieran investigando al doctor Márquez.

Primero ordenó que allanaran la casa de sus padres. Luego, a pedido suyo, la policía revisó el departamento que M alquilaba en la calle Montevideo. Pero no encontraron nada relevante.

Suárez también mandó a sus hombres a buscar datos en los boliches frecuentados por la pareja de amigos. Allí tampoco obtuvieron gran cosa: Samid se movía con un amigo nuevo al que presentaba como asesor de una empresa de aviación.

Los abogados decidieron volver a interrogar al detenido. M, en tanto, aprovechaba las horas en la oscuridad de su celda para tramar una estrategia que alejara a la policía. Sabía que su situación era muy delicada. Entre otras cosas, no habría más llamados solicitando rescate. Fue por esa razón que eligió inculparse como partícipe de un autosequestro. Era un delito con una pena menor y la posibilidad concreta de ganar tiempo. Estaba convencido de que jamás podrían probar el homicidio. En el interior de su departamento una fuerza poderosa trabajaba para él.

Con los años había cambiado su táctica en los despertares de Agustina. Cuando entraba en su cuarto, si ella estaba tapada le corría la sábana despacio para verla. Una vez hasta le levantó el camisón y se quedó sin respiración cuando vio ese culo enorme que parecía ofrecérselo. Volvió a cubrirla y fue a masturbarse al baño. Después regresó para el soplido y el beso de cada mañana. Ya sabía que su tía trabajaba en una whiskería.

—Es alternadora —le había dicho Pipo.

—¿Y eso qué es? —preguntó él.

—No sé muy bien, pero transa por guita —agregó Nacho.

De golpe comprendió por qué su padre la odiaba. A él no le importó. La idea de que Agustina se moviera entre una masa de hombres que querían poseerla lo excitó. Mariano la tenía casi todos los días para él solo.

Un mediodía de 1960, el 14 de noviembre, dejó los libros sobre el sillón del *living*, como hacía siempre, y fue hasta el cuarto. Hacía mucho calor. Agustina dormía con una remera lila. Tenía una bombachita distinta de los otros calzones que él solía revisar cuando estaban colgados en el patio. Era de una tela negra que parecía brillar en la oscuridad. El cuerpo de la tía dibujaba sobre la cama una figura extraña: estaba de costado con los brazos hacia arriba, una pierna —la izquierda— flexionada y la derecha estirada. Respiraba despacio. El cabello le tapaba la mitad de la cara. El único ojo que quedaba a la vista parecía latir. ¿Dónde estaría en ese momento? ¿Con quién? ¿Alguna vez ella lo veía en ese territorio al que jamás podría entrar? Se descubrió envidioso de los sueños de su tía. Pensó en un mar de brazos que primero la agitaban, luego le arrancaban la ropa y después comenzaban a acariciarla.

No pudo evitar que su pija se endureciera. Se tocó por sobre el pantalón y pensó en Alicia, la rubiecita del otro curso que lo volvía loco. Después se fue desabrochando uno a uno los cuatro botones de la bragueta. Metió la mano dentro del calzoncillo y encontró enseguida lo que buscaba. Entornó la puerta del cuarto, cerró los ojos y comenzó a masturbarse.

Una mano detuvo con firmeza el frenético movimiento de la suya. Abrió los ojos y se encontró con la cara sonriente de su tía. Enrojeció. Quiso salir corriendo pero ella lo detuvo. «Tranquilo», le dijo sin soltarlo.

Muchos años después, ante una audiencia de miserables y asesinos, en un oscuro pabellón del penal de Coronda, confesó: «Lo que ocurrió en ese cuarto es el recuerdo que elijo para antes de la muerte».

Agustina se sentó en la cama. «Tranquilo», repitió casi como una orden. Él bajó la vista y no se movió. «No seas tonto», insistió la tía. Le desprendió el cinturón finito, le bajó primero el pantalón hasta las rodillas y luego el ridículo calzoncillo de tela celeste. Después le agarró muy suavemente la pija, pequeña como un juguete después del susto. Y comenzó a movérsela de manera diestra: primero despacio y después un poco más rápido.

Mariano hubiese querido que ese momento no terminara nunca, pero eso era imposible. Su sexo explotó en la mano de la tía, que dejó que el chorro de semen le salpicara la cara y la remera.

Él no podía hablar. No hizo falta. Cuando su tía lo soltó se acomodó la ropa y salió de la habitación.

Caminó aturdido en dirección al baño pero algo lo sobresaltó. Miró hacia la cocina. Su padre estaba allí. Nunca volvía a esa hora pero estaba allí, sentado a la mesa, con su uniforme impecable y su mirada llena de desprecio dirigida a sus ojos. ¿Qué hacía a esa hora? ¿Qué había venido a buscar?

—Vení —le ordenó el teniente.

Mariano caminó a su encuentro lentamente.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó intentando una ingenuidad que hacía años lo había abandonado.

Su padre jugaba con la bayoneta reglamentaria. Hacía pequeños orificios en una de las patas de la mesa. Su madre se enojaba mucho cuando los descubría, pero a él no le importaba.

—¿Qué hacías en el cuarto de tu tía? —le preguntó sin levantar la voz. Mariano retrocedió unos pasos.

El teniente no esperó la respuesta:

—¡Si te volvés a acercar a Agustina te la corto y se la tiro a los perros, me entendés!

—No hice nada —dijo Mariano, como para iniciar una tímida defensa.

De pronto su padre saltó de la silla y lo tomó del cuello, aplastándolo contra la vieja heladera Siam.

—¡Pendejo mentiroso! —le gritó y le puso el cuchillo a la altura de los genitales.

Mariano sintió el acero por sobre la tela del pantalón.

—¡La próxima te la corto! —volvió a amenazarlo su padre con los ojos desorbitados.

Mariano temblaba. Cuando pudo soltarse, salió de la casa corriendo. Primero buscó a Nacho para contarle lo que había pasado, pero mientras caminaba hacia la villa decidió callar. Se quedó dando vueltas cerca de su casa. No podía dejar de pensar en Agustina y en la furia de su padre.

Volvió a su casa antes de cenar, apenas habló un rato con su madre, que había regresado de la tienda, y con una excusa se fue a dormir temprano sin comer.

Cuando su padre fue a verlo a su cuarto, él estaba acostado pero no podía dormirse. Cerró fuerte los ojos, no quería volver a mirarlo. El teniente lo obligó a levantarse con un sacudón.

—Te espero en el patio —le dijo.

Mariano se cambió despacio. Por un momento, pensó que tal vez lo llamaba para pedirle disculpas. No se puso las zapatillas. Las baldosas del patio estaban frescas, el

cielo violeta y la ausencia de la luna dificultaba la visión. La brasa del cigarrillo le dio la exacta ubicación de su padre.

—Hoy le pedí a tu tía que se fuera de casa —le soltó a quemarropa—. No quiero que tu madre se entere de esta vergüenza. Éste será nuestro secreto. ¿De acuerdo?

—Sí —atinó a decir Mariano.

—¿Sí, qué? —volvió a preguntar su padre.

—Sí, señor —completó él, y sin esperar la autorización que siempre le exigía el teniente para poder retirarse de su presencia, volvió sobre sus pasos y se metió en su cuarto a llorar. Se sentía humillado y a la vez responsable por la expulsión de Agustina.

¿Y su madre?

Desde la cocina se escuchaba el rumor de los platos bajo el agua.

El 23 de diciembre, la policía encontró el auto del empresario en la intersección de avenida Pellegrini y España. El Taunus coupé patente S436.237 estaba cerrado y sin signos de violencia. Dormía estacionado y frío a sólo siete cuadras del negocio de los Samid.

Hubo un nuevo interrogatorio y las respuestas se reiteraron: el empresario había organizado su propio secuestro para obtener dinero fácil.

—Ya aparecerá —repetía M cada vez que le preguntaban por el empresario.

En el Juzgado de Instrucción de la 4^{ta} nominación, sin embargo, después de cinco días de búsqueda empezaron a barajar la posibilidad de que Gabriel Samid no apareciera por su propia voluntad.

M sabía que el tiempo jugaba a su favor. Estaba confiado en la acción del ácido pero necesitaba volver al departamento para verificar que el proceso hubiera finalizado y eliminar cualquier huella que revelase la presencia del empresario. Pidió hablar con González Rivas y le propuso que le permitiera estar unos días en su casa.

—Sería bueno que yo estuviera en mi casa, si Gabriel me quiere ubicar me va a llamar allí —le dijo. No había nada que perder. El secretario del Juzgado consultó a Suárez y finalmente M recibió la ansiada autorización en la mañana de Navidad. Le intervinieron el teléfono y lo dejaron con una guardia permanente de dos agentes.

En los seis días que permaneció en el departamento, aprovechó para terminar de convertir el tanque de fibrocemento en un macetero. Y se las ingenió para eliminar anotaciones y objetos que podían inculparlo. Sólo le faltó deshacerse de los dos envases de ácido que permanecían ocultos detrás de varias pilas de diarios bajo la pileta de la cocina. Era imposible sacarlos con sus custodios tan cerca. Apenas logró retirarles las etiquetas.

El mediodía del 31 de diciembre, por la falta de novedades, el juez dispuso que volviera a su celda. Sus protestas fueron en vano. Mientras lo conducían a la Jefatura les decía a quienes quisieran escucharlo que no entendía por qué Samid no lo había llamado.

Ese mismo día, Suárez convocó a sus dos secretarios y les pidió que revisaran todos los objetos que la policía había secuestrado del departamento de M. Había pasado poco más de una semana desde la detención y no tenían gran cosa. Sentían bronca y desazón. En la planta baja de Tribunales, empleados y jueces levantaban las copas para el brindis de fin de año.

—No hay motivos para que el tipo no aparezca. Ya sabe que la maniobra fracasó y que su amigo está detenido. Si no vuelve es porque no puede —concluyó Suárez.

El juez estaba íntimamente convencido de que algo pasaba con Samid pero no podía exponer las razones que lo llevaban a pensar así y esto lo avergonzaba ante sus subordinados. Prefirió no decirles que sólo se trataba de una corazonada.

En enero la actividad judicial prácticamente se paralizaba.

—Será un mes de espera —dijo Suárez antes de despedir a sus hombres.

Una sucesión interminable de esperas.

Eso era el tiempo para M.

Desde la pequeña ventana de su celda, en la Jefatura de Policía, podía ver el patio. Los camiones que ingresaban a cualquier hora, los patrulleros, los autos sin matrícula. El ruido de los borceguíes golpeando las baldosas como si fueran las extremidades de un ciempiés de acero. Algunos alaridos. Y en la noche, el silencio atronador de la incertidumbre.

Estaba incomunicado: sólo veía a los guardias cuando le traían la comida o cuando lo acompañaban para algún interrogatorio.

Uno de sus custodios, Damasio Rosa, un correntino gordo que ya cargaba con treinta años en la policía, accedía a leerle los títulos del diario a través de la puerta. Como recompensa exigía algunos cigarrillos de la provisión que el teniente Márquez le hacía alcanzar a su hijo.

Noviecintas personas detenidas por causas vinculadas con el terrorismo están a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. El seleccionado argentino le ganó a Alemania por 2 a 1. Reclaman en Italia la pena capital para terroristas.

M polemizaba con el gordo sobre algunos temas. El agente estaba a favor de la pena de muerte, por ejemplo.

—El que a hierro mata, a hierro muere —le decía el policía mientras soplaba el humo del mate cocido.

El Estado seguía perfeccionando sus maneras de matar. El abogado hablaba con el gordo como si estuviera en la Facultad. Pero por más que argumentaba no lograba conmover a su carcelero.

El ministro de Economía, José Martínez de Hoz, negó una triplicación de la deuda externa, dijo que su aumento es «bastante menor» y juzgó que su política «abre posibilidades insospechadas a los trabajadores, porque crea y aumenta el número de empleos».

A veces los títulos lo hacían reír. Otras, lo deprimían tanto que se quedaba todo el día tirado en la cama fumando con los ojos cerrados.

Asesinaron a dos norteamericanos en El Salvador. Argentina empató con Brasil por la Copa de Oro. El Banco Central pidió la quiebra de siete empresas ligadas al Holding Sasetru.

La única vez que lo llevaron al primer piso, para una revisión médica, M vio una larga fila de mujeres que esperaba turno frente al edificio. El gordo Rosa le dijo que eran familiares de tipos que tenían «paradero desconocido» pero que seguramente habían sido terroristas.

Luego de cuatro años y medio de prohibición, el Poder Ejecutivo Nacional resolvió ayer derogar el decreto que impedía la normal actividad de la Congregación Testigos de Jehová.

El gordo estaba eufórico: era una enorme injusticia que los Testigos no pudieran seguir con su evangelización en un país donde Dios era lo más importante.

Mataron a cien terroristas en El Salvador. Conflicto limítrofe con Chile por el Beagle: el Papa pidió una «solución feliz». La ex presidente María Estela Martínez de Perón fue trasladada el martes al Hospital Militar de Campo de Mayo, donde permaneció algunas horas. Padecía de una úlcera y su estado de salud general había desmejorado.

Hizo mucho calor ese verano en la ciudad. Los días se sucedían, sofocantes.

Ronald Reagan asume la presidencia de EE.UU. La Cantábrica paralizó ayer sus tareas en forma total, en protesta por la suspensión de todo su personal. Unos 400 operarios ocuparon la planta en medio de fuertes medidas de seguridad.

No le permitían ver a nadie. Ni siquiera a su padre, que todos los días se acercaba hasta la Jefatura.

«No hay que esperar milagros.» El ex comandante en jefe de la Armada, almirante Emilio Massera, afirmó que «no puede esperarse» que el presidente designado Roberto E. Viola, «opere milagros en un cuerpo demasiado herido como es el país».

M se decía que la Argentina era un hoyo tan estrecho como su celda.

Un mes sin noticias de Samid resultaba inexplicable. González Rivas no podía creer que el empresario no diera señales de vida. El 27 de enero ubicó a Suárez, que veraneaba en Miami, y le pidió autorización por teléfono para volver a confrontar con M.

Fue solo al encuentro; Torres también estaba de vacaciones. El interrogatorio no le aportó demasiado: el abogado mantuvo sus afirmaciones. Se lo veía consternado por el silencio de su amigo.

El primer día hábil de febrero, apenas comenzada la actividad judicial, Ríos llamó a Suárez a su oficina. El juez imaginaba el tema de la conversación y se disculpó, le hizo decir a su secretaria que estaba ocupado con varias causas y que no lo podía atender.

Ese mismo día, por la tarde, el Jefe de Policía ingresó en despacho del magistrado sin golpear antes la puerta. No se hizo anunciar en la guardia. Después de saludar al juez de manera cortante, le dijo con tono enérgico:

—Vengo porque lo respeto, Suárez. Pero usted no comprende que los tiempos de la justicia no son los tiempos del Ejército. Mis superiores necesitan soluciones. La colectividad árabe es muy poderosa y presionan para que les demos una respuesta. Éste es un delito común y las demoras confunden a la opinión pública. De ahora en más yo y mis hombres también vamos a interrogar al detenido. Pero quédese tranquilo, lo mantendré informado.

El aspecto de Ríos contradecía su personalidad. Llevaba el cabello corto cubierto de canas y cuando aflojaba el rostro con alguna sonrisa parecía un abuelo de esos que se sientan por las tardes en los bancos de las plazas para ver jugar a sus nietos. Sin embargo, era un cruzado: un soldado convencido de que estaba en guerra contra gran parte de la sociedad civil. Un tipo verdaderamente consustanciado con los argumentos de la dictadura, a la que servía con obediencia ciega:

—La guerra todavía no terminó —le dijo una vez a Suárez—, hay que eliminar también a los cómplices de los terroristas.

Cuando Ríos abandonó la oficina, Suárez llamó a sus hombres y les anunció lo que vendría:

—Tratarán de arrancarle a M una confesión. Aunque si esto pasa, no se podrá utilizar en el proceso. No importa si sirve para esclarecer el caso, hay que evitarlo.

—¿Y si le decimos a Ríos que estamos por resolverlo? ¿Que nos dé una semana? —propuso Torres.

—No es mala idea —dijo Suárez—, pero necesitamos alguna pista seria.

El 5 de febrero, los dos secretarios decidieron volver al departamento de la calle Montevideo. Habían estado una vez allí, en diciembre, acompañando a M, y ahora volvían como un modo de recomenzar la investigación. No tenían en claro qué buscar. La policía ya había revuelto todo sin grandes resultados y eso los desorientaba.

El verano tenía un efecto demoledor. La humedad crecía desde el río, por el asfalto caliente de la ciudad, y se metía entre la piel y la ropa. Torres tiró el saco sobre un sillón, se aflojó la corbata y levantó la persiana del *living* para dejar entrar la luz del sol. González Rivas se detuvo en la pequeña biblioteca. Encontraron pocas cosas: algunas anotaciones sobre deudas y operaciones inmobiliarias, datos sobre el alquiler del departamento, libros marcados con birrome —varios de psicología— y un destartado diccionario de sinónimos.

Torres se ocupó de revisar el placard. M vestía de manera formal y su ropa no era de gran calidad. Todavía se encontraba en la habitación cuando escuchó que su compañero lo llamaba desde la cocina.

González Rivas estaba sentado en el piso y le señalaba dos grandes botellones de vidrio, semiocultos bajo la mesada de la cocina. No tenían etiqueta, pero uno de los envases contenía un poco de líquido. Llamaron al laboratorio de la policía y pidieron que un especialista fuera a tomar una muestra para determinar de qué se trataba.

—Parece inexplicable que los policías que hicieron la primera requisa no los hayan reportado antes —reflexionó Torres.

El perito tomó una muestra y se fue enseguida. Torres sugirió que se quedaran allí para seguir revisando mientras esperaban el informe.

González Rivas se apiadó de la planta que lucía casi marchita en el inmenso macetón y llenó una pava con agua para tratar de reanimarla. Cuando comenzó a regarla se dio cuenta de que el tanque que servía de maceta despedía calor. Con ayuda de Torres volcaron más agua hasta que la tierra se humedeció. González buscó una escoba y hundió el palo con dificultad pero no notó nada raro.

—Los policías ya hicieron eso con una vara de hierro y no encontraron nada —le explicó Torres a su compañero.

En ese momento sonó el teléfono. Desde el laboratorio policial les comunicaron que el líquido de la damajuana era ácido sulfúrico. Se quedaron perplejos. De inmediato llamaron a Suárez y a pedido suyo fueron hasta la Jefatura. González Rivas fue en busca del médico forense. Necesitaba hacerle una pregunta que lo perturbaba desde que les comunicaron la novedad del ácido: ¿es posible diluir un cuerpo humano con ácido sulfúrico? La respuesta del especialista de la policía fue contundente:

—No, de ninguna manera.

A pesar del informe del médico forense, que fue elevado por escrito al juez y al Jefe de Policía, González Rivas y Torres se resistían a abandonar la pista del ácido. A pedido de Suárez se decidieron a jugar una nueva pulseada con M.

Elaboraron un cuestionario: la mayoría de las preguntas se referían a aspectos secundarios de la causa, una sola importaba realmente. El método no era novedoso, pero le había dado más de un resultado a la dupla.

Cuando la policía trajo al detenido, los dos secretarios observaron con satisfacción que no lucía signos de maltrato. O por lo menos eso parecía.

M estaba tranquilo. Tenía la serenidad que le brindaba su inteligencia. A esa altura ya se había convertido en un experto en hacer declaraciones. Esta vez comenzó a responder hilvanando otras historias y agregando algunas opiniones sobre el supuesto paradero del empresario. También arriesgó hipótesis sobre las razones del silencio de Samid y habló de la mala relación que tenía con su familia.

Contestó las preguntas en su estilo humilde, sumiso, y volvió a ofrecer su disposición a colaborar con la labor judicial. Incluso aportó un dato nuevo, habló de unos campos en el norte de Santa Fe, a los que había sido invitado una vez y donde, suponía, podía estar escondido Samid. Dijo que no recordaba el lugar, pero que estaba seguro era cerca de Reconquista y se ofreció a buscar el sitio en compañía de la policía.

Volvió a relatar los problemas afectivos de Samid y su desazón por la ruptura de su última relación amorosa. Rememoró también cómo lo había convencido para que juntos le sacaran dinero a su familia:

—Estaba harto de trabajar como un loco. A pesar de que era el dueño de la firma recibía una participación que se parecía más a un sueldo que a la ganancia de un empresario. Varias veces había exigido un mayor retorno por sus negocios y se lo habían negado. Gabriel estaba cansado de que amasaran una fortuna a sus espaldas y tenía miedo de no llegar a disfrutarla.

El interrogatorio avanzaba sin sorpresas hasta que González Rivas disparó:

—¿Cómo explica la presencia de dos botellones de ácido sulfúrico en su departamento?

M se quedó un instante en silencio y después reaccionó. Se levantó de la silla a los gritos:

—¡Ah, no! Usted me está hablando de cosas muy graves. No voy a seguir declarando sin un abogado. ¡Me quieren acusar sin fundamentos!

González Rivas y el Negro Torres dieron por terminado el trámite. La reacción de M era como un cartel luminoso. Contra la opinión del forense, para los dos abogados la combinación ácido sulfúrico-secuestro podía tener un solo resultado: homicidio.

En el camino de regreso al departamento de la calle Montevideo, González Rivas le confesó a su compañero: «Estoy más tiempo con vos que con mi novia, y eso que sos el doble de feo». Se rieron con ganas. Era la primera vez en lo que llevaban del caso que les parecía que se acercaban a Samid.

Cuando llegaron al departamento de M se abalanzaron sobre el tanque, el ficus seguía marchito. Ya no buscaban un indicio que pudiera revelar un crimen. Procuraban un cuerpo.

Nunca antes se había revisado el macetón de fibrocemento a fondo. Entre los dos lo dieron vuelta y vaciaron su contenido en el piso. Cuando el tanque liberó la tierra y los restos de planta en un borbotón negruzco, la casa se llenó de un olor nauseabundo. En el suelo, entre la tierra, había basura, frascos, colillas y una masa semilíquida, muy oscura.

El olor era insoportable. Torres no pudo contenerse: corrió hasta el baño y vomitó. González Rivas se tapó la cara con un pañuelo y repitió como un poseído: «Qué mierda es esto, qué mierda es esto».

Pidieron apoyo a la policía. En quince minutos llegaron tres agentes. Después de un momento de vacilación comenzaron a levantar el contenido del tanque en un balde que pasaron a unas bolsas de nailon. Fue una tarea lenta y asquerosa. Por momentos tenían que salir al pasillo para respirar aire puro. Cuando terminaron empujaron el macetón hasta la esquina que ocupaba originalmente en la habitación y les pidieron a los agentes que llevaran las bolsas hasta el laboratorio de la policía.

González Rivas y Torres se lavaron como pudieron y se fueron también para la Jefatura. Una vez allí se instalaron frente al departamento forense. Parecían dos padres a la espera del resultado de un parto difícil. El negro Torres todavía estaba asqueado. Después de dos horas de análisis, los especialistas anunciaron que habían rescatado de la sustancia viscosa y hedionda una prótesis dental y lo que parecía ser el fragmento de un pie.

Los abogados se abrazaron. Si había cuerpo, aunque más no fuera un pedazo, había crimen.

A pesar de que los estudios del laboratorio arrojaron resultados positivos, el doctor Suárez trató de bajar el nivel de entusiasmo que embargaba a la conducción policial. Habló varias veces con Ríos, pero fracasó. El Jefe de Policía organizó con rapidez una serie de reconocimientos. Viviana Anselmo, la ex novia de Samid, fue la primera en ser convocada a la Jefatura. Suárez se opuso a la citación porque era improcedente que la mujer concurreniera a la sede policial. Cuando comprendió que no iba a lograr torcer la posición de Ríos, decidió que González Rivas y Torres participaran del acto pero les dio órdenes precisas de que se abstuvieran de preguntar.

Los dos abogados actuaron como testigos de lo que Ríos llamó «primer peritaje». En el amplio despacho del coronel, un oficial le preguntó a la joven si Samid utilizaba alhajas, anillos o colgantes. Viviana no demoró su respuesta: aseguró que el empresario, a pesar de su origen árabe, era católico y que ella le había regalado para su cumpleaños una cruz de oro muy sobria de forma cóncava que él utilizaba siempre.

La mujer contó que el empresario no usaba otras joyas salvo un reloj. Y ante otra pregunta puntual sobre la existencia de prótesis dentales, dijo que creía «que Gabriel —como lo llamó durante todo el interrogatorio— tenía unos dientes postizos».

Después de declarar, Viviana fue llevada ante una pequeña mesa ubicada en una esquina de la habitación.

«Señorita —dijo Ríos—, le pido que preste mucha atención», y retiró una tela de pana roja, dejando al descubierto cinco cadenas con cinco cruces de oro, todas de diferentes formas y tamaños.

Los abogados, que habían seguido a Viviana en su recorrido por el cuarto, miraron sin comprender. La hermosa mujer se probó la que estaba en cuarto lugar y sin dudar un instante, exclamó:

—Ésta es la cadena que le regalé a Gabriel.

—Ésa es efectivamente la cadena que fue rescatada del fondo del tanque que servía de macetero en el departamento del sospechoso —agregó Ríos con satisfacción en dirección a los abogados.

—Nadie nos informó que habían encontrado una cruz —señaló Torres.

—Calma, doctor, ya les pedí a los peritos un informe complementario para entregar al Juzgado —respondió Ríos sin inmutarse—, pero todavía no tuve tiempo de remitírselo al doctor Suárez.

—Esto es irregular, coronel —se molestó González Rivas.

—Por favor, Rivas, no se haga el ofendido. Aquí lo único que tendría que molestarle es por qué no sabemos todavía qué le pasó a Samid.

La reunión terminó minutos después, entre las preguntas de la mujer y el silencio de Ríos.

Durante toda la tarde, Suárez no logró comunicarse con el Jefe de Policía. Ríos le había enviado el informe de los peritos que contemplaba, ahora sí, la existencia de una cadena de oro con una cruz. El juez estaba furioso pero trató de no demostrar su

malestar ante sus subordinados y se decidió a continuar con las pruebas que había previsto en base al informe original que le había entregado el laboratorio.

Con los datos que aportó la ex novia de Samid y la ayuda de los familiares, lograron ubicar al odontólogo del empresario.

Elmer Nasser era un viejo dentista que atendía a muchos miembros de la colectividad árabe de Rosario. Ahora estaba retirado y sólo asistía a sus amigos.

Ante las primeras preguntas, Nasser confirmó que el empresario tenía una prótesis completa de acrílico en el maxilar superior y que en la parte inferior tenía un puentecito de oro que abarcaba los cuatro dientes.

El secretario le acercó cuatro prótesis similares al dentista. Nasser se quitó los anteojos de carey negro que llevaba sobre la prominente nariz y se colocó otros más pequeños. Tomó una a una las piezas dentales y las estudió colocándolas muy cerca de sus ojos. Repitió el procedimiento hasta que se quedó con una. La acarició despacio, como recuperando en su memoria la boca de su paciente. Dudó un momento y afirmó:

—Es la que hice para Samid —y comenzó a llorar despacio.

Por la tarde, en la reunión que mantuvo con sus secretarios, Suárez volvió a diluir el entusiasmo que la prueba había insuflado en ellos. «Todavía falta mucho: tenemos que apurarnos porque Ríos no se detendrá», les dijo.

El juez tenía razón. Apenas el equipo forense confirmó que el fragmento de cuerpo encontrado en el tanque correspondía a un pie, el Jefe de Policía decidió citar a los familiares del empresario.

Enterado de la convocatoria, Suárez llamó a Ríos por teléfono y lo amenazó con abandonar el caso:

—¿Por qué se empeña en llevar adelante una investigación paralela? —bramó.

Después de una larga discusión, Suárez apenas logró que sus hombres estuvieran presentes en la reunión con los familiares del empresario.

Ríos quería que los parientes de Samid dijeran cómo eran los dedos de los pies del empresario. La idea era osada pero no absurda. No existía por entonces ningún método científico capaz de probar con exactitud a quién había pertenecido ese resto humano.

Cuando los secretarios llegaron, el militar tenía una serie de fotos tomadas por los forenses del trozo de pie encontrado en el tanque. Las imágenes eran espantosas: se veía un pedazo de carne negro de donde sobresalían los dos dedos más grandes.

Para satisfacción de Ríos, la mayoría de los consultados consignó que los dedos de Samid tenían forma de martillo, «muy parecidos a los de las fotos».

La presencia de los abogados no contribuyó al rigor del sondeo. Al hermano y a la ex novia del empresario les mostraron las fotos sin preámbulos. La chica no lo soportó, tuvo una crisis de nervios. El hermano asintió pero se negó a seguir mirando las imágenes.

Para Ríos las declaraciones eran la confirmación del homicidio.

—Todos coincidieron en que los dedos de Samid eran iguales a los que sacamos del tanque —le dijo a Suárez por teléfono.

El coronel estaba eufórico, el juez trataba de hacer su trabajo en forma ordenada.

Ese mismo día Suárez le tomó declaración indagatoria a Rodolfo Russo. El amigo de Márquez estaba inquieto. Ya había sido interrogado por la policía. Ríos — informado de las partidas de ajedrez en la cárcel y de la amistad que los unía desde la época estudiantil— lo había aterrorizado diciéndole que estaba seguro de que era cómplice de Márquez y que había participado en la desaparición del empresario.

Antes de comenzar a hablar, Russo rompió en llanto y fue necesario hacer una interrupción de media hora. Una vez que se repuso juró que no sabía nada. Aceptó que iba al departamento de la calle Montevideo con chicas, pero agregó que nunca sospechó nada raro. Confirmó que le había hecho dos préstamos a su amigo y también dijo que nunca había visto a Samid. Cuando le preguntaron si pensaba que M podía ser un asesino, tras un largo silencio, respondió que tal vez. Con la voz quebrada dijo que nunca lo había conocido en profundidad. El espectáculo era patético. Después de escucharlo unos minutos más, el juez decidió dejarlo vinculado a la causa pero sin procesarlo. Le dijo que no abandonara la ciudad y lo despidió con frialdad. No era la primera vez que veía cómo un hombre se deshacía en sus propias miserias.

Desde entonces, las presiones sobre Suárez se hicieron insoportables. Las autoridades militares le exigían que dictase el auto de procesamiento de Mariano Márquez por privación ilegítima de la libertad seguida de muerte, pero él no estaba dispuesto a apresurarse.

Ajeno a lo que pasaba fuera de los límites de su celda, M seguía sin nombrar abogado defensor. La situación en la que estaba era, a todas luces, irregular: llevaba casi dos meses detenido sin ejercer su derecho a la defensa. Ahora que la causa se precipitaba, Suárez exigió que se le designase un representante oficial.

El doctor Ricardo Neri, quien salió sorteado, hubiera preferido excusarse pero no lo hizo. M había sido compañero de su hermano en la facultad y muchas veces había estado en su casa para preparar alguna materia. Nunca había intimado con él pero se divertía con sus bromas.

Neri provenía de una familia de abogados y su apellido era lo más importante que tenía. Su abuelo, Francisco, había defendido a los colonos santafesinos durante la huelga agraria más grande de la historia del país y pagó con su vida el asesoramiento y el apoyo a los chacareros más pobres.

En 1916, cuatro años después del movimiento rural que había terminado con la creación de la Federación Agraria Argentina, fue asesinado por un matón a sueldo en una calle de Rosario. Los terratenientes no le perdonaron nunca haber puesto en duda su poder sobre hombres y tierras.

Desde una foto vieja, colgada en una de las paredes de su pequeña oficina, don Francisco levantaba el puño arengando a los inmigrantes de la pampa gringa.

Ricardo entendía que su abuelo le había dado una señal: la justicia necesita de coraje. De él había heredado la vocación por el Derecho. Jamás rechazaría una defensa sin un buen motivo.

Lo primero que hizo fue pedir una reunión con su defendido. Cuando lo autorizaron, fue a visitarlo a la Jefatura. Mientras esperaba que subieran a Márquez hasta la habitación donde aguardaba, le alcanzaron una carpeta con el resultado de las pericias y los reconocimientos.

Minutos después se abrió la puerta del cuarto pero el que apareció fue el coronel Ríos. En la breve charla el militar le recordó que era muy importante esclarecer el caso y que, por suerte, el homicida ya estaba detenido.

—Se equivocó de persona, coronel: soy el abogado defensor y todavía no pude hablar con mi cliente. No voy admitir que me hable de culpabilidad —explicó Neri sin alterarse.

—Lo sé, amigo, sólo cumplo en avisarle. Fue un gusto conocerlo —le dijo el militar y abandonó el cuarto.

Cinco minutos después, dos guardias trajeron al detenido. M se alegró de verlo, parecía sincero. Hasta ese momento no sabía si el hermano de su ex compañero se animaría a cargar con la defensa.

Le juró inocencia y mantuvo su postura: planeó un autosequestro con Samid y no entendía cómo el empresario, que había tenido la idea, no aparecía. Después de una hora de charla, Neri volvió a su oficina y comenzó a elaborar su estrategia legal.

Comenzó la tarea preparando un escrito donde rechazó todas las pericias en las que no estuvo presente y que «perfectamente pudieron estar armadas». El abogado

tenía un gran respeto por Suárez y su equipo, pero no estaba dispuesto a avalar procedimientos irregulares. Llamó al juez por teléfono y se lo dijo:

—¿No le llama la atención que ningún testigo dude? Todos reconocen los elementos que se les exhiben casi con las mismas palabras. Cuanto menos, es raro. Le aviso que los voy a impugnar.

El coronel Ríos se enteró de los cuestionamientos del abogado a los reconocimientos y le envió una carta. Un agente de civil la llevó hasta el estudio del abogado defensor: «La urgencia en saber si Samid se hallaba aún con vida, hipotéticamente privado de su libertad, luego de semanas sin noticias tuyas, imponía celeridad para descartar o confirmar que esos elementos le pertenecían. Citar a la defensa oficial que todavía no había sido designada o preparar una rueda de objetos similares ante testigos hubiera hecho perder un tiempo, tal vez, definitivamente fatal para la suerte del empresario. La celeridad de las pruebas permitió saber cómo orientar la pesquisa. Espero que lo entienda».

Irritado por el «apriete», delante del policía que le había traído la esquila, el abogado hizo un bollo con el papel y lo arrojó en el cesto.

Si bien Suárez coincidía con los policías sobre la culpabilidad de M, tenía dudas sobre qué había pasado con Samid. Esa misma tarde decidió llamar a González Rivas a su despacho para ponerlo al tanto de las presiones de Ríos.

Desde la llegada de los militares al poder, cinco años atrás, siempre blanqueaba ante su colaborador inmediato esas situaciones. No se podía decir que fueran amigos, pero entre González Rivas y el juez había un vínculo de confianza que superaba con creces la relación laboral. Muchas veces discutieron la manera como debía moverse el magistrado ante los militares. González Rivas estaba convencido de que Suárez había hecho bien en no renunciar y que, además, era importante que los jueces siguieran impartiendo justicia. «Estos tipos se van a ir pronto», le decía a Suárez, como un consuelo, ante la prepotencia de los uniformados.

Cuando el secretario entró en el despacho, el juez lo esperaba sentado detrás de su escritorio. Suárez golpeaba con su lapicera sobre un pisapapeles en forma de calavera que le había regalado su esposa. Se lo había entregado con una tarjeta escrita a mano con letra redonda: «Con la muerte no se juega. Cuidate mucho. Te quiero».

—Vamos a seguir esta investigación según nuestro criterio —le anunció Suárez a su segundo. No voy a dictar el procesamiento hasta que no tengamos todos los elementos para que sea irrefutable.

—El tipo lo mató, de eso no tengo dudas —dijo González Rivas con seguridad.

—Así parece. Pero el médico de la policía sostiene que el ácido sulfúrico no puede licuar a un ser humano.

—Eso es por ignorancia. Aquí no hay ningún antecedente de un caso como éste. Tampoco existe jurisprudencia nacional. Pero fue así.

—Eso no alcanza. Por lo menos, a mí no me alcanza. Vamos a demostrar que hubo un crimen y que nuestro amigo el doctor logró hacer desaparecer a Samid.

—No será fácil, M no quiere hablar más. No acepta participar de ningún interrogatorio. Dice que la última vez lo engañamos y que queremos inculparlo de algo que no hizo.

—No importa, ya hablará. Por ahora mandaré radiogramas a Interpol y al FBI para que me remitan datos sobre asesinatos que hayan terminado con la disolución del cuerpo. Son una rareza, lo cual facilitará la búsqueda. Vos llámalo al Negro y consigan que el laboratorio policial haga una prueba con un organismo vivo. Quiero saber más. Pero sobre todo, quiero que se despeje cualquier duda sobre la manera como se cometió el crimen.

El doctor Eduardo Gobbi citó a González Rivas y a Torres el primer sábado de marzo a las 11 de la mañana. Casi no había movimientos en la Jefatura ese día. En la puerta del edificio policial les informaron que el especialista los esperaba en el laboratorio.

—No quiero sentir ese olor otra vez —suplicó Torres.

—No seas maricón —lo animó su amigo con una sonrisa.

En el laboratorio había una gran quietud. Un hombre calvo, con lentes redondos y sin marco, los recibió extendiéndoles la mano.

—Vamos a demostrarle a García que otra vez se equivocó. El ácido es una maravilla —les dijo.

Gobbi era químico y tenía el rango de comisario inspector. Hacía quince años que estaba a cargo del laboratorio policial y llevaba quince años de rivalidad con el doctor Rómulo García, jefe del equipo de forenses. García también estaba vinculado a las fuerzas de seguridad, pero a diferencia de Gobbi, era civil. Por lo que había averiguado Torres, los choques entre ambos eran constantes. Pero el forense era muy respetado en el medio y contaba con la absoluta confianza de las autoridades policiales: su palabra no podía ser tomada a la ligera. Desde la primera consulta, García sostenía que era imposible disolver un cuerpo humano en ácido sulfúrico.

Gobbi tomó del brazo a González Rivas con una mano y con la otra señaló hacia la mesada de madera: allí había un perro negro de raza irreconocible.

—Fue sacrificado hace una hora —explicó el médico.

—Pobre bicho —dijo Torres, y enseguida se dio cuenta de que su comentario había estado de más.

Gobbi desaprobó sus palabras con una mueca y prosiguió su explicación:

—Pesa once kilogramos y lo colocaremos en una pileta de cemento parecida a las que se utilizan en las casas para lavar la ropa. Allí volcaremos ocho litros de ácido sulfúrico concentrado. Esta proporción surge de calcular el peso de Samid y la cantidad de ácido utilizada para convertirlo en un fantasma.

Gobbi realizó la operación tomando al perro por las patas. Antes de volcar el líquido que estaba guardado en un bidón buscó una cámara y tomó algunas fotografías.

Para que el cuerpo del animal quedara sumergido le apoyó un ladrillo a la altura de la barriga.

—Ahora hay que esperar. Si les parece bien mañana a las once volvemos a vernos —propuso y se desentendió de sus visitas para hacer unas anotaciones en un gran cuaderno azul que tenía apoyado sobre una banqueta.

Torres se asomó a la pileta, el perro parecía un pez atrapado en una pecera opaca. Después caminó hacia la puerta. Cuando llegó al pasillo, le susurró a González Rivas:

—García no sólo sostiene que no se puede disolver un cuerpo humano en ácido. Dice que un crimen como el que estamos investigando es imposible. ¿No estaremos meando afuera del tarro?

—No. Estoy seguro de que M lo mató, pero no sé cómo hizo para borrarlo del mapa —le respondió su amigo.

El resto del sábado lo dedicaron a tratar de olvidar las imágenes de esos días. Ambos fracasaron.

González Rivas fue al cineclub con su novia: esa tarde daban un ciclo dedicado al neorrealismo italiano. Ella estudiaba Letras y amaba el cine europeo. Esa pasión compartida los había unido. El abogado apenas pudo salir del caso durante las horas en las que le entregó el corazón y los ojos a Vittorio De Sica.

Torres, en cambio, se fue al Tiro Federal a practicar con su 9 milímetros. Después se prendió en un partido de truco y por la noche fue a comer un asado a la quinta de un amigo. Cuando volvió a su casa, cerca de la madrugada, el recuerdo de M ocupó sus pensamientos hasta que logró dormirse.

El domingo se encontraron nuevamente en la puerta de la Jefatura. El reloj que coronaba la torre del viejo edificio marcaba las 10.45 y el cielo, repleto de nubes grises, anunciaba lluvia.

—Mi novia está encantada de que trabaje un domingo —dijo González Rivas a modo de saludo.

—Yo casi no pude dormir. Soñé que el perro estaba vivo y nadaba en el líquido. Lloraba.

—¿Vos llorabas?

—No, yo no: el perro. Yo ya no lloro por nada. El perro lloraba. Era muy triste.

—Parece mentira, con la edad te volviste impresionable —le lanzó González Rivas—. Necesitás vacaciones.

—No seas boludo —gruñó el Negro.

Cuando llegaron al laboratorio, Gobbi los estaba esperando.

—No voy a hacer declaraciones triunfalistas. Sólo les pido que pasen y vean.

La propuesta del bioquímico le sonó a Torres como el anuncio de un número circense de mala calidad. Algo de eso había.

En la pileta se veía una masa espesa, de color negro, con restos de pelo. De cerca se percibía un olor nauseabundo. Gobbi tomó unas pinzas y levantó del líquido el cráneo del animal.

—Esto es lo único que quedó. ¡Un pedazo de hueso! —exclamó con satisfacción.

Su escaso auditorio quedó como petrificado. Torres no podía apartar la vista de lo que había sido la cabeza del perro. Después de unos segundos, González Rivas sugirió:

—Necesito que me haga un informe y lo acompañe con fotografías. También indique los datos exactos de la proporción de ácido utilizado en función del peso del animal y un detalle de la degradación del cuerpo hora tras hora.

Salieron del laboratorio un poco aturdidos.

—Se puede —dijo González Rivas.

—Así parece —balbuceó Torres—. Salgamos de este lugar.

Una vez en la calle, los dos amigos decidieron caminar para aprovechar el aire fresco que, seguramente, precedía a la tormenta. Cruzaron la plaza San Martín, ubicada frente a la Jefatura, y recorrieron las diez cuadras que los separaban de los Tribunales casi en silencio.

Suárez les había avisado que no iría a trabajar ese domingo, pero que por fin le habían remitido los informes de Interpol y los otros organismos internacionales de seguridad sobre hechos similares al que investigaban.

El Palacio de Justicia mostraba los domingos su aspecto más desolado. Los juzgados pasaban inadvertidos en tanta quietud. Sólo había un juez de turno y el movimiento era mínimo.

—Cuando no hay gente ni abogados esto se parece a un museo —comentó Torres mientras subían las amplias escaleras de mármol.

—A mí me recuerda a un hospital. No sólo por el aspecto: esto está lleno de enfermos.

—Pero no se cura nada.

—No hay como el optimismo para enfrentar una jornada de laburo.

Saludaron a los soldados que ocupaban la guardia y buscaron el ascensor para llegar hasta el despacho del juez.

Sobre el escritorio de Suárez había dos carpetas amarillas, cada una con un nombre. También una nota del magistrado con un pedido: «Sólo hay dos casos conocidos, tomen uno cada uno y mañana temprano quiero una síntesis para que los podamos discutir. Buen domingo. J.S.».

González Rivas se adelantó y tomó la carpeta que tenía la etiqueta *John George Haigh*.

—Los ingleses son más elegantes para matar —opinó.

Torres tomó la que decía *Georges Sarrejani, alias Sarret*, con uno de sus insólitos comentarios:

—No conozco París. Éste puede ser un buen comienzo.

Luego salieron del despacho sin abrir las carpetas y se despidieron.

El lunes siguiente por la mañana el juez anunció que no atendería ningún asunto. Cerca de las 8, cuando llegaron sus hombres, los invitó a pasar a su oficina, sirvió café en tres pocillos desiguales, se sentó y dijo:

—Señores, los escucho.

González Rivas y Torres no se habían comunicado desde el día anterior. Cuando tenían algún dato importante siempre se hablaban: con un llamado telefónico compartían la información, incluso antes de dársela a Suárez. Pero ese domingo no había sido así. Torres pensaba en eso cuando su amigo tomó la iniciativa. González Rivas sacó su libreta y empezó a leer:

—«John George Haigh tenía 37 años en 1949. Vivía en el Onslow Court Hotel en Kensington. Había estado allí durante cinco años. Compartía el lugar con ancianas, viudas, colonos y jubilados. Los testimonios lo describen como de buen aspecto, moreno y muy amable. En ese ambiente causaba sensación con su pinta. Un día de febrero de ese año, la señora Hilda Kirkwood, administradora del hotel, le reclamó por el atraso en sus pagos. Debía 49 libras, 15 chelines y 1 penique. Tal vez esta cuenta tan puntillosa, tan británica, de la señora Kirkwood, precipitó la tragedia».

González Rivas hizo una pausa esperando alguna sonrisa por su observación pero ante el fracaso volvió los ojos a su informe.

—«Haigh siempre había dicho que era director de una fábrica y no le resultó difícil convencer a la administradora para que lo esperase unos días. Cuando la mujer se fue ya había tomado una decisión. A la mañana siguiente, cuando entró en el comedor, encontró sentada en el lugar de siempre a Olive Durand Deacon, una viuda adinerada, con la que compartía el hotel desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

»La mejor amiga de Olive, y su compañera de té, era la señora Constance Lane quien, por otro lado, reprobaba la amistad de Olive con el joven señor Haigh.» Tal vez Haigh se equivocó al no elegirla a ella para resolver su crisis económica. Ya verán por qué.

«En un momento, lejos de la mirada admonitoria de Lane, la señora Durand le mostró a su joven amigo unas uñas artificiales hechas de papel. Haigh, después de examinarlas detenidamente, le propuso hacerlas de plástico. Le dijo que la empresa para la que trabajaba, Hurstlea Products, se interesaría en el proyecto de fabricarlas y que hasta podría obtener algo de dinero por la idea. La invitó a ir el día siguiente hasta la empresa para conversar con el gerente sobre el modo de producirlas. La mujer quedó encantada con la propuesta. La viuda tendría que viajar a Crawley, una ciudad cercana, pero eso no le importó. Se despidieron cordialmente.

»Haigh utilizó las horas que le quedaban al día para comprar un tambor de acero especialmente preparado para contener ácidos corrosivos. Luego encargó cuarenta litros de ácido sulfúrico y pidió que le enviaran todo a un depósito que hacía tiempo alquilaba en esa ciudad, según dijo en su momento, para tareas de experimentación.»

González Rivas hizo una pausa para beber un sorbo de café. Con un golpe de vista detectó la expectación que había despertado en su reducido auditorio al

mencionar el ácido.

—«El 28 de febrero de 1949, después de almorzar, Olive salió del hotel para no regresar. Vestía su abrigo negro de astracán y lucía sus mejores joyas.

»Haigh volvió esa noche a su habitación cerca de las 23. Al otro día, cuando fue al comedor a desayunar notó la ausencia de la señora Durand y se sorprendió. Enseguida les preguntó a los empleados del hotel si estaba enferma. Sólo la señora Lane dijo que recordaba que su amiga le había mencionado una invitación de Haigh para ir a su fábrica.

»«Es verdad —dijo Haigh—, pero la esperé una hora y, como no bajó de su habitación, me fui.»

»Después de un día sin noticias de Olive, Lane se decidió a dar parte a la policía. Haigh la acompañó gentilmente a hacer la denuncia. Mientras caminaba junto a él, la señora Lane se arrepintió de haber pensado mal de su compañero de hotel; después de todo, desde que lo conocía nunca había perdido la *finesse*, como le gustaba decir a la pobre Olive.

»Con los pocos datos aportados por la pareja, los agentes de Scotland Yard comenzaron la búsqueda. No lograron demasiado hasta que, al pedir los antecedentes del solícito señor Haigh, descubrieron que había sido sentenciado a cuatro años de prisión en 1937 por defraudación y que también había cumplido una sentencia de hurto. Aun con esas historias a cuestas, nada apuntaba hacia el joven inquilino que durante años había sido un huésped respetado del hotel.

»Los investigadores pensaban que, de un momento a otro, Olive iba a aparecer, no obstante lo cual, por no tener otra pista para seguir comenzaron a investigar al señor Haigh. En la fábrica Hurstlea confirmaron que el puesto que pregonaba como propio era falso. No era director de la empresa, ni siquiera empleado. Pero lo conocían bien: era una suerte de representante sin sueldo fijo y a cambio de sus tareas le prestaban un depósito para sus experimentaciones con distintos productos industriales. Según les había comentado a los empleados de la fábrica, trataba de crear un nuevo tipo de pegamento que revolucionaría el mercado de los adhesivos. Había prometido que, de dar con el producto, compartiría los *royalties* con sus amigos de Hurstlea.

»Los agentes se dirigieron de inmediato al lugar. Allí encontraron tres tambores, guantes de goma y un delantal. También un estuche con una pistola marca Webley disparada recientemente. Era suficiente. En Scotland Yard ya sabían que se había cometido un crimen. Pero ¿dónde estaba el cuerpo de la señora Olive?»

Aquí González Rivas hizo una nueva pausa sólo para comprobar el efecto que había causado la pregunta en sus compañeros. Apenas cosechó un seco «prosiga» de parte de Suárez. Su amigo, en cambio, parecía indiferente; sentado en un sillón a la derecha del juez, hacía dibujos indescifrables en la tapa de la carpeta amarilla que reposaba sobre sus piernas.

—«Haigh fue detenido —continuó leyendo González Rivas—. En el primer interrogatorio le exhibieron la boleta de una tintorería donde había dejado el abrigo de astracán de la señora Olive... Reconoció entonces haber vendido el tapado y también las joyas de la señora Durand Deacon pero... —agregó suspenso el relator— les anunció que se trataba de una simple maniobra de chantaje, planeada con la complicidad de la mujer y otros implicados.»

González Rivas sabía que por fin tenía en sus manos la atención de sus compañeros. Como un narrador profesional, paladeó cada palabra:

—«Después de algunas charlas con los agentes, que obviamente no están detalladas en el informe de Scotland Yard, Haigh habló: primero anunció que si contaba la verdad no le creerían. “Es demasiado fantástico para que me puedan creer”, les advirtió a quienes lo interrogaban.»

El secretario se detuvo otra vez. Dejó sobre el escritorio su libreta de apuntes y sacó un papel de la carpeta amarilla y anunció que leería la declaración de Haigh de manera textual:

—«Ella ha desaparecido por completo y jamás se encontrará su rastro. La he destruido con ácido... No queda ningún vestigio. ¿Cómo pueden ustedes probar el asesinato si no hay cuerpo? Le disparé un tiro en la nuca mientras miraba el papel para fabricar uñas artificiales y enseguida fui al coche a buscar un vaso. Le corté la garganta con un cuchillo, recogí un vaso de sangre y me lo bebí. Luego le quité el abrigo y las joyas y tiré el cuerpo en un tanque con cuarenta litros de ácido. Mientras su cuerpo se diluía, fui al Ancient Prior's Café a tomar una taza de té. Allí preparan un té delicioso».

Torres lo interrumpió:

—No me gustan las historias de vampiros. ¿No tenés otra?

Suárez lo calló con una mirada furiosa.

—Qué más... —pidió el juez.

—Aquí hay algo interesante. La declaración de Haigh continúa así:

«El lunes —el crimen fue un viernes— volví al depósito para comprobar la acción del ácido. Sólo quedaba un trozo de carne y hueso sobrenadando en la solución. Retiré la escoria con un balde y la volqué en la tierra frente al depósito. Volví el martes y comprobé que el cuerpo estaba completamente disuelto. Entonces vacié todo el contenido del tambor en la tierra».

Pero ocurrió algo más sorprendente —remarcó el abogado—. A los dos días, Haigh vuelve a declarar y confiesa cinco homicidios más. Y cuando lo transfieren de prisión anuncia que cometió otros tres crímenes. Con todo, los investigadores centraron la acusación en el caso de Olive.

González Rivas retomó la lectura de su libreta.

—«Después de una rigurosa búsqueda en la zona donde Haigh dijo que volcó el tanque, encontraron una piedra de las que se forman en el hígado, fragmentos

microscópicos de un hueso pélvico y una prótesis dental de resina acrílica que sobrevivió al ataque del corrosivo.

»El juicio duró dos días. Haigh se declaró inocente y pasó la mayor parte del tiempo que duró el proceso resolviendo crucigramas. La defensa trató de demostrar que se trataba de un insano: su abogado expuso, en un relato estremecedor, cómo eran las pesadillas que atormentaban a Haigh y la necesidad que lo impulsaba a beber tragos largos de sangre. El fiscal se burló de esos argumentos y los presentó como una estrategia cuidadosamente preparada por Haigh para que lo destinaran a un hospital de enfermos mentales. Si era así, no resultó.

»En 17 minutos el jurado lo declaró culpable por unanimidad. Lo ahorcaron el 6 de agosto de 1949.»

González Rivas cerró su cuadernillo y preguntó:

—¿Qué les parece?

—Que no podremos hablar de un nuevo invento argentino —bromeó Torres.

—Vamos al otro caso —volvió a cortarlo Suárez.

El Negro se puso serio y sacó una hoja del bolsillo interno de su saco. El papel escrito a mano parecía el apunte escolar de un adolescente. El abogado advirtió:

—Yo no tengo la gracia de mi amigo el escritor —dijo mirando burlonamente a González Rivas— pero cuento con una ventaja. Con esta historia los franceses hicieron una película. Seré breve, que es lo que mejor me sale. «Georges Sarrejani, alias Sarret, nació en Trieste, Italia, aunque su nacionalidad era griega. Era abogado, oh, coincidencia, y se instaló primero en Marsella y después en París. Durante mucho tiempo su actividad principal consistió en organizar estafas con la venta de inmuebles y acciones.

»El dinero que obtuvo le permitió montar su propio estudio jurídico y adquirir cierta reputación. Su campo de acción se amplió cuando conoció a Catherine Schmidt y a su hermana Philomene Schmidt de Vilette. Al parecer, ambas eran sus amantes». Y por las fotos que vi, eran muy hermosas.

«La estrategia de Sarret y sus dos cómplices era la siguiente: Philomene se casaba con señores ricos y ancianos que previamente detectaba su hermana. El abogado se presentaba como el esposo de Catherine, para estar cerca de la nueva pareja, y fraguaba un testamento. Una vez terminada la operación, los felices maridos se morían. En principio los decesos se producían en forma natural dada la edad avanzada de los candidatos elegidos, pero los insumisos a pasar al Más Allá contaron con la desinteresada ayuda del trío. Una vez que la viuda cobraba el dinero de la herencia, se lo repartían. Un negocio perfecto.

»El ocaso del equipo Sarret comenzó el 19 de agosto de 1925 en una residencia de campo de Marsella. Allí el abogado asesinó con una escopeta de caza a Louis Chambon y a la señora Haslin de Ballandra. La pareja tenía varios inmuebles, valiosos objetos de arte, joyas y mucho dinero. La posibilidad de casar a Philomene había sido descartada pero contaban con un testamento fraguado a favor de Sarret,

quien se había hecho íntimo del matrimonio después de asesorarlos en un pleito judicial. No había razón para esperar.

»El trío se hizo invitar a cenar y a los postres Sarret puso fin a la aburrida vida de la pareja. La misma noche de los homicidios, el abogado y las dos mujeres colocaron los cuerpos en una bañera. Taparon el desagüe con un vidrio que pegaron con cemento y volcaron el contenido de dos botellones de ácido (unos cien litros).

»Sarret continuó realizando operaciones inmobiliarias en su estudio y, al tercer día, verificó que de los dos cuerpos sólo quedaba una masa gelatinosa de color marrón. Tuvo que agregarle agua para hacerla más líquida y con la ayuda de una escoba fue llenando baldes que vació entre las malezas cercanas a la casa. La tarea le llevó toda una noche, y seguramente fue muy desagradable.»

Torres hizo una mueca de asco y dio vuelta la hojita que utilizaba como ayuda memoria. Luego prosiguió:

—«El olor que percibieron algunos vecinos y las operaciones sospechosas que Sarret proseguía realizando con títulos y acciones condujeron a la policía hasta la casa de campo. Allí, después de una profunda revisión de la finca, un cuerpo de peritos logró encontrar, como en el caso de Haigh, restos de materia orgánica humana en la tierra del jardín».

Aquí Torres se permitió una aclaración:

—Los investigadores franceses se atribuyeron todo el mérito por el esclarecimiento del caso pero no habría que descartar que alguna de las hermanas lo haya denunciado. Tres es un número conflictivo.

Luego volvió a leer:

—«Sarret fue condenado a muerte el 31 de octubre de 1933. Su ejecución fue la última que se realizó en una plaza pública en Aix-en-Provence, Francia», concluyó Torres.

—García está equivocado: el crimen es posible —comentó Suárez.

—¿Dictará el procesamiento por homicidio? —preguntó González Rivas.

—No todavía. La negativa del forense y la forma irregular con la que se hicieron las pericias me obligan a ser prudente. El doctor Neri tiene razón en algunos de sus planteos. Además, el cuerpo de Samid no dejó señales tan claras como en estos casos. Por lo menos no las tenemos todavía. Quiero que no quede duda cuando firme este expediente.

—La demora va a enfurecer a Ríos —advirtió Torres.

Suárez se levantó y caminó hasta el perchero de madera. Se puso el saco negro muy despacio; parecía buscar una frase. Antes de salir del cuarto se volvió hacia sus ayudantes:

—Sí —les dijo. Y se fue.

En los dos días siguientes, Ríos no logró comunicarse con el juez. Harto de evasivas, se decidió a obtener una confesión del acusado. Como paso preparatorio, instruyó a sus hombres para que le hicieran escuchar a M «el ablande» de un detenido político.

Los policías lo trasladaron a una habitación contigua al cuarto del subsuelo donde habitualmente se realizaban los interrogatorios. Paralizado por el miedo, M escuchó cómo un grupo de agentes golpeaba a un muchacho que, por la voz, parecía joven. Después le metían la cabeza en un tacho con agua. Él conocía esa técnica: en la jerga policial la llamaban submarino. El pibe lloraba, decía que no sabía nada, pedía perdón; M supo que se había cagado encima, porque los canas se pusieron como locos y le gritaban que era un asqueroso de mierda.

En su desesperación, el chico repetía que en la universidad había sido de la Juventud Peronista pero que desde 1976 no militaba más. Suplicaba que no le hicieran nada y cada tanto mencionaba algún nombre. M percibió unos golpes, de esos que se dan con la mano abierta. La sesión terminó cuando uno de los policías dijo simplemente: «Hay que reventarlo».

Trató de mantener la calma. Por el traslado sabía que habían montado esa escena para asustarlo. Eso no le podía pasar a él. Su caso no tenía nada que ver con la política. Además, muchos en la ciudad sabían que estaba detenido allí.

Sin embargo, esa sensación de inmunidad se le esfumó rápido. Unos minutos después fueron a buscarlo. Un policía de mirada más oscura que su piel lo condujo hasta el cuarto contiguo.

A esa hora, el doctor Neri esperaba a Suárez en la puerta del tribunal. Cuando el juez salió, se interpuso en su camino.

—Necesito hablar con usted, doctor.

—¿Qué quiere, Neri? —preguntó Suárez con tono molesto.

—Quiero entregarle un borrador de lo que será mi defensa.

—Eso no corresponde...

—Pero lo creo necesario. Hay tantas cosas que no corresponden y ocurren...

—¿A qué se refiere?

—A nada en particular. Sólo quiero advertirle que no interesa si mi defendido mató a Samid, y yo creo que no lo hizo, sino que si el estado de derecho estuviese vigente ni siquiera estaría detenido.

—Hasta ahora sólo estamos frente a un sospechoso. Hay una enorme cantidad de pruebas que lo incriminan —dijo Suárez y detuvo su marcha.

—Un hombre sólo es un asesino si podemos demostrar que efectivamente mató a alguien, y éste no es el caso, doctor.

—Por favor, Neri, no tenemos nada de qué hablar. Buenas tardes.

—Sólo le pido que lea esto —rogó el abogado.

El juez tomó la carpeta de cartón sin decir una palabra más. Subió a su auto y se marchó.

Neri se quedó un momento parado, mirando cómo el automóvil se alejaba y decidió caminar unas cuadras. Estuvo a punto de parar un taxi pero se arrepintió y siguió a pie hasta su estudio jurídico. Apreciaba a Suárez, a quien conocía desde muchos años atrás y eso lo había llevado a abordarlo de esa manera. «La razón es hermana de los impulsos», decía su abuelo. Tal vez fuera eso.

Cuando llegó a su casa, el juez se alegró de que su mujer no estuviera. Apenas se quitó el saco y la corbata, se sirvió un *whisky* sin hielo, se sentó en un sillón del *living* y comenzó a leer el escrito de Neri. Dentro de la carpeta había cinco carillas garabateadas con tinta negra. Reconoció los trazos firmes de una lapicera de pluma.

«Se utiliza una declaración de Mariano Márquez donde dice que había planeado con Samid un secuestro fraguado. Esta declaración es falaz. Fue prestada en un lugar de la Jefatura de Policía que no se puede determinar y bajo presión física y psíquica. A mi defendido no le quedaba otro recurso que decir algo para detener los apremios.

»Las *cosas* que se encontraron en el tanque de fibrocemento aparecieron cincuenta y cinco días después de la desaparición de Samid y estando mi defendido detenido. Para justificarlo dicen que la primera vez que se investigó el lugar se realizó una revisión superficial. Eso es absurdo: distintos profesionales vinculados a la causa dicen que el examen fue exhaustivo. Revisaron hasta los zócalos y las alfombras del departamento. El doctor García rastrelló incluso el fondo del tanque con una vara y no encontró nada. Tampoco se consignan en esas requisas rastros de las dos damajuanas que aparecieron después en forma *milagrosa*.

»¿Y el olor nauseabundo? ¿Por qué no fue percibido por los policías en diciembre? Mi defendido estuvo desde el 25 de diciembre hasta el 31 en el departamento custodiado por dos oficiales que se turnaban para controlarlo. ¿Por qué no olieron nada?

»Nadie vio a mi defendido ingresar con las damajuanas al departamento (le recuerdo que son enormes botellones colocados dentro de sendos armazones de madera). Tampoco los vecinos vieron flete alguno que las transportara hasta allí. ¿No habrán aparecido en el departamento bastante después, durante la feria judicial de enero, por ejemplo, mientras mi defendido estaba detenido en la Jefatura?

»Mi cliente no se alteró cuando le hicieron mención de las damajuanas, como testificaron los dos funcionarios judiciales que trabajan en su juzgado. Lo que hizo fue negarse a seguir declarando, dada la gravedad de las acusaciones que le hacían, y pidió un defensor oficial, que hasta entonces le habían negado. Le recuerdo, además, que estuvo casi dos meses sin asistencia jurídica. ¡Dos meses sin que le asignaran abogado! Esto significa violar todo lo que hemos estudiado sobre derecho a la defensa, y usted lo sabe muy bien.

»En cuanto al ácido, mi cliente tenía explícitamente intención de comprarlo para realizar un proceso de fabricación de pelotas de fútbol, pero no alcanzó a realizar su proyecto. Es curioso que recién cuando dicen que descubren anotaciones y testimonios sobre el ácido en una agenda que requisan en el departamento, aparezcan en el lugar las damajuanas. Es como si alguien hubiera encontrado el guión de una película y con esa idea hubiera comenzado a armar una escenografía.

»En cuanto al reconocimiento de elementos que supuestamente se encontraron en el tanque, le recuerdo que fueron identificados por familiares y amigos de Samid sin que se notificara a la defensa y, en algunos casos, en dependencias de la Jefatura de Policía. Es muy fácil observar que los reconocimientos fueron inducidos. De más está decirle que pediré la nulidad de todas las pericias.

»Tampoco se indagó en profundidad cómo era la relación de Samid con su familia. Mi defendido asegura que las peleas entre Samid y sus parientes eran frecuentes. Es inaceptable el argumento de los secretarios de que no se quiso “lastimar a la familia con una línea de investigación propuesta por el acusado para desviar la atención”.

»El coronel Ríos me informó sobre la existencia de un estudio técnico que identificó la voz del supuesto secuestrador —grabada cuando se pidió el rescate por teléfono— con la voz de mi defendido. El *dossier* con esta conclusión fue calificado de secreto militar por la tecnología utilizada para el estudio. Esta pericia también es nula y la invocación del secreto militar es inadmisibile. ¡Si esta prueba se valora es porque llegamos a las épocas de las ordalías!»

Ordalía. La palabra le arrancó una sonrisa a Suárez. Muchas veces él mismo utilizaba ese vocablo. Viene del latín y refiere a un método utilizado por los pueblos en la Edad Media que consistía en el sometimiento ritual a distintas prácticas para obtener certezas con fines judiciales. Los tribunales de la Inquisición lo utilizaron hasta el cansancio: la confesión era la prueba. No hacía falta ni proceso, ni investigación, ni defensa.

Sin conocer la simetría del sentimiento, a Suárez le gustaba Neri. Era honesto y eficiente. Encendió un cigarrillo y volvió los ojos al papel.

«Con relación a la presencia de un tanque de fibrocemento en el departamento, mi defendido dio suficientes y atendibles explicaciones. Quería fabricar pelotas y le habían aconsejado una manera de limpiar y ablandar el cuero: sumergiéndolo en una mezcla con ácido. Los otros métodos de limpieza son más caros.

»Por otra parte, Graciela Salas hace una declaración que no ha sido debidamente valorada. Concurrió a su departamento el 23 de enero y, si bien no entró, escuchó ruidos que provenían del interior. El 5 de febrero aparecieron las famosas damajuanas.

»Por último, lo que supuestamente es un fragmento del pie de Samid podría no serlo. Ni siquiera se pudo comprobar qué tipo de grupo sanguíneo corresponde a esa

pieza. Además, uno de los peritos forenses opinó que el primer metatarsiano parecía cortado en forma mecánica. Esto descartaría la acción del ácido.

»Y es aquí donde se puede elaborar una teoría del caso: ¿si esas pruebas fueron plantadas para perjudicar a Márquez? Imagino lo que usted estará pensando. Yo tampoco tengo una explicación para esto. No sé las razones que podrían justificar algo así. Sólo me limito a apuntar que esto es fácticamente posible.»

El texto terminaba con una frase: «Le agradezco que haya leído mis reflexiones hasta el final. Esta será la base de mi defensa. Con respeto y aprecio, Dr. Ricardo Neri».

Suárez apoyó la carpeta sobre la mesa. En ese momento sonó el teléfono. El juez levantó el tubo y preguntó:

—¿Quién es?

—Torres, doctor. Venga rápido, el hombre confesó.

—Es muy extraño.

—Lo sé, pero Ríos nos mandó una grabación.

—Eso es ilegal y el coronel lo sabe. Sólo quiere que firme el procesamiento.

—Tengo la cinta. ¿Qué hacemos?

—Voy para allá.

Suárez se apuró; no quería cruzarse con su mujer. Imaginaba el reproche: «Siempre te estás yendo, estás más en tu oficina que en casa. Estoy cansada de vivir así».

M sólo conocía a uno de los dos hombres que lo miraban con odio. Se había cruzado varias veces con el comisario Silva en la prisión. Según le habían dicho, se vanagloriaba de ser un especialista en quebrar guerrilleros. Era duro y desapasionado. Cazaba militantes políticos con la misma convicción que a los delincuentes comunes.

Cuando lo invitó a sentarse en la única silla que había en la habitación, M lo saludó con un movimiento de cabeza. Pero el policía, que estaba en mangas de camisa, no respondió el gesto.

—¿Puedo fumar? —preguntó M.

Como no recibió respuesta, prendió un Particulares y esperó. En su interior el miedo había dado paso a la indignación. Esto no podía pasarle a él, que era un hombre del Derecho. Además, su padre era militar. Trató de calmarse y ensayó una nueva pregunta:

—¿Qué quieren de mí, comisario? Ya dije todo lo que sabía...

Después de unos minutos, que a M le parecieron interminables, el policía por fin habló:

—La historia con vos es... como dirían en un programa de televisión, muy, muuuuy larga. Además, yo con vos tengo algo personal. Sabés de qué te estoy hablando, ¿no?

M sabía. Mientras estuvo detenido en el penal de la calle Ricchieri había curado, a fines de 1977, a un preso político destrozado por los golpes y la tortura. Por entonces ayudaba en la enfermería y el pibe, Rafael Breccia se llamaba, supuestamente había participado de un atentado en el que habían muerto tres conscriptos. Fue el último ataque importante de Montoneros contra el Ejército en Rosario: habían volado un camión que transportaba a una docena de soldados en plena calle.

Como el pibe era hijo de un dirigente peronista, amigo del padre de Russo, M logró avisar que estaba vivo y la policía tuvo que blanquear su detención. Nunca volvió a saber de él, pero tal vez su aviso le había salvado la vida.

Ahora volvía a pensar que no lo había hecho por una razón ideológica. Simplemente no estaba dispuesto a que lo utilizaran para curar a alguien a quien querían en buenas condiciones sólo para seguir torturándolo. El grupo que había detenido al muchacho estaba comandado por Silva.

—Sí, me acuerdo —respondió M.

—¿Cuál es la bronca? A ver, imaginátela.

—La de ese muchacho Breccia.

—Sos bicho, vos... antes de ése nos hiciste como treinta paquetes... pero los vamos a olvidar. ¿Dónde te querés quedar, acá o en el penal?

M sabía lo que significaba un traslado: además de mayor incomunicación, la desaparición del paraguas protector del Juzgado. No dudó, aunque estaba seguro de que su palabra no interesaba en absoluto:

—Prefiero quedarme.

—Debés estar podrido, ¿no?

—Sí, verdaderamente estoy cansado.

—Bueno, si te portás bien y colaborás, te dejamos acá. Vamos a charlar como viejos conocidos que somos.

Cuando Suárez llegó a su despacho, Torres y González Rivas lo estaban esperando. Ni lo saludaron cuando entró:

—Jefe, esto es lo que mandó Ríos para usted —dijo el Negro alcanzándole un casete sin etiqueta.

—¿Lo escucharon?

—No, lo estábamos esperando —se apuró a decir González Rivas—. Pidió que lo destruyamos después de escucharlo.

—Ponelo —ordenó el juez y se sentó frente a su escritorio.

Torres colocó el casete en un pequeño radio grabador Sony y apretó el botón de *play*:

—Escuchame concretamente y no te me vayás por las ramas, porque de esto dependen un montón de cosas para vos... ¿Cuándo conociste a Samid?

—Lo conocí hace un mes.

Suárez puso la pausa.

—No reconozco al que interroga. Si se dan cuenta de quién es, por favor me lo dicen —pidió el juez y volvió a prender el equipo.

—¿Cuántas veces saliste con él?

—Un par de veces.

—Estás macaneando, a vos te vieron por lo menos cuatro veces en el club Sirio Libanés.

—No. El que dice eso miente. Estoy completamente seguro.

—Bueno, contame: las dos veces que fueron a comer al Sirio Libanés, ¿qué comieron?

—El sábado fuimos aproximadamente a la una del mediodía y comimos comida típica árabe y el lunes lo mismo pero le agregamos carne.

—¿Qué hicieron después de comer?

—Fuimos al Capri y después a El Mayoral, y de ahí Samid y yo nos fuimos al departamento con unas chicas.

—¿Dónde estacionaron el auto?

—Más o menos por la obra en construcción que está antes del edificio.

—No macaneés, no dejaste el auto ahí. ¡Además para ese entonces el turco ya estaba chupado! —irrumpió una segunda voz con furia.

Suárez volvió a detener el grabador.

—¿Y ése? —preguntó.

—Tampoco la reconozco, jefe —se disculpó González Rivas—; tal vez las voces están distorsionadas por algún efecto.

—Sigamos —dijo el juez, y presionó él mismo la tecla.

—Pero entonces yo estoy loco...

—Sí, estás loco. Dejaste el auto por calle Presidente Roca —dijo la voz imperativa.

—¿Por qué cree o pretende creer que le estoy mintiendo? ¿Qué gano con eso? ¿No tienen un detector de mentiras? —reclamó M.

—No. Un cachetazo te voy a dar, en vez de un detector de mentiras.

—No les estoy macaneando, les estoy diciendo la verdad...

—¿Quién más usó el auto después?

—Lo tiene que haber usado el mismo Samid, cuando se fue en la madrugada.

—...

—Ustedes no me creen, pero fue así. Si quieren que les firme otra cosa yo se las firmo, pero si me piden la verdad...

—¿Eso no me lo digas ni una sola vez más! ¿Dónde se fue Samid?

—No lo sé, le juro que no lo sé.

—¿Qué tomaron esa noche en el departamento?

—Tomamos whisky.

—¿Y qué más? Porque me contaron que vos sos buen coctelero.

—Sólo tomamos whisky.

—Y después del whisky... ¿Qué pasó? ¿Se durmió?

—No, habíamos llamado a unas chicas que conocimos en El Mayoral.

—¿Y qué pasó?

—Vinieron y estuvimos con ellas un par de horas hasta que se fueron.

—Hicieron una fiestita...

—No, yo me quedé en el living y Samid se fue al dormitorio.

—¿Cómo se llaman las chicas?

—Mabel y Silvia.

—Me parece que estás inventando.

—No, qué necesidad tendría de mentir en esto.

—¿Tenés sus teléfonos, sus nombres completos?

—No, eran dos pibas de la noche. No les preguntamos sus apellidos pero seguro se las puede encontrar en el boliche.

—¿Qué pasó después?

—Nada, nos quedamos dormidos los dos hasta las 6, que fue la hora en la que él se fue.

—¿Las seis de la tarde?

—No, de la mañana.

—¿Y después volvió a tu departamento?

—Sí, por la noche. Vinieron Samid y el otro tipo.

—¿Quién?

—Marraccino.

—¿Qué Marraccino?

—Yo lo conozco como Marraccino, créanme, no les miento...

—...

Ahora el que interrumpió el girar de la cinta fue el Negro Torres.

—¿De dónde salió ese Marraccino?

—No sé —se apuró a responder González Rivas.

—Puede ser un invento de M para desviar la atención. Prendelo —ordenó el juez.

—Mejor vamos por otro lado. Por tu bien, te lo digo: ¿cuántos llamados hiciste a la casa de Samid?

—Ninguno.

—¿Quién habló?

—No lo sé, porque de mi departamento no se habló ninguna vez.

—No, de tu departamento no, pero ¿cuántas veces hablaste a la casa de Samid?
¡En esto no me mientas porque te arranco la cabeza!

—Ninguna.

—¡Te pruebo científicamente que hablaste!

—Correcto, pruébelo como quiera. Pero le aseguro que yo no llamé.

—El decibelino marca las voces, y por más que la desfiguraste, ésa es tu voz.

—No. Yo no llamé, inclusive a mí me habló el secretario del Juzgado para hacer las pruebas, y yo le dije que las iba a hacer porque yo no llamé, pero nunca me las hicieron.

—¿Quién te preguntó eso de la prueba de voz?

—El secretario de Suárez.

González Rivas hizo un gesto de sorpresa y negó con la cabeza. El juez lo miró con firmeza y eso fue suficiente para que no hablara.

—Acá las pruebas se hicieron. A lo mejor no te pidieron autorización, pero se hicieron.

—Estamos de acuerdo, pero yo no llamé nunca.

—¿Quién llamó?

—¡No lo sé!

—Hubo otra llamada, cuando te atendió la sirvienta de los Samid.

—Pero si yo no llamé, créame. Nunca me atendió ninguna sirvienta ni nada por el estilo, por una sencilla razón: yo no llamé.

—No querés colaborar... Perfecto, vos sabés que acá te podemos hacer un agujero así. Seguirás en la pieza hasta que revientes. Te estamos cantando la justa, sabemos que fuiste vos y nos estás haciendo el paquete del yo-no-fui y nos estás agarrando para la joda. ¿Qué querés esconder?

—Lo que estoy diciendo es la verdad.

—Bueno, tenés razón. Pero te digo que pensés lo que nos vas a decir. Vamos a empezar de nuevo. Y si no decís la verdad, te reventamos. ¿Me entendés, hijo de puta?

Del grabador emergió un ruido de madera. Seguramente la silla de M, cuando después de levantarlo del cuello lo tiraron otra vez en su lugar. Se escuchó un golpe también.

Torres hizo un ademán hacia el aparato, pero Suárez lo detuvo.

Agustina se mudó a la casa de una amiga, pero se quedó poco tiempo en Rosario. Dos meses después del incidente familiar viajó a Bahía Blanca, donde trabajó unas semanas en un local ubicado a unas cuadras del puerto. Luego se marchó a Ushuaia por recomendación de una compañera.

Aunque desconocía este itinerario, desde que su tía se fue Mariano no dejaba de pensar en ella. Quería salir a buscarla pero no se animaba: el miedo y la vergüenza lo habían paralizado. Una tarde, cuando volvía a su casa, recibió una carta de manos de una amiga de su tía. La letra redonda de Agustina irradiaba tranquilidad:

«Este lugar es tan hermoso que muchas veces cuando estoy frente al mar lloro como una nena. Vos me conocés, soy muy llorona.

»Estoy lejos pero muy feliz. Espero que vos también lo seas. Te extraño tanto. Sos mi pariente más querido. De lo que pasó no quiero hablar. No vale la pena. No es importante y, además, no me arrepiento de nada. Sos mi sobrino del corazón.

»Imagino que ya estarás pensando en qué hacer con tu vida. Tal vez seas militar como tu padre o médico o periodista. Es muy importante hacer lo que a uno le gusta. Te digo todo esto porque te debo más de una explicación.

»Ya no sos un chico y aunque tal vez lo sepas, igual te lo quiero contar: soy *stripper*. Me dedico a esto desde que era adolescente. Un día, mi mamá, tu abuela, vio un aviso en el diario y me llevó a un estudio de fotografía. Necesitaban modelos para publicidades. Me fue muy bien. A los dieciséis años puse la cara en varias propagandas: vendí medias, zapatos y yogur. Al poco tiempo, como mi mamá había entrado en confianza con el dueño de la agencia, iba sola. Yo estaba contentísima, había descubierto que me encantaba estar ahí y que me sacasen fotos.

»A los dieciocho años posé desnuda por primera vez en la escuela de Bellas Artes. Te pagaban sólo por quedarte un par de horas inmóvil, así los alumnos podían pintar un cuerpo humano. A mí no me pasaba nada. Yo siempre fui muy frontal y nunca me importó el qué dirán. ¿Qué hubiera sido de Goya si no hubiese existido una Maja? Eso me decía siempre uno de los profesores. Cuando mi madre se enteró del desnudo quiso que dejase de trabajar para la agencia pero ya era tarde. No iba a parar. No soy el prototipo de la chica sumisa. Lo que dejé definitivamente fue la carrera de Magisterio que había empezado. Ya había comprendido que era mi cuerpo y no mi cabeza el que me iba a dar de comer.

»Comencé a ir a un gimnasio y me decidí a estudiar danza. Al poco tiempo conocí a un tipo, amigo del dueño de la agencia, que me ofreció trabajo en un *cabaret*. Como estaba enamorada de él, acepté enseguida. Todas las mujeres se mueren por revolear las pilchas, me decía siempre. Y tenía razón. Comencé a desnudarme en un escenario. Quiero que sepas que no me avergüenzo. Para mí éste es un oficio como cualquier otro. Algún día comprenderás que es un arte complejo que no pasa sólo por el cuerpo. Además, por esa época murió mi mamá y me fui a vivir con mi hermana. Tu papá al principio ni me hablaba, pero después aflojó y hasta

me iba a buscar para que no volviera sola de madrugada. Era tan bueno conmigo. Después la cosa se complicó.

»Me gustaría que me vieras trabajar. Cuando bailo cuido todos los detalles. Hay dos cosas importantes: la coreografía y la mirada para jugar con la gente. Si hay conexión, el desnudo es lo de menos. Es una química que se construye con los ojos. Cada persona tiene que sentir tu mirada. Y para eso hay que estar convencida de lo que se está haciendo. Dicen que soy buena. Y yo también lo creo. Espero que no entiendas esta carta como una disculpa. No le doy explicaciones a quien creo que no las necesita. Prometo escribirte más seguido. Un beso. Agustina.»

Mariano se descubrió feliz. Estaba orgulloso de su tía. Además, ella no le había escrito a nadie más y él guardó esa carta como un tesoro. Ni siquiera habló con su madre que, aunque estaba inquieta por el paradero de su hermana, parecía aliviada desde su alejamiento de la casa. Su padre, en cambio, no hacía comentarios. Apenas rumiaba su odio cuando su esposa la nombraba. «Estamos todos mejor así», decía.

Hubo un momento de silencio. Un silencio que partía la oficina de Suárez como un navajazo. Un silencio que duró apenas un instante.

—*Hacé de cuenta que a mí no me dijiste nada, porque lo que me dijiste hasta ahora son todas mentiras. Hacé de cuenta que me lo estás contando todo de nuevo* —dijo la primera voz desde el pequeño grabador.

—...

—*¿Cómo lo mataste? ¡Hablá, mierda!*

—... *Correcto, correcto... Lo asfixiamos con un cordón.*

—*¿Un cordón? ¿Un cordón de qué?*

—*Un cordón de plancha, esos gruesos. Un cable que usaba para poner el grabador.*

—*¿Y después?*

—*Lo cargamos y lo metimos adentro del tanque.*

—*¿Y le volcaste el ácido?*

—*Sí. Fui a buscar el ácido y lo volqué.*

—*¿Cuánto le volcaste?*

—*Una damajuana y media.*

Ahora fue el juez el que detuvo el recorrido de la cinta.

—No entiendo. El interrogatorio es duro pero no parece haber una presión tan grande como para que tenga que aceptar el crimen así nomás —dijo.

—O tal vez nos perdimos un pedazo de la función —se apuró Torres.

—No estoy seguro, él conoce muy bien lo que pasa en ese edificio. Sabe que lo pueden matar —opinó González Rivas.

—También puede ser una manera de calmarlos. Decir lo que ellos quieren escuchar. No hay que subestimar a Márquez —agregó Torres.

El juez tocó, otra vez, la tecla de *play*.

—*¿Con qué cordón decís que lo hiciste?*

—*Yo no lo hice. Estuve ahí pero no fui el que tiró del cable.*

—*¿Y vos qué hacías?*

—*Yo lo tenía de las piernas y le vuelvo a repetir que era un cordón de plancha.*

—*¿De dónde salió el cordón de plancha?*

—*Estaba ahí...*

—*¿... en el tanque? Estás hablando al pedo, mejor no hablemos más...* —la segunda voz volvía a intervenir— *porque dentro de un rato, en vez de hablar seriamente y en familia, te vamos a reventar. Vos sabés que en este momento estás a nuestra disposición. De nosotros depende que te reventemos o no te reventemos, el modo elegilo vos. Nosotros no tenemos apuro.*

La primera voz volvió a conciliar:

—Hasta ahora vamos bien, estamos charlando entre amigos, pero si seguís haciéndote el pelotudo vamos a cambiar. Recapacitá porque la cosa no fue así. Quedate acá sentado, te damos cinco minutos, pensá todo de nuevo.

La cinta se siguió enrollando pero ningún sonido salió del casete. Los tres hombres frente al grabador no decían nada. Fueron dos o tres minutos. Torres prendió un cigarrillo. González Rivas comenzó a limpiar sus anteojos con un pañuelo. Suárez no se movió, sólo entrecerró los párpados. Parecía agobiado.

El aparato volvió a hablar:

—Había un cable de plancha, de esos gruesos, sí, señor, se lo juro, le doy mi palabra que es cierto.

—No, no, no... Yo no entiendo lo que me querés decir.

—¿Vio esos cables que se enchufan en la plancha? Ese cable yo lo usaba para enchufar el grabador.

—¿Con ese cable, qué hicieron?

—Marraccino le enroscó ese cable en el cuello.

—...

—Sí, señor, le digo que sí...

—¿Cómo pasó?

—Nos estábamos peleando, señor. Marraccino le envolvió el cable en el cuello y tiró.

—¿Cuántas vueltas?

—Me parece que una.

—¿No fue que el tipo ya estaba medio grogui y le enrollaste el cable para que se quedara tranquilo?

—No, no fue así.

—¡Estás mintiendo, hijo de puta! ¡Te vamos a hacer mierda! —ahora era la primera voz la que sonaba furiosa—. Empezá de nuevo porque me parece que te pisaste. ¡El que usó el cable para matar a ese pobre infeliz fuiste vos! Yo te voy demostrar que me estás vendiendo el paquete y... ¡dejá de temblar! ¡Si seguís así, dentro de un rato vas a temblar peor!

—...

La segunda voz entró en escena.

—Te explico una cosa: nosotros esto lo hacemos para sacarnos una duda. Lo que digas acá no va a ningún lado, se queda para nosotros. A nivel judicial este interrogatorio no sirve para una mierda y vos lo sabés. Pero nosotros queremos saber la verdad. Si aguantás, bien. Y si no aguantás, mala suerte. Te dio un infarto. A tanta gente le da un infarto...

—*Les estoy diciendo la verdad* —balbuceó Márquez.

Suárez volvió a interrumpir la grabación:

—A los que les tendría que dar un infarto es a estos hijos de puta —dijo.

—Sería la única manera de interrogar a Samid en el más allá —soltó Torres.

A González Rivas las palabras del juez le sonaron a disculpa. Por eso no dijo nada. Los tres habían decidido quedarse en la justicia cuando llegaron los milicos pero él y el Negro eran jóvenes, pensó. No se arrepentía, y sabía que el juez y su compañero tampoco. Cortó el silencio accionando el aparato.

—*Bueno, está bien, calmate. Contame cómo fue esa noche cuando empezaron a tomar whisky en tu casa.*

—*Eran cerca de las 12. Vino Samid con este muchacho que yo juro que lo conozco como Marraccino y tomamos whisky, más o menos una botella y media... y ahí es donde yo personalmente me entero que se iba a pedir más de un millón de dólares esa misma noche. Yo no creía que la familia tuviera esa plata pero Samid me juraba que sí. Después siguió hablando de Viviana, de su estrategia para recuperarla, de su sueño de una luna de miel en Grecia... Cuando terminamos de tomar, empezó una pelea...*

—*¿Por qué se pelearon?*

—*¿Por qué nos peleamos? Marraccino quería dividir la plata en tres partes y Samid no. Él se quería quedar con la mitad y el resto para nosotros.*

—*¿A qué hora fue eso?*

—*Más o menos a las 6 o 7 de la mañana.*

—*¿De las 12 de la noche hasta las 6 de la mañana estuvieron hablando?*

—*Sí, hablamos de la plata, de cómo la íbamos a pedir, qué iba a hacer cada uno. Yo les dije que me quería ir a México y después a los Estados Unidos... Tengo un amigo en una empresa de aviación. Siempre quise ser piloto y hubiera sido una oportunidad, tal vez la última, de intentarlo...*

—*¿Qué más hicieron?*

—*Hablamos y tomamos. Yo me enteré del millón esa misma noche, por eso no pude ser el que llamó a la casa de Samid. Después empezamos a pelear entre los tres y en un momento determinado el tipo que yo conozco como Marraccino le envuelve el cordón y empieza a tirar.*

—*Escuchame una cosa, Márquez, ¿cómo a un tipo al que vos recién conocés como Marraccino le prestás el departamento?*

—*Lo trajo Samid. Nosotros el día lunes habíamos quedado de acuerdo en que él iba a estar en el asunto con nosotros.*

—*Vos no sos ningún tonto. ¿Cómo vas a hacer un trato con un tipo que apenas conocés?*

—*Me lo presentó Samid, yo no le puedo dar una explicación de por qué entró.*

—¿A qué hora decís que ocurrió lo del cable?

—Más o menos a las 7 o 7.30 de la mañana.

—¿Y después?

—Después de muerto lo cargamos entre los dos, lo metimos adentro del tanque y yo busqué el ácido y se lo tiré.

—¿Cómo lo cargaron entre los dos?

—Él lo iba acomodando y yo lo sostenía, y él lo metió adentro del tanque y yo fui a buscar el ácido. Le pusimos la tapa al tanque y la trabamos con una colcha gruesa. Levanté la tapa un poquito y le eché el ácido.

—No, no fue así. Empezá de nuevo: vos le enrollás el cable. ¿Samid estaba dormido o estaba fiambre ya?

—No, estaba vivo. Nos estábamos peleando y yo no fui.

—No fue así. ¿A quién se lo vas a hacer creer?

La tecla del grabador saltó con un sonido seco. Torres se sobresaltó, el primer lado del casete había terminado. Suárez lo dio vuelta sin decir una palabra.

Su tía le había contado con detalles algo que él conocía a medias. Se sentía honrado por esa confesión que lo metía de lleno en el mundo de los adultos. La historia potenció su admiración por Agustina. Las cartas eran un puente de complicidad. Como nunca antes, se sentía unido al destino de esa mujer. Comprendió además que ella no estaba mal. Vivía en otra ciudad haciendo su vida de siempre. El único preso era él. Se lo dijo. A través de la amiga de su tía le mandó una carta con noticias personales y preguntas. Quería saber más de su mundo. Y poco tiempo después llegó la respuesta:

«Me preguntás si tuve problemas. Claro que los tuve, pero los superé. La educación que me dio mi madre me alcanza. Si mis padres no me recriminaron nada, por qué me voy a preocupar yo del resto. A mí no me van a correr con el cuento de la moral. Muchos de los que vienen a verme leen la Biblia con la bragueta abierta.

»Claro que hay prostitución en este ambiente. Pero lo único que te puedo decir es que hago lo que quiero. Nadie me obliga a nada. Nunca tuve necesidad de justificarme. Hace unos días un marinero vasco me regaló unos versos que pegué en el espejo del camarín: “Prostitución no es abrir las piernas/ sino cerrar los ojos”. ¿Qué te parece? El tipo parecía un actor de la tele.

»Ojalá que algún día vengas a verme bailar. Para que entiendas mejor lo que te cuento. Yo comencé como bailarina. Una noche quedó un bache entre dos *shows*. Ninguna *stripper* estaba disponible, así que nos preguntaron a las bailarinas quién se animaba a hacer un *topless*. Y yo dije que sí. Me entregaron una coreografía que ya conocía y salí. Para bailar usábamos una ropa que no tenía mucha diferencia con estar desnuda. La primera vez lo hice en forma muy mecánica. La segunda me animé a ver qué pasaba. Y me empezó a gustar el jueguito de las miradas. Allí me di cuenta de que podía hacerlo bien. Me dije: puedo trabajar de esto y no me va a lastimar. Así empecé.

»Desnudarse no es algo tan terrible. Al contrario, para mí es hasta placentero. Ahora, volviendo al principio: para hacer esto te tenés que sentir protegida. Necesitás la contención de la gente para la que trabajás. Me expongo mucho pero me cuidan. Soy consciente de que me desnudo en un escenario para provocar.

»Me preguntás si hay gente que se enamora en un *cabaret*. Sí, tengo varios admiradores. Hasta ahora, ningún jeque árabe. En cuanto a si podés venir: me encantaría. Un beso. Agustina».

No había pasado una hora desde que lo habían llevado a ese cuarto y estaba agotado. M sabía que lo que le estaban haciendo era ilegal, pero por primera vez desde que estaba detenido no manejaba la situación. Desconocía hasta dónde podían llegar. Por momentos se tranquilizaba: «No me pueden matar». Luego se aterrorizaba, no quería que lo lastimasen. Desde chico le tenía mucho miedo al dolor físico.

Uno de los tipos desplegó sobre una mesada que salía de la pared un aparato que él conocía: una picana eléctrica. Cerró los ojos y pensó en Agustina. Pero a su cara dulce, a su piel blanca las sucedió la imagen de su padre.

—*Vamos, despertate, viejo* —insistió la primera voz—. *Acá tenés café. Volvemos a empezar: una vez que lo tiraron en el tanque y le volcaron el ácido, ¿qué hora era?*

—*Cerca de las 8.*

—*¿Qué ruido sentías cuándo le tirabas el ácido?*

—*¿Ruido? No sentí ningún ruido.*

—*¿Y olor?*

—*Olor un poco, más que olor había humo.*

—*¿Qué tipo de ácido le pusiste?*

—*Ácido sulfúrico.*

—*¿Y qué más?*

—*Nada más.*

—*¿Qué pasa después? ¿Lo tapaste?*

—*Lo tapé y le puse la frazada arriba de la tapa. Después limpié un poco el departamento.*

—*Vos decís que había tres personas, pero los análisis que hicimos después dicen que no había más que dos: vos y Samid.*

—*¿Esa noche?*

—*Sí.*

—*¿Cómo van a analizar las copas si después se lavaron?*

—*Y bueno, estamos hablando un poco al pedo los dos...*

—*¿Qué viste cuando levantaste la tapa?* —preguntó la segunda voz.

—*No, ese día no miré. Recién el jueves miré. Vi una cosa viscosa... le voy a explicar lo que hice: yo fui abriendo despacio y fui tirando unos sachets de tierra. Entonces después empecé a levantar un poco más la tapa y había unos 30 centímetros de una masa verde oscuro y aceitosa.*

—*¿Y después le seguiste tirando tierra?*

—*Sí, los primeros tres sachets los tiré con bolsa y todo sin abrirlos, porque no quería mirar adentro del tanque.*

—*¿Por qué le tiraste tierra?*

—*Se me ocurrió que la tierra podía absorber el líquido y después pensaba sacarla a la calle y tirarla en los contenedores de la obra en construcción.*

—*Teóricamente está bien.*

—Sí. Porque para mí el ácido quemaba. No quise sacar las cosas con un balde porque creía que el ácido lo iba a quemar.

—¿Cuándo escribiste las instrucciones?

—Yo no las escribí.

—¿Quién lo hizo entonces?

—Las instrucciones y el sobre los llevó este hombre que para mí es Marraccino.

—Y dale con Marraccino. Para mí ese Marraccino es un invento tuyo.

—Le juro que existe.

—No jurés, que vos todo lo que jurás son macanas.

—...

—Decime, querido, ¿qué pensás del amor entre los hombres?

—Los odio. Ése es un tema con el que todo el mundo viene y me pregunta: si Samid era marica... Los del Juzgado me hicieron la misma pregunta. Eso es mentira. Odio a los homosexuales.

—Pero alguna vez probaste, no te hagás el boludo...

—No, eso es mentira.

—Vamos... Mirá que nosotros sabemos muy bien que de la cárcel nadie sale invicto, y vos estuviste seis años adentro.

—Eso no es así. Puede preguntarle a cualquiera. Nosotros, con Samid, siempre salíamos a buscar minas.

—Bueno, dejalo ahí. En el tanque había ampollas de Rohypnol. ¿Para qué las usaste?

—Para mí. Eran para descansar.

—¿Por qué en ampollas?

—Yo no me inyecto, lo que pasa es que me cuesta tomar pastillas, entonces compraba las ampollas, las disolvía en agua y las tomaba.

—¿Por qué aparecieron en el tanque?

—Tomé el Rohypnol esa noche y lo tiré en el tanque.

—A mí me parece que las usaste para otra cosa.

—No, yo tomaba Rohypnol.

—Te salís del libreto.

—¿Qué libreto? Yo terminé la caja con esas ampollas y las tiré.

—¿Cómo estaba vestido Samid?

—Un pantalón blanco y una remera Adidas, para mí era azul. Los zapatos eran negros o marrón oscuro, no me acuerdo.

—Pero si vos me decís que estuvieron peleando, ¿lo agarraste de los pies y no viste los zapatos? Aquí hay algo raro; ningún tipo se va a dejar matar así. Si vos lo tenías de los pies y el otro de la cabeza, ¿qué hacía él con las manos?

—El otro estaba arriba de Samid.

—¿Cómo hace para enroscarle el cable en la cabeza?

—Le pasa el cable... le pasa el cable. Nosotros éramos dos contra él.

—¿Él estaba tomado?

—Los tres estábamos un poco borrachos, yo no sé cómo estarían ellos, pero yo no tanto como para perder la lucidez.

—¿Dónde se produce la pelea?

—En el living.

—¿Al lado del tanque?

—No, sobre el lado donde está la mesa. Nos caemos al suelo y yo lo agarro de las piernas y lo golpeo y Marraccino estaba subido a caballo de Samid. Y le enrosca el cable y tira, tira, tira y deja de tirar y me dice: «Está muerto» y yo digo «Está muerto» y ahí nos levantamos.

—¿Y el cable surgió así de repente?

—No, estaba sobre la mesa.

—¿Cómo hizo para agarrar el cable?

—No sé.

—¿Qué tenía el tanque adentro cuando ustedes metieron a Samid?

—No tenía nada, porque la verdadera utilidad del tanque era para las pelotas.

—Vos te enterrás solo. Seguí encerrado en eso y de ahí no salís.

—No es que me cierre, mucha gente lo vio vacío. Graciela Salas lo vio vacío, Russo también.

—¿Cuándo compraste el tanque?

—Para fines de noviembre, el 25, más o menos.

—¿Y el ácido?

—Al día siguiente.

—¿Y por qué si compraste todo de apuro no lo utilizaste con las pelotas?

—Porque me faltaba un balancín y no tenía la plata para comprarlo.

—Vos me decís que ibas a trabajar con todo eso en el departamento.

—No, pensaba alquilar una casa con un galpón pero no me alcanzaba la plata. Mientras tanto en lo de mis padres había unas veinte pelotas con las que fui trabajando.

—¿Dónde están esas pelotas?

—Todavía están en la casa de mi padre.

—Entonces, ¿por qué te hiciste traer el tanque a tu departamento?

—¿Y dónde lo iba a poner? En la casa de mi padre no entraba.

—Escuchame bien, vos decís que lo mataron en una pelea. ¿Y el tanque? ¿Por qué lo tenías ahí?

—Para trabajar con las pelotas, ésa es la verdad.

—Te digo sinceramente, a mí todo esto no me cierra. Me parece que vas a necesitar un poco de energía para recordar mejor.

—Le juro que es como se lo digo.

—A mí me parece que vos compraste el tanque porque todo estaba bien calculado.

—No, esto no fue premeditado. No sabía que iba a conocer a Samid y menos que él iba a proponer una cosa así. Yo sólo quería fabricar las pelotas.

—Y dale con las pelotas... Cuando vos saliste de la cárcel no hiciste nada con eso de las pelotas, lo verifiqué con dos personas. ¡Estás mintiendo!

—Cuando yo salí de la cárcel hablé con un montón de personas, incluso el tanque de fibrocemento no es idea mía. Yo quería comprar un tanque de acero de 200 litros y me dijeron que no, que me compre uno de fibrocemento que es más limpio.

—Y el ácido, ¿por qué lo compraste?

—Esto ya lo dije mil veces: para limpiar las pelotas, no tenía otro objeto que ése.

—Sí, la verdad que limpiaste muy bien la pelota... muy bien. ¡Mentís! El cuero viene curtido.

—Sí, el cuero viene curtido y pintado, pero cuando entra en calor, la pelota se ensucia, entonces si le pasás ácido, la pelota te queda como si tuviera un baño de plástico encima.

—Después que meten a Samid dentro del tanque, ¿qué pasa? ¿Lo tapan, le ponen la tierra?

—No, enseguida no le ponemos la tierra, después le pongo la colcha encima, limpio un poco, me baño, me cambio y me voy a ver a Graciela al Banco Provincial, ella trabaja en la sección comunicaciones, pueden preguntar. De ahí nos fuimos a Pico Fino a comer. Eso fue el martes...

El sonido desapareció. La cinta continuó deslizándose pero las voces se habían apagado.

—Se cortó —dijo Suárez.

—Es evidente que sigue, pero mandaron esto solamente —explicó González Rivas.

—Entiendo. No hace falta más —completó el juez.

Se levantó y fue hasta la ventana de la oficina. Después les pidió a sus hombres que lo dejaran solo. Desde allí veía los árboles del Parque Independencia y más atrás el contorno definido del Museo de Bellas Artes. Estaba agotado. Le pidió a su secretaria que lo comunicara con Ríos pero enseguida se arrepintió.

—No me lo pase —le advirtió—. Sólo avísele que esta tarde firmaré el procesamiento de Mariano Márquez por secuestro extorsivo seguido de muerte.

Mariano terminó el colegio secundario y tuvo que enfrentarse con una decisión tomada. A pesar de su negativa, su padre lo había anotado en el Liceo Militar. Un hecho fortuito le señaló su futuro. Otra vez, destino y azar. Pipo fue detenido, acusado de robar una moto. Había cumplido los 18 y lo condenaron a cuatro años de prisión por sus antecedentes. La impotencia que sintió durante el proceso judicial lo decidió. Sería abogado.

Su padre aceptó a regañadientes, pero con la condición de que estudiara en la Universidad Católica de Derecho.

Ese verano, antes de comenzar la carrera, le propuso a Nacho hacer un viaje al sur para visitar a su tía. Hacía cuatro meses que no recibía noticias de ella y quería contarle personalmente su proyecto. Además, deseaba verla bailar.

Cuando llegaron a Ushuaia se dirigieron a la dirección desde donde provenían las cartas. Una pensión bastante linda, con un jardín al frente. Doña Carmen, una mujer obesa y canosa, de unos setenta años, les dijo que Agustina hacía tiempo que no vivía allí.

—Me dijeron que se fue a trabajar a un club de Buenos Aires —explicó la mujer—. Del *cabaret* vinieron a buscar sus cosas y me pagaron lo que debía. ¿Y ustedes quiénes son?

—Soy el sobrino —respondió con desconsuelo.

La mujer los hizo pasar a un pequeño *living* y les sirvió un té de menta.

—Era una chica muy buena. Nos hicimos amigas. Almorzábamos juntas y conversábamos mucho. Me habló de vos. Me dijo que no tenía otros familiares. Le enseñé a tirar las cartas y a adivinar el futuro. Yo también trabajé en el *cabaret* cuando era joven, pero llega un momento en que el cuerpo no te sostiene más y hay que bajarse del escenario.

—Y ella, ¿estaba contenta? —preguntó Mariano.

—Por lo menos se la veía tranquila. Me dijo que cuando juntara suficiente dinero volvería a Rosario. Pero a Buenos Aires o a Rosario, no entiendo cómo no se despidió de mí.

Decidieron alquilar un cuarto en la misma pensión y por la noche, después de cenar, fueron al *cabaret* donde había trabajado Agustina. Se llamaba Brasil. Ocuparon una de las mesas más próximas al escenario. En vano esperaron a que ella apareciera. Fue como una ceremonia triste.

Cuando el *show* terminó, dos de las bailarinas se sentaron a la mesa sin que mediara invitación alguna. La que estaba con Mariano, Flavia, tenía el pelo corto teñido de rojo y un mechón que le caía en la nuca como si fuera postizo; la piel pálida con algunas pecas y una sonrisa franca de dientes perfectos. No tendría más de veinte años. Después de invitarla a una copa, le preguntó por Agustina.

La chica no recordaba a nadie con ese nombre. Pero cuando se la describió, su cara se ensombreció.

—¿Para qué la buscás? —le preguntó.

—Para nada en especial, la vi actuar en Rosario y quería volver a verla —mintió.

—Qué pena, no está más. Se fue.

Mariano sacó un billete y después otro y los puso debajo de la copa de Flavia.

—Se ve que Fiona te atendió bien —dijo la chica.

Descubrió que ese era el nombre artístico de Agustina: *Fiona Lane*. Le gustó. Dos billetes más rompieron las últimas barreras de la discreción en Flavia, que ya había desistido de sus intentos por tocarle la pija debajo de la mesa.

—Te aconsejo que no busques más —dijo y comenzó a dibujar con la punta de su dedo índice la boca del vaso que tenía enfrente. Le soltó de golpe:

—Fiona murió.

Mariano trató de contenerse. Miró a Nacho, que seguía hablando con su compañera como si nada. Tenía la boca tan cerca del oído de la mujer que parecía querer meterse dentro de su oreja. Era una brasileña, morena y de grandes tetas.

Flavia siguió:

—Acá todos dicen que se fue a Buenos Aires, pero no se despidió de nosotras, no fue a buscar las pilchas a la pensión... Y además, se había peleado con Mirko, el dueño del boliche.

—¿Qué te parece que pasó?

—¿Por qué te interesa tanto? ¿Yo no te gusto?

—No es eso —se disculpó Mariano —lo que pasa es que...

—Te enamoraste como un boludo —sentenció la chica con una sonora carcajada —, a veces pasa.

Nacho se había levantado. Lo buscó con la vista. Su amigo estaba ahora en la barra del boliche junto a su compañera brasileña. Reía.

—Por favor, necesito encontrarla —suplicó.

—¿Pero qué te pasa, pendejo? ¿No entendés lo que te digo? ¿No entendés? Ella estaba sin protección y lo sabía. Todos dicen que se fue a Buenos Aires, que era muy buena para estar enterrada aquí, pero yo estoy segura de que se murió.

Mariano no aguantó más; se paró de golpe y se fue. Nacho se quedó en una habitación del fondo.

Flavia también se levantó y fue en busca de otro cliente.

Mariano quiso quedarse una semana más en Ushuaia. Ninguna persona pudo darle algún dato que le permitiera saber cuál había sido la suerte de su tía. Habló hasta con Mirko, que le contestó con evasivas y lo amenazó cuando él insinuó que a Agustina le podría haber pasado algo grave.

La versión de Flavia, con quien se encontró varias veces más, parecía la más creíble: una pelea, una escena violenta que nadie había visto, y una bailarina más que desaparecía en la niebla.

—A quién le importa qué pasó con ésa, con todos los problemas que tenemos aquí; una puta menos —le dijo el comisario Francisco Ruiz, del destacamento de Tierra del Fuego.

Tuvo ganas de golpearlo, pero no pudo. Él nunca se había peleado con nadie. Nunca había sentido su puño estallando en la cara de otro. Eso era para Pipo o para Nacho.

Comprendió que únicamente a él le importaba la vida de esa mujer.

—La única vez que le tiré las cartas, lloró toda la tarde —le contó doña Carmen—. Le había dicho que varios hombres la amaban pero que nunca tendría marido ni hijos. Ahora me arrepiento tanto de mis palabras...

Nacho consiguió hacerlo regresar a Rosario después de que recorrieron la ciudad de arriba abajo.

Cuando volvían, Mariano comprendió que Agustina había desaparecido mucho tiempo atrás, cuando salió de su casa, una noche, después de haberle tocado el corazón.

—Fue mi culpa —le dijo a su amigo—; nunca me lo voy a perdonar.

Epílogo

González Rivas y el Negro Torres ya no se ven tan seguido. Aunque fueron compañeros inseparables durante años, la carrera judicial los fue alejando. Desde que ambos se convirtieron en jueces, encontrarse para charlar les resulta difícil.

Hoy, 28 de diciembre de 1995, el Negro llamó a su amigo para despedir el año con unas copas. La pinchadura de sus teléfonos me permitió saber que González Rivas aceptó complacido. Quedaron en encontrarse a las 7 de la tarde en el bar de Italia y Córdoba. Ahora mismo. En la mesa ubicada tres metros a mi derecha.

Torres llega con atraso. Es previsible. Como la 9 milímetros que porta en la sobaquera, la demora es una marca de identidad. Cuando entra en el bar, su colega lo espera promediando un *gin tonic*, su bebida preferida.

—Estás más gordo —le suelta González Rivas, después de devolverle el saludo.

—Es que cada vez me muevo menos. Ni siquiera voy al Tiro Federal...

—Bueno, eso no es mucho ejercicio... Salvo que me digas que las flexiones del índice te hacen bajar de peso.

—De todas formas, un juez sin panza es sospechoso —apunta el Negro con su mejor sonrisa. Luego dibuja con sus manos una figura incomprensible dirigida al joven que lo mira sonriente detrás de la barra. Enseguida una moza le deposita un *whisky* junto a su mano.

—Yo me cuido bastante —agrega González Rivas, mirando cómo el hielo se disuelve en el vaso que acaba de llegar a la mesa.

El bar que eligieron para encontrarse ha cambiado de nombre recientemente. También de dueños: ahora pertenece a la familia Samid, que mantiene abierto el negocio de ropa, a cien metros de allí.

González Rivas le pregunta a Torres si lo sabía, pero el Negro ni siquiera había reparado en el cambio de denominación.

—Brindemos por aquellos tiempos —le propone González Rivas.

Chocan las copas y enseguida necesitan que les repongan sus tragos: se han lanzado a evocar una historia que los marcó para siempre. Los dos ascendieron rápidamente después del caso Samid. Ganaron cierta fama en el ámbito judicial, viajaron juntos a los Estados Unidos para exponer acerca del método de investigación que habían aplicado y, en pocos años, llegaron a administrar justicia en forma directa.

Los dos sabían que ocupaban un lugar en la historia penal argentina. Y ahora, curiosamente, eran colegas de Suárez, quien después de su fugaz paso por la política había vuelto a Tribunales.

—Tendríamos que haberlo invitado —comenta Torres.

—No sé. No le gusta hablar de eso. Es como si de alguna manera le pesara.

La charla deriva hacia la evocación de episodios más felices. Los dos se casaron y la mujer de González Rivas espera su segundo hijo.

Vacíos otra vez los vasos, van a dar por finalizado el cónclave fraterno. Creen que, con sus tragos, todo ha terminado. Pero ahora, mientras se despiden con trivialidades como la falsa promesa de verse más seguido, voy a sorprenderlos. Ahora, cuando Torres quiera pagar y la moza les anuncie:

—Ya está pago.

Querrán saber cuál de sus colegas tuvo la amabilidad. Mientras miran alrededor buscando al amigo desconocido, González Rivas le pregunta a la chica:

—¿Quién nos invitó?

—El señor que está allí, en la mesa de atrás.

Ambos giran la cabeza y se topan con mi cara sonriente. De puro perplejo, el Negro parece pronunciar en silencio la letra con la que me llamaba, como temeroso del contagio que pudiera causarle una exposición más larga de mi identidad.

—M —dice.

Sí, Mariano Márquez. El mismo de ayer, sólo que más viejo y un poco más calvo.

Levanto apenas la mano derecha para saludarlos. La izquierda está mejor ocupada, revolviendo el café.

Imagino la pregunta de Torres, mientras trata de ocultar su confusión doblando con prolijidad, en cuatro partes, una servilleta de papel:

—¿Cómo es que está libre?

—Creí que lo sabías, se benefició con el dos por uno. Como estuvo nueve años preso sin sentencia, desde la detención hasta diciembre de 1989, logró salir cuando cumplió las dos terceras partes de la condena. Estuvo preso catorce años —agrega González Rivas, como para aliviar la tensión que asoma en los ojos del Negro—. Además lo favorecieron la suerte o la incompetencia, porque se omitió agregar la accesoria por tiempo indeterminado a la sentencia por reclusión perpetua. Un error, porque el fallo señalaba que el crimen de Samid se había cometido con alevosía, mientras la víctima estaba indefensa, o como vos bien sabés, drogado o borracho. Si las cosas se hubieran hecho como corresponde tendría que estar preso todavía.

El Negro no me mira. Pero está pendiente de mí: habla en voz baja, preocupado por que nadie lo escuche. Su gesto es duro, lo reconozco ofuscado como en aquellos días que nos unieron.

—No puedo creerlo. Nosotros hicimos bien el trabajo. Eso es lo único que sé. Durante los nueve años que duró el proceso, la defensa apeló en todas las instancias judiciales, y siempre perdió. ¡Nosotros hicimos bien el trabajo!

—Lo que más bronca me da —lo interrumpe González Rivas— es que nunca haya aceptado el crimen. Por el contrario, alegó su inocencia cada vez que pudo. Ahora, dicen, quiere que le devuelvan la matrícula de abogado. Es un caradura.

—Bueno, si cumplió su condena no hay demasiados argumentos para negársela —apunta Torres, mientras se calza el saco y comienza una despedida.

—¿Te quedás?

—Un rato más —le responde González Rivas.

Cuando su amigo se va, el flamante juez me sonrío, se pone de pie y camina con paso seguro hacia mi mesa.

—¿Puedo sentarme? —me pregunta.

—Por supuesto —le digo, señalando la silla vacía a mi derecha—. Lamento que el doctor Torres se haya retirado.

González Rivas ignora el comentario:

—Sólo quería hacerte una pregunta —dice.

—Las que quiera.

—Vos sabés que nosotros sabemos...

—No sé de qué me habla, doctor.

—No importa. Lo único que quiero saber es por qué nunca aceptaste el homicidio.

—Sencillamente porque no maté a nadie.

—Márquez, por favor...

—Le voy a dar un dato que me pasó un íntimo amigo de mi padre que trabaja en los Servicios de Inteligencia del Estado. Samid está viviendo en Siria, en un barrio residencial de Damasco.

—Márquez, ni siquiera vos creés en lo que decís...

—Nadie desaparece así nomás, doctor González Rivas. ¿No le parece?

Aunque esta historia está originada en hechos reales, *Un crimen argentino* es una novela. Los personajes y situaciones de este libro pertenecen al mundo de la ficción.



REYNALDO SIETECASE. Nació en Rosario en 1961. Es poeta, narrador y periodista. Publicó las novelas *Un crimen argentino* (2002), *A cuántos hay que matar* (2010) y *No pidas nada* (2017), y el libro de relatos *Pendejos* (2007). También es autor de las crónicas de *El viajero que huye* (1994), *Bares* (1997) y *No hay tiempo que perder* (2011); de la investigación periodística *Kamikazes. Los mejores peores años de la Argentina* (2013), y de los libros de poesía *Y las cárceles vuelan* (1986), *Cierta curiosidad por las tetas* (1989), *Instrucciones para la noche de bodas* (1992), *Fiesta rara* (1996), *Pintura negra* (2000), *Hay que besarse más* (2005), *Mapas para perderse* (2010) y *El amor muerde* (2015). Por su labor en radio y televisión, obtuvo cinco veces el Premio Martín Fierro y fue distinguido en dos oportunidades con el Premio Tato.